



UC-NRLF



#B 770 870



LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA*
DAVIS

- AMALIA PUGA -

ENSAYOS LITERARIOS

LIMA

IMPRESA DE LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA
VALLADOLID 85

1893

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS



PRÓLOGO

La primera vez que lei el nombre AMALIA PUGA fué al pie de un artículo literario y creí que era un seudónimo. Llamáronme la atención la naturalidad del sentimiento, la lucidez del talento descriptivo, la igualdad del estilo, la sobria gracia del decir y el conocimiento que de la lengua revelaba la frase artísticamente forjada, galana y correcta. Pronto salí de mi error, merced á las revelaciones de la prensa sobre las condiciones reales de su personalidad. Desde entonces leo con avidez cuanto lleva la firma de la joven escritora y he seguido con júbilo la rápida y ascendente serie de triunfos que, como explosión de gloria, ha ilustrado y enaltecido, casi subitamente, su nombre en el mundo de las letras hisjano-americanas.

En efecto, nadie ha alcanzado, como ella, en tan corto tiempo, aplausos y homenajes de toda la prensa literaria de las tres Américas. Hubo una época en que parecía que diarios y revistas se disputaban la más pronta reproducción de sus artículos, sus poesías

y su retrato. Eminentes escritores, entre ellos Bolet Peraza y Mayorga Rivas, rindiéronle el tributo de su admiración. Aun está vivo el recuerdo de la recepción solemne con que el Ateneo de Lima la incorporó en su seno. Allí encantó á culto é ilustrado auditorio con brillante tesis, confirmando la merecida fama que la había precedido desde antes que dejara el suelo natal. Aclamación unánime y corona de oro y laurel, símbolo de gloria, fueron manifestaciones halagadoras y decisivas en la suprema prueba de que salió su talento irradiando más luminosos resplandores.

Nada importarian esos triunfos para su celebridad si no hubiera mérito real en sus escritos, que harto se prodiga el elogio en nuestros días y se crean reputaciones usurpadas. Prescindiendo de los grandes países, en que el mercantilismo literario impera, ¿quién no ve que, á favor de cierto complaciente espíritu internacional que no se limita á la benevolencia sino que aparenta ir hasta el entusiasmo, estamos corriendo riesgo de que se tome á la América Española, desde el punto de vista literario, por una sociedad de mutuas alabanzas?

Quien quiera que lea las producciones de AMALIA PUGA y posea algunos conocimientos en el arte, comprenderá á primera vista que no ha podido adquirir la versación á que ha llegado en el uso del idioma sin estudio y lectura constante de buenos escritores españoles. Su estilo revela que conoce los antiguos y su afición por los más distinguidos de nuestra época. Lo prueba notablemente el artículo "Caloc," hermosas páginas llenas de verdad y sentimiento, cuya lectura meditada hace presentir que escribirá algún día la novela campestre de nuestro país, es decir, el idilio peruano, superior á "María" de Jorge Isaacs.

Abonan esta predicción la exactitud y vida que hay en sus sencillas y naturales descripciones del campo; al leerlas, parece que percibiéramos el olor de las flores de que habla con epítetos propios y característicos, que tuviéramos la visión real de las frutas y los árboles, que divisáramos, en cuadro luminoso á la par que callado y melancólico, las rocas, los caminos, la casita, la alquería y el ganado sesteando sobre la alfombra de verde césped.

Todo esto, que es trasunto fiel de lo que ha visto y sentido manifiesta su fuerza de asimilación y su poder artístico. Sólo el verdadero talento y el estudio provechoso de los buenos modelos pueden dar tanta verdad á la reproducción de las cosas por medio del lenguaje. AMALIA PUGA, que desarrolló su inteligencia, cultivó su corazón y formó su gusto literario en el país que, por lo hermoso, era predilecto del último soberano de la monarquía incaica, ha reproducido, con todo su especial carácter, la naturaleza y poesía de la vegetación de esa comarca.

¡Feliz la joven escritora que ha llegado á las puertas de la gloria sin crueles desengaños y sólo al través de ovaciones, aplausos, coronas y encomios entusiastas y unísonos! Todo le sonríe; todo lo posee: juventud, belleza, talento, gracia, refinada cultura intelectual, elevación de sentimientos, inspiración y noble amor al arte. Con tales dotes puede esperar tranquila nuevos y más gloriosos triunfos de sus futuros esfuerzos literarios. ¡Feliz ella que, en la aurora de su vida, asiste á su propia apoteosis!

LUIS B. CISNEROS.

Mayo de 1893



LA FELICIDAD

 ENEMOS al frente un misterio impenetrable que ninguno comprende, sin embargo de ocupar á todos; un enigma sobrehumano que nadie descifró nunca, que nadie descifrá jamás; y cuya profunda filosofía, nos presta una materia de las más fecundas.

La felicidad propiamente dicha, no existe para los hombres, no puede existir en este mundo; es el constante é inconseguible anhelo que nos preocupa; y cualesquiera que sean nuestra posición, nuestra fortuna ó nuestras aspiraciones, allí la deseamos y allí no la vemos. Puede conceptuarse como la eterna lontananza que creemos descubrir, como la perpetua ansiedad que nos domina, como el perenne afán que nos agita!

Para la humanidad, los recuerdos del pasado, los cuidados del presente ó los temores del mañana, son otros tantos verdugos de la felicidad; y éstos ¿á quién le faltan? Probemos á examinarlo.

El hombre que echado en brazos de la juventud y del fausto, exhalando de sí una vida poderosa, pretende hacer de su existencia una no interrumpida serie de placeres; que camina de fiesta en fiesta con la sonrisa de la indiferencia en los labios; que parece no apetecer nada porque todo es accesible á sus de-

seos ¿será feliz? Penetremos en el fondo de su pecho; acerquémonos al lugar de su corazón, y al través del helado sudario con que lo ha envuelto el hastío que resulta del perfecto conocimiento de la insuficiencia y fugacidad de la dicha mundana, veremos manar la sangre de hondas heridas y oiremos alzarse dolorosos gemidos que resonarán en su cerebro de una manera lúgubre, y más alto que el ruido embriagador de los festines, adonde concurre ansioso de aturdirse y embotar sus facultades.

La mujer joven y hermosa que, admirándose á sí misma, parece extasiarse en la contemplación de su triunfante belleza; que halagada por los goces que le prodiga la fortuna y en medio de los favores de que la colma la opulencia, se siente mecida por una voluntad sin deseos ¿podremos creer que ha encontrado la felicidad? No; si la buscamos en un momento de frío y reflexivo abandono, no nos será imposible sorprender en el puro y despejado cielo de su tersa frente, una nube que la oscurece; en sus limpidos y dulces ojos una lágrima que, después de empañarlos, resbala por la suave y sonrosada mejilla, yendo á ocultarse, cual cristalina perla, en la magnífica concha de su nacarado seno! Piensa en el porvenir; y esta idea la atormenta y preocupa, ya que su hoy y su ayer no pueden proyectar sobre su sereno corazón las sombras de la amargura!

El héroe que, alentando en su noble pecho un corazón sin miedo, se ha elevado á la altura de los titanes, que atraviesa con planta firme el anchuroso sendero de la gloria; que ve su nombre rodeado de la resplandeciente aureola del prestigio y de la fama; ante cuyo indómito brazo tiemblan los hombres y huyen los enemigos ¿habrá hallado, en el aprecio de un pueblo y en la admiración de un mundo, la imagen de la felicidad? Tampoco: los honores y los aplausos lisonjean; pero no constituyen por sí solos la dicha; no bastan á llenar por completo las sombrías soledades del alma. ¿Quién sabe si esos vítores que excitan la emulación universal, no hallan eco en las profun-

didades de la suya, y se pierden ante su vista en la tenebrosa noche del vacío!

Aquel que, mimado por la suerte, se levanta sobre los demás y aparece en las altas esferas del poder, benéfico según unos, tirano en el sentir de otros, pero terriblemente grande para todos ¿podrá, en medio de su encumbramiento, juzgarse dichoso? Ah! No ¿Quién le garantiza la estabilidad de la Fortuna? ¿Quién le asegura la constancia de aquéllos de quienes depende directamente su bienestar? Esta duda, esta desconfianza, este temor, se clavan, como dardos envenenados en su corazón, pugnando por arrancar de él la tranquilidad, y sumiéndole en tristes meditaciones, le hacen temblar hasta conmover su pedestal. Sobre todos los tronos, como sobre el de Dionisio de Siracusa, flota una amenaza incesante que los eriza de inquietudes y zozobras. Además, pocos, muy pocos, son los que en esta situación no tienen remordimientos atroces, porque quizá no repararon en los medios, persiguiendo el fin; y entonces su sufrimiento no puede nivelarse con ninguno: su pasado es un espectro aterrador; un fantasma sangriento, su mañana! Por torpe ó ignorante que sea, no se le esconden la consecuencias que, más ó menos tarde, tendrá su injusto proceder; sabe que la iniquidad es un arma de poder reversible incontestable y que puede herir de muerte al que la esgrime; porque si bien es verdad que nada hay tan incierto y desconocido como el porvenir, también es evidente que se presenta claro é infalible en una cosa: en la expiación de los crímenes y en el castigo de los culpables. La sanción divina es inexorable!

El sabio que ha visto deslizarse sus mejores días dedicados á la contemplación y al estudio; que mil veces ha creído ver abrirse ante sus ojos un horizonte ilimitado; que ha imaginado en muchas ocasiones descorrer ante la multitud el espeso velo que oculta los secretos que nos están vedados: que se ha solazado pensando ofrecer á la humanidad un bálsamo bienhechor que mitigase sus penas, ya en la forma de un elixir maravi-

lloso, ya en la de un libro incomparable ¿será feliz? Menos que nadie. Cuando, alentándole sus ilusorias esperanzas, sentado junto al crisol ó hundida la frente entre la meditación y el entusiasmo, aguarda suspenso el término de sus fatigas, el éxito de sus descubrimientos, el resultado final de sus esfuerzos, sufre el martirio de la ansiedad, de esa dolorosa pasión del ánimo, y por confiado que espere, no puede gozar; y después ¡oh! después, al cosechar una amarga decepción, al contemplar el estrecho círculo de su saber, al tocar la frontera de sus facultades, que le es imposible trasponer, al convencerse de los múltiples triunfos de la naturaleza sobre la ciencia, es el ser más desgraciado del universo; el derrumbamiento de sus planes le anonada, y al ver desvanecerse sus sueños de gloria como la bruma de la mañana ante el primer rayo de sol, se siente humillado y empequeñecido y se conceptúa tal cual es: un átomo insignificante en medio del espacio, una miserable criatura de poder excesivamente reducido!

Los que conocedores de los peligros á que está expuesto el errante mortal que, con los pies ensangrentados, cruza el inmenso erial de la existencia, se refugian en el fresco y consolador oasis de un convento, halagados por la majestuosa perspectiva que ofrecen sus tranquilas é imponentes naves y sus risueños y escondidos huertos ¿probarán el delicado néctar de la felicidad? Tampoco: donde quiera que se hallen, llevan consigo la memoria, llevan el corazón. Tal vez una historia desgraciada, cuyas reliquias no pueden repeler, acibara su vivir; quizá mientras una plácida sonrisa dulcifica sus rostros, ruge furiosa la borrasca en su interior. Aunque remotamente, siempre llegará hasta ellos el rumor de vida que emana del mundo, y que al penetrar en esos pacíficos lugares como ráfagas que envuelven la electricidad de los recuerdos, entablando la formidable lucha de encontrados elementos, inflammarán la tempestad en lo más recóndito de sus almas! Pero que así no fuera ¿qué corazón humano puede despojarse de las pasiones que le son in-

natas? ¿A qué alma, por grande, por escogida que sea, le es dado levantarse sobre todas las miserias que cercan la estrecha cárcel del cuerpo que la encierra? ¿Qué criatura, por superior que se nos muestre, deja de participar de la pequeñez y fragilidad de que consta nuestro ser? Ninguna; entonces ninguna puede dejar de sufrir, ninguna puede dejar de llorar!

Caando niño ¿podrá decirse que el hombre es feliz? Nada de eso; relativamente sufre poco si ha tenido la dicha de nacer en dorada cuna y arrullado por las gracias de la suerte: mas ¿qué importa este ligero bosquejo de ventura, si no es comprendido, si no es apreciado? El bien que no se conoce no merece llamarse tal; y en esta ignorancia, reside el sello de la fatalidad!

Una vez libre del tormentoso mar de la juventud ¿vivirá el hombre tranquilo en el puerto de la ancianidad? ¿Será feliz? Imposible! Tantos como sus días, y más hondos que las huellas impresas por la descarnada mano del tiempo en los surcos de su venerable frente, son los pesares que palpitan en su memoria llenándola de acerba hiel; porque ¿quién ha podido llegar á la vejez sin experimentar horribles amarguras, sin ver desaparecer uno á uno los seres más queridos del corazón, cuya pérdida viste de eterno luto la existencia? Por otra parte, la pavorosa figura de la muerte, que, cerniéndose sobre su cana cabeza, le anuncia con el fatídico susurro de sus alas la proximidad de su fin, le aterra; arrebatándole los últimos instantes de paz y de sosiego, lo desconocido de ese *más allí* cuyo umbral es un ataúd, cuyos logogrifos se explican en un sepulcro!

No es, pues, preciso entrar en un profundo análisis de la condición humana, ni abismarse en el estudio de tan inagotable tema, para comprender cuánto se sufre, cuánto se lucha: basta fijarse con algún interés en los sombríos cuadros que diariamente se presentan ante nuestro paso.

Resumiendo: necesario será confirmarnos en la idea de que la felicidad no existe sobre la tierra; que en

todos los estados y circunstancias de la vida, hay mil sinsabores por un momentáneo placer; que los efímeros goces con que nos fascina el mundo, son bruscamente interrumpidos por enormes sufrimientos; de tal modo que el benéfico influjo que ejerce sobre nosotros la alegría es tan fugaz, nos acompaña tan poco tiempo, que los rápidos instantes de contento parecen luces fatuas, que se hacen perceptibles sólo para acrecer el rigor de las tinieblas que nos circundan; son como los relámpagos, que destacándose del fondo oscuro de una noche tempestuosa, alumbran pasajeramente con su siniestra claridad el horroroso espectáculo y aunque el Destino pudiera brindarnos con la dulcísima copa de continuados deleites, lo perecedero de ellos, ya que no otra cosa, vertería la ponzoña cruel del desaliento, y al soplo helado de tan triste realidad, se agostaría la hermosa flor de nuestras más gratas ilusiones.

La felicidad, pues, es una abstracción, una utopía, un ensueño irrealizable y engañoso, que, como ideal imantado, nos arrastra en pos de sí burlando incessantemente nuestras aspiraciones. Podemos compararla con el fenómeno del espejismo que se nota en los arenales del desierto, porque mata á cada paso la esperanza y el deseo del sediento y fatigado viajero del mundo, haciéndole ver la pura y fresca fuente de la dicha, allí donde con mayor intensidad brillan los abrasadores rayos del infortunio.

En el vasto teatro de la vida, aguardamos siempre ansiosos la magnífica y portentosa decoración de la felicidad; pero ¡ay! al levantarse el rosado telón de las ilusiones, sólo encuentran nuestros ávidos ojos tétricas tumbas y cadáveres yertos! Al plegarse la flotante cortina de nuestra fantasía, se ofrece á la vista de los que anhelantes esperábamos el grandioso y sorprendente panorama de la ventura, el astro oscuro de los engaños!

La existencia tiene su atmósfera constantemente cubierta de nubes ¿por qué, pues, le hemos de pedir serenidad? Mejor dicho: ¿por qué hemos de ser tan

ilusos para juzgarnos con derecho á implorar del hado goces inalterables? Si aquí abajo se hallase el bienestar perfecto, esto no se llamaría *calle de lágrimas*.

Forzoso nos es aceptar, como consecuencia lógica de nuestras observaciones, que la verdadera, la pura dicha, no es patrimonio de la humanidad, que siempre verá envuelto en esta palabra un océano insondable á su limitada inteligencia, cuyo escudriñamiento será loca pretensión; una incógnita velada que jamás podrá despejar; porque la solución de este gran problema planteado en la tierra, se pierde en la inmensidad hasta donde el ojo del hombre no alcanza á mirar!

Quizá tras esos encantados velos que cubren los misteriosos arcanos de lo infinito, brillará espléndida y radiante la fúlgida estrella de la verdadera felicidad! Tal vez al viajar el alma, emancipada de la envoltura material por las etéreas regiones, al surcar las ondas transparentes del espacio y columbrar los dinteles de la eternidad, podrá exclamar:—¡EUREKA! ¡EUREKA!

1897.





LA CONCIENCIA

PARECE que Dios hubiera querido darnos una idea de sus altos tribunales, al establecer, dentro de nosotros mismos, un fiel trasunto de ellos en la conciencia; ese inexorable juez, que, con la augusta y solemne voz de la verdad, emite su concluyente dictamen sobre todas nuestras acciones; alentándonos con su aprobación cuando son buenas, sumiéndonos en el anonadamiento cuando son malas.

La conciencia es un espejo brillante y primorosamente bruñido en el cual se retratan con admirable exactitud los hechos de su dueño; cuando el hálito emponzoñado de la culpa llega á oscurecerlo, sólo puede presentar imágenes monstruosas que se fijan como marcas candentes en la memoria, revolviéndose en ella sin cesar. Es el foco que difunde en torno suyo, unas veces refrigerante claridad, otras una luz que, como la llama del azufre, transmite á cuanto ella alumbra el tono infernal que lo hace aparecer lívido y pavoroso.

El mundo ofrecería el más horrible cuadro si la conciencia no viviera palpitante en el interior de la criatura; porque ésta, dejándose llevar de las pasiones insensatas y avasalladoras inherentes á su mise-

ría, no tendría estorbos para entregarse á los más repugnantes excesos. Así, pues, con razón la podemos llamar la barrera colocada ante el mar de los vicios para contenerlo con su potente fuerza; la valla insalvable junto á la cual detiene su vertiginosa carrera la maldad; el freno que modera los impetuosos desbordes de la naturaleza humana; y la égida protectora que, librándonos del crimen nos convida á gozar que, como anuncio de la eterna bienaventuranza, muestra la inalterable calma de los justos.

Cuando el hombre, ofendido en su orgullo ó en las íntimas afecciones de su corazón, se siente arrebatado por el deseo de la venganza y forja en su mente los medios de llevarla á cabo, la noble figura de la conciencia se levanta severa y majestuosa en el fondo de su alma, arranca con segura mano el plan que la ira comenzaba á elaborar, desarma el brazo dispuesto á herir á su adversario y le señala esta palabra impresa con luminosos caracteres sobre su frente: — ¡Perdón! Y cuando se atienden esas provechosas indicaciones, y cuando no se desoye esa voz sabia y discreta, se percibe, en medio del más satisfactorio arrobamiento, la grata sonrisa con que nos acaricia y que incluye una promesa sublime de alivio y de solaz. Entonces nuestra compañera, de recto fiscal, se torna en cariñosa amiga.

Cuando el remordimiento no tortura nuestro pecho, podemos levantar la cerviz erguida hasta los altos cielos: nada nos hace temblar porque somos invulnerables, y hasta los tiros de la calumnia y la maledicencia se estrellan impotentes contra el muro de granito de una conciencia tranquila. La infamia del mundo no germina en el corazón protegido por la idea real y el convencimiento inequívoco de lo que es este atributo del alma, que como férrea armadura lo resguarda; y respetando sus hábiles consejos, se puede hacer prósperamente el camino de la vida, seguros de llegar al confin sin los escollos de las reconvenções internas.

La existencia del hombre honrado se desliza cual

argentino arroyuelo sobre un ameno pensil; en cambio, la del culpable se escapa con violencia agobiadora, como un torrente cenagoso entre estériles rocas y calvas peñas, deshaciendo cuanto encuentra en su carrera; mientras que aquél lleva á flote las frescas flores que halla á su paso y que al contacto benéfico de su mansa superficie aumentan su lozania y despiden un aroma balsámico que transporta y enejena. La primera es la suave y perfumada brisa que comunica un blando movimiento al follaje del jardín y hace la delicia de los pájaros y el encanto de las mariposas: la segunda es el bramador aquilón que arrebatada los árboles del bosque y dispersa en ciego torbellino sus marchitas hojas, y á cuyo fatal poder, lanzan atronantes gritos en sus cóncavos las fieras.

Contra los golpes del Destino no hay arma más eficaz que una conciencia inmaculada: el derecho que con ella nos asiste á mejores días, minorá la ardiente fiebre del sufrimiento con el tibio rocío de la esperanza, y el espíritu confiado tiende el vuelo por esos floridos campos que lo alientan y consuelan. Sin ese recurso, nuestras desgracias serían mayores; nuestros pesares, mucho más fuertes.

Durante las largas horas del pádecir, puede el hombre honrado indemnizarse de sus penas con el recuerdo de sus buenas obras, que como la más bella recompensa le proporciona el lenitivo de aguardar un premio imperecedero, que en alas de su pura conciencia irá á recibir algún día de manos del Señor; pero el criminal que ve apartarse de su lado á los demás como si temieran su contagio, que se mira sin afecciones que le hagan soportable la proscripción social que pesa sobre él, no tiene ni siquiera el refugio de replegarse sobre sí mismo; porque su mayor verdugo mientras la prolongada agonía en que se convierte su peregrinación sobre la tierra, su acusador constante é irrefutable vive dentro de él, y al maldecirle continuadamente, le señala la sima sin fondo que le espera y á cuyo borde no se puede llegar sin sentir el mareo del horror.

Si cuando la densa nube de las pasiones bastardas desgarrar, en medio de una horrible contracción, su borrascoso seno sobre los mortales, tuviesen éstos la lucidez suficiente para calcular cuán funesta influencia ejerce en la vida la carcoma del remordimiento, no habría delincuentes; si todos pudieran prever algunos ignorados pliegues de lo venidero, lo que la espantosa perspectiva de una cadena y un presidio no evita, hallaría coto en la de ese roedor tormento, tanto más grave, cuanto mayor es la impunidad que lo acompaña!

¡Qué atroz martirio el del malvado que tiene las manos empapadas en sangre ajena y la imaginación incesantemente mortificada con el recuerdo indeleble de un crimen! Hasta en el gemido del viento y en el susurro de las hojas, en esos ruidos vagos y mitológicos que embargan á las almas buenas, él cree oír las carcajadas del infierno que con sarcasmo le saludan; le parece que el eco de las montañas, esa agreste repercusión que nos conmueve, remeda los lamentos de su víctima; lo mares, esas extensas planchas líquidas cuya vista extasiá y edifica, son en su concepto grandes acopios de lágrimas vertidas por su culpa; y los arreboles tornasolados del firmamento, que lo semejan á una suntuosa lámina de nácar y ante los cuales se deleíta la criatura, asoman á su ver negros, negros como el imperio de las tinieblas! Y siente que, condensándose en su derredor, tanta sangre le ciega, tanto suspiro le asfixia, tanta lágrima le ahoga, tanta queja le ensordece..... y se llega á convencer de que el aire mefítico que le envuelve no admite sino un desinfectante: el de la más cumplida expiación!.....

Ah! compasiva lástima merecen esos seres desgraciados porque no conocen los únicos goces puros que puede saborear el hombre sobre la tierra, y que consisten en escuchar en medio de la calma religiosa de su espíritu, la serena voz de su conciencia que le dirige un aplauso por sus buenas acciones. Esta es la epopeya de la vida, el más preciado blasón del alma y el mejor laurel que puede cosecharse en nuestro via-

je por el mundo, y con el cual nos tejemos la inmarcesible diadema que ha de orlar nuestras frentes en las mansiones inmortales!

¡Dichoso el que no tiene el corazón punzado por el demonio del remordimiento y puede entregarse tranquilamente al expansivo consuelo de recorrer en el gran libro de su historia páginas limpias del lodo del crimen! ¡Feliz el que ha sabido levantarse, escuchando las llamadas de esta deidad biehechora, sobre el fango de los vicios y no ha manchado su mano con el cieno de los delitos que empujan á la ruina eterna! ¡Envidiable el que al abandonar este valle de dolor, ve elevarse junto á su alma la blanca paloma que simboliza su conciencia!

Pero desgraciado, sí, mil veces desgraciado el que se burló de sus doctrinas, el que despreció sus lecciones, el que prescindió de ella para determinar sus obras y trazar la línea de su conducta! El castigo de Dios, la execración de los hombres y las propias maldiciones, son la pena impuesta á su temeraria desobediencia!

¡Oh justicia soberana del Eterno! ¡Cuán grande, cuán solemne te presentas al haber instituido el infalible termómetro de la conciencia, y, al mismo tiempo, qué misericordiosa te muestras ofreciendo á la débil humanidad un hábil consejero, un sabio preceptista, un maestro poderoso que la guíe, que le señale la senda gloriosa por donde se llega á Ti, y á quien sólo en el espantoso desconcierto de su loca turbación puede desoir!





LA MEMORIA

I

PA memoria es una potencia del alma. Sirve para retener lo pasado, que se estampa en ella como las imágenes en una plancha metálica convenientemente dipuesta con las admirables preparaciones de la química.—Así se la define generalmente.

La memoria es una hada benéfica que atenúa vuestros pesares vertiendo en el amargo cáliz de la desgracia algunas gotas del suave licor de los recuerdos gratos; una amiga bondadosa que os aduerme al son dulcísimo de sus cantinelas de amor, acaricia la guedejas de vuestros cabellos con ternura, y pasa su blanca mano por vuestra frente helada y sudorienta.—Esto dice el que ha gozado.

La memoria es el más cruel de los verdugos; se complace en acibarar vuestros instantes envenenando el vaso de la vida hasta las heces, desterrando el placer de vuestros días; un suplicio digno de figurar junto á los de Ixión y Prometeo.—Tal cree el que ha sufrido.

II

Si pedimos su opinión sobre la memoria á una niña sencilla y angelical, uno de esos seres para formar á

los cuales parece que se hubieran fundido el candor y la pureza, ignorante de la vida, que con el corazón dormido aún para las pasiones, desconoce los pesares que le están reservados en medio de ellas, como áspides ponzoñosos entre las gentiles flores de un ramillete odorífero, cuyos ebúrneos y delicados pies no han sido heridos todavía por los abrojos del camino, porque el mundo no ha creído llegada la hora de abrirle de par en par sus doradas puertas y brindarla con mentidos halagos y falaces alegrías, oiremos destilar estas palabras de sus purpurinos labios:

—La memoria es un cielo diáfano y sereno; en su tersa superficie, pura y resplandeciente como el ala de un querub, hay escritos con rutilantes estrellas los más bellos caracteres.

Más tarde, cuando alentando en esa atmósfera impregnada de perfumes y armonías que se llama adolescencia, viaje en el carro de las ilusiones por la ilimitada región de la esperanza, y sueñe dichas y glorias libando el néctar divino de los goces, esa mujer dirá:

—La memoria es un lago de quietas y encantadas ondas, donde moran ninfas en templos de cristal; iluminado de lleno el globo de plata que surca el espacio en brazos de la noche, y el aura de los valles lo arrulla blandamente.

Después, cuando el viento siniestro de los desengaños haya hundido la barquilla de sus imaginarias venturas entre las profundas vorágines de la mar mugidora del dolor; cuando la catarata de hiel de las primeras decepciones, inundando su pecho juvenil, haya enturbiado sus pupilas con las frías lágrimas del desaliento, pensará así:

—La memoria es un volcán en erupción constante: los chorros de ígnea lava que vomita con furor su cráter enrojecido, caen como lluvia de plomo hirviendo sobre el corazón despedazado.

Transcurrido algún tiempo y apagada ya en su interior la llama de las pasiones por la nieve de la vejez, este será su parecer indudablemente:

—La memoria es un gran museo en cuyas ideales

paredes se han acumulado cuadros bien distintos entre sí, pero importantes todos: tan opuesta es la decoración de sus aéreas galerías, que frente á una benigna imagen celestial de nítido ropaje, se alza la grotesca figura de un centauro; junto á un paisaje de belleza indescriptible, un horroroso precipicio que con su miraje inspira vértigos. Es un panteón donde no existe sepulcro desconocido; pues todos están marcados, ya como un mausoleo de mármol, suntuoso como los del Asia y sombreado por el alto ciprés, símbolo de la muerte, que, batido por el vendaval, hace tremolar sus ramas como fúnebres banderas; ya como una modesta lápida de piedra, rodeada de siemprevivas, emblema del recuerdo imperecedero; ya, en fin, con la humilde cruz de madera, escalada por las campanillas azules de los cementerios!

III

La memoria es el gran libro de la humanidad! Hay en él páginas blancas, como la inocencia, en las cuales trazó un ángel signos diamantinos con una pluma de sus brillantes alas; páginas rosadas, como las ilusiones, esculpidas por el genio de la esperanza con el áureo buril de la juventud; páginas negras, como el luto, señaladas por la mano de la aflixión con las lágrimas del desengaño; y páginas sangrientas, como los girones de un corazón destrozado en las que el agudo puñal de la fatalidad grabó con materia corrosiva fechas malditas de aciaga recordación, que se imprimen más y más hondamente cada día que pasa como una débil nota á componer el sublime acorde de la eternidad, cada instante que se desliza como un grano de arena á formar la inmensurable montaña de los siglos!

¿Sabéis qué fechas son estas?

Son las en que se apartó del mundo de los vivos un ser idólatrado, cuya existencia estuvo ligada á la nuestra íntimamente!.....

¡Felices vosotros, los que no habéis experimentado todavía dentro de vuestra naturaleza, una fiel reproducción del estrago que experimentó el universo entero, como si su eje hubiese saltado roto en mil pedazos, al espirar el Hombre-Dios en la cumbre del Calvario!

¡Felices vosotros, los que aun no habéis sentido *dirirse el alma*, al golpe de uno de esos pesares sin nombre, como se rasgó el velo del templo de Jerusalén en aquella hora solemne y memorable!

¡Sí, felices vosotros, felices mil veces, porque no conocéis el infierno de la más cruenta desventura, el dolor de los dolores, que sólo puede concebirlo aquél que lo ha probado!

1888





GRANDEZA MUNDANA

QUIÉN que ha visitado á Cajamarca, esta histórica ciudad que guarda en una sola página los últimos suspiros de un monarca poderoso y los cantos de victoria del intrépido conquistador; que tuvo un día suficientemente elástico para servir de mortaja al gran imperio de los hijos del Sol y de mantillas á la nueva era iniciada por los descendientes de San Fernando; que fué á la vez cadalso y tumba del desventurado Atahualpa, origen y cuna de la dominación española; que conserva aún, junto á los edificios de los delegados de Castilla, los postrados restos del alcázar incaico; quién que ha tocado en su suelo, preguntamos, no mantiene allá, en algún rincón de su memoria, la reminiscencia del grandioso convento de la Recoleta, levantado por la piedad católica al SE. de la población y casi en sus afueras, como la piedra angular del sublime palacio del cristianismo, sobre los escombros del templo de la idolatría?

Esta insigne creación del arte, que parecía desafiar en su carrera á la eternidad, legada por nuestros mayores como irrefutable muestra de la pasada grandeza, asilo ascético durante el coloniaje, local del Colegio de San Ramón en seguida y alojamiento militar después, ha sido siempre el encanto de los viajeros

que fascinados la visitaban; porque su imponente y majestuosa arquitectura llamaba al espíritu á la contemplación, anegándolo en místico recogimiento, que, al apartarlo del mundo material, le hacía pensar en las esferas deslumbradoras del bien.

Mas ¡ay! que el desgastador poder del tiempo, disputándose con la odiosa mano del hombre el cetro de la devastación, han derruido casi completamente ese honroso monumento de épocas ya lejanas, y lo que ayer atraía la admiración general, sólo es ahora motivo de tristes meditaciones.

Tanto la criminal indolencia de los propios como la insaciable saña del enemigo extranjero, se encargaron de ayudar á los años en la ingrata tarea de derribar ese glorioso timbre de remota opulencia que ostentaba Cajamarca, y en la actualidad es el espectro de lo que fué: agonizó lenta y penosamente á influjo del fatal descuido con que se le mirara, y sucumbió al fin, consumido por rojas lenguas de fuego que, como innumerables brazos del Averno, lo envolvieron, devorando su seno, y asfixiado por el humo, ese miasma del incendio.

La sosegada oración del monje austero, á que siguió la bulla del travieso colegial y el grito del centinela, ha sido reemplazada por el agudo chirrido del ave nocturna; las tranquilas celdas, moradas de almas justas en su principio, habitaciones de alegres jóvenes más tarde y por último cuadras de soldados, son al presente guaridas tenebrosas de murciélagos y sabandijas, esos vastos y sombríos corredores donde han resonado el monótono paso del cenobita, el paseo agitado del estudiante y las fuertes y acompasadas maniobras militares, no perciben hoy sino el roce de la alimaña rastrera; las campanas que antes vibraban invitando á la abstracción de lo terreno y cuyas pulsaciones subían hasta el trono del Señor envueltas en las fervorosas plegarias de los fieles, se hallan como entorpecidas, quietas y silenciosas, y sólo el vendaval las conmueve ligeramente al azotarlas; esas bóvedas artesonadas de la ya desierta iglesia en las que iban á

converger las miradas suplicantes de los devotos á su amparo congregados, aparecen ennegrecidas, como si una bandada de genios infernales, al escalarlas, hubiera sido encadenada por un conjuro incontrastable, en su atrevida ascensión; en lugar de los frangantes jarrones de flores que los creyentes colocaban en homenaje al Dios de las alturas, crece allí, cultivada por el abandono, la silvestre hiedra; los indecisos destellos de las vacilantes lámparas que durante tantas noches hicieron oscilar sus macizas naves y sus venerandos nichos, son remedados por los fuegos fatuos que se desprenden de sus sepulcros ignorados ó por un pálido rayo del astro de la noche que, como dijo Madame de Staël, "es la antorcha de las ruinas", el que comunicándole un aspecto extraño y fantasmagórico, lo finge un caprichoso sarcófago, dentro del cual se diría que duerme un titán su postrer sueño; y los lúgubres silbidos del aire, penetrando por los huecos de las ventanas, parecen lamentarse del melancólico abatimiento, de la muda decadencia de ese gigante rendido al peso de la fatalidad y que simula un atleta encantado.....

Si esos sólidos muros de granito, lejos de apagar los sonidos, hubiesen tenido la propiedad de la esponja para absorberlos ¡cuán distintos tonos no producirían al depresor contacto de la destrucción!

Y aun es nada! Un día llegará en que la planta del hombre se pasee indiferente por el área bendita del sagrado recinto, sin encontrar en ella una reliquia que le revele su existencia, sin dedicarle un pensamiento; porque su vestigio se habrá borrado de sobre la superficie de la tierra cuando el huracán de las edades haya esparcido por el infinito hasta las mínimas partículas de sus gruesos paredones; porque sus voluminosos anales habrán rodado con ímpetu violento hacia el oscuro caos de la nada; porque su recuerdo se habrá extinguido como un débil eco en el desierto; porque su memoria, como una confusa sombra, se habrá mezclado á la espesa penumbra de los tiempos!.....

Ah! los tiempos!.....El transcurso de los tiempos es más eficaz que las corrientes del Leteo! A su margen, bebe la humanidad presente el licor que mata la remembranza de la humanidad pasada!.....

.....
¡Qué amargas consideraciones sugiere al espíritu reflexivo, al carácter observador, la contemplación de ese deteriorado edificio que, cual gladiador vencido en su lid formidable con los siglos, yace exánime sobre la ensangrentada arena del combate! Y el alma de un filósofo cómo se empaparía en la meditación frente á él, y cómo, convirtiéndolo en venero inagotable, sacaría de entre los intersticios de las piedras y del fondo de esas grietas, nidos de vampiros y estrechos campos de trepadoras hierbas, razonamientos convincentes, base inamovible de una juiciosa disertación sobre la miseria del mundo!

Nosotras que—como quien con trémulo y tardo paso se acerca al enlutado féretro que contiene los despojos mortales de un ser querido, y, replegando con mano temblorosa el paño que los cubre, ansía leer en sus ojos entornados y sin luz, y en su frente helada y mustia los misterios insondables de su profundo letargo—hemos llegado hasta la Recoleta, al separar, para abrírnos camino, las tupidas malezas que han nacido en sus patios solitarios, sentimos que se exhalaba del pecho, en un suspiro, el deseo de sorprender los secretos de la destrucción; mas tan sólo alcanzamos á decir:

Si esas moles de piedra se conmueven, vacilan y acaban por derribarse, cuando estremecido el universo se siente convulso ante el estertor de la agonía de cada siglo que fenece ¿qué no sucederá con la mezuquina grandeza del hombre, tan efímera, tan inestable, parangonada con aquélla? Porque ¿qué es la fugaz existencia de la criatura, puesta en balanza con la duración de esos colosos de roca? Lo que la escasa llama de una bujía frente al rey de los astros; lo que el fresco rocío de la mañana si se le compara con el diluvio de que nos habla la Biblia; lo que el endeble

tallo del lirio cerca del corpulento roble secular, prodigio de la vegetación y soberano de las selvas!

Y si aun resuenan por los confines del orbe los nombres de algunos seres privilegiados, que brillaron en la antigüedad como radiantes constelaciones en el cielo de la fama, para que llegaran hasta nosotros ha sido indispensable darles una vida ficticia, hacer la transfusión de la fábula á sus secas arterias; á fin de que esos cuadros tuviesen colores perceptibles á nuestra vista, se ha hecho necesario prestar á la Mitología su paleta y retocar con esos tintes sus inciertas líneas; en una palabra, con el objeto de evitar la completa putrefacción de esos cadáveres, ha habido que extraerles las entrañas y reponérselas con drogas!

¿Qué es entonces la grandeza mundana?

Una visión sonriente pero intangible que, se desvanece al soplo de los años; un hermoso sueño que, suspendiéndose sobre nuestras cabezas entre los vapores del festín de la vida, se disipa al despertar de la muerte, en el húmedo lecho de la callada ciudad de *los que fueron*; un manso río, cuyas dulces y cristalinas aguas van á confundirse para siempre con las turbias y salobres olas de la mar encantada del olvido!

1898.





TEMPESTADES

I

QUÉ límpido se presenta el hermoso azul del cielo! Nila más ligera nubecilla empaña su tersa superficie; y la encantada quietud de sus aéreas ondas lo asemeja á esos mansísimos lagos que dormitan tranquilos, en medio de ignorados valles, á la hora solemne del silencio y los misterios.

Ni el vuelo de los pájaros, ni el balido de los ganados, nada turba el profundo sosiego de la creación. Diríase que se ha replegado sobre sí misma, que ha entrado en recogimiento, en oración; porque todo descansa y parece reposar como un niño en el fondo de la cuna.

Sólo una ténue brisa es la respiración que manifiesta vida en la casi suspensa naturaleza.

De repente un estruendo inesperado, extraño, aterrador, llena el espacio, lo aturde. Es algo como la simultánea descarga de mil cañones en el campo sin límites de la inmensidad.

De tan colosal metralla se desprende denso, densí-

simo humo que, al extenderse, forma un cortinaje de sombras y envuelve el globo con bandas flotantes de crespón.

¿Qué pasa?

Ah! La detonación es la voz del trueno: el humo, las negras nubes que entrañan torrentes de agua!

El genio de las tempestades se ha colocado en su trono de nieblas, y empuña agitado el cetro de la devastación.

De su suelta cabellera brotan chispas eléctricas que inflaman rayos y vienen á herir las cúpulas de las ciudades y los árboles seculares de los bosques.

Las cataratas de la altura se han abierto; el temporal amenaza destruirlo todo.

¡Cuán pronto ha cambiado la decoración de este soberbio escenario que llamamos Universo! Hace poco era un templo sobriamente majestuoso: ahora es el caos horrendo, la oscuridad, la confusión, la muerte!...

Y el hombre, asustado, sobrecogido de pavor invencible, se siente transportar, rasgando las espesas tinieblas de los siglos, á los cuarenta días y cuarenta noches memorables de la Biblia!

Y si es bueno y fuerte, si la vívida antorcha de la fe ilumina los senos de su conciencia, si un alma grande palpita en su interior, entonces busca en medio de su situación tristísima el Arca Santa de Noé, se acoge en ella haciéndola su asilo durante la borrasca, y la pasa bogando entre las ondas tumultuosas cual si fuesen apacible mar en leche.

Pero si es infame ó descreído, si nunca la luz benedita del arrepentimiento y el perdón alumbró los tenebrosos antros donde habitara, si no reconoció un Ser Supremo á quien volver suplicante la mirada y se cree hijo infortunado del acaso, entonces el amargo gesto de la impotencia y el despecho se dibuja en su rostro descompuesto, ve el Arca con desdén, le parece débil para resistir el estrago de los elementos enfurecidos, y cansado, exhalando imprecaciones, trepa la montaña encumbradísima, ó se abalanza al árbol gigantesco en pos de un refugio.

—El monte es de granito, dice, y las corrientes no lo arrastrarán: el árbol tiene sus raíces retorcidas en las entrañas de la tierra y los huracanes no lo derribarán; pero el Arca!..... El Arca es frágil y puede perderse.

Insensato! El Arca está empujada por viento bonancible, y los que van en ella salvarán.

De pronto ¡miseró de él! comprende que sus esfuerzos han sido inútiles, estériles sus fatigas: el líquido crece, crece y le rodea, le atrae; como un monstruo de hambrientas fauces, le acosa hasta marearle..... y le sepulta al fin!

Un instante después es su cadáver vil juguete de las aguas!

.....

•

La tempestad declina, deponen su enojo los elementos.

Un viento helado pero suave reemplaza al vendaval devorador que soplabá con la fuerza unida de innumerables fuelles; los truenos apagan sus ronquidos pavorosos; rayos y relámpagos cesan de hender el espacio; y las aguas se estacan paulatinamente.

Los cielos han desahogado su cólera, su pena, sus misteriosos dolores acaso, y los ayes desgarradores, los sollozos, los suspiros, las lágrimas, van desapareciendo de su apesadumbrada y mustia faz.

La naturaleza recobra su calma; y allá, en los confines del horizonte, medio velados aún, se descubre, cual plácida sonrisa, la promesa eternamente renovada, el Iris luminoso, como la cadena de flores que une á la criatura con el creador, como el anillo nupcial entregado por el Omnipotente á la humanidad regenerada, como el lábaro de paz enarbolado por Dios mismo en la serena región de lo infinito!.....

¡Bendito seas, Arco Triunfal, á cuya sombra paseó la misericordia divina su carro refulgente!

II

La vida, por tranquila y aparentemente feliz que se deslice, tiene, como la naturaleza, horrendas tempestades.

Los golpes de la adversidad apagan el sol de la alegría y anegan el espíritu en océanos de amargura.

La adversidad, que á nadie perdona, viniendo á ser el común nivelador encargado de confundir los ayes del señor con los suspiros del vasallo; la adversidad, que socava los troncos y aniquila las riquezas y reduce á cenizas los honores y trueca en leve humo la gloria que tanto entusiasmo á los mortales, tiene tan múltiples faces como males nos aquejan. ¡Cuántas veces el mérito propio, origen legítimo de todo bien, llega á ser, armando el brazo de la envidia, fuente copiosa de desventuras! Y así, en cada uno de los vicios que hallan fatal albergue en el corazón humano, hay otros tantos factores de nuestras desgracias.

El sendero que seguimos está erizado de espinas y maleza: á cada paso que damos las lágrimas de nuestros ojos se mezclan á la sangre de nuestros pies, y se abre un surco en la frente al inscribir un recuerdo en la memoria! La lucha es constante, titánica, ardorosa, porque los enemigos se multiplican prodigiosamente y son grandes é inflexibles.

Por eso es tan respetable la vejez. Para llegar á la meta exánime, decepcionado, cuánto ha batallado el hombre! ¡Qué de obstáculos necesitó destruir, qué de precipicios tuvo que salvar! La nieve de sus cabellos y las arrugas de su rostro; la experiencia que guarda su cerebro y los dolores que sufre su corazón; el desencanto de su alma y su sed de reposo, son reliquias de sus pesares, huellas que le imprimió la adversidad.

¡Y cuán compasiva ternura merece la infancia! El niño que comienza á vivir, es el combatiente que empieza á luchar. Largo es el camino, frecuentes los escollos; reacias las dificultades; y si no las conoce de antemano, no pudiendo constrarrestarlas, perecerá.

¡Miserable condición! Hay que llorar al mal lejano; hay que prever los peligros, para evitar que la sorpresa nos desconcierte!

En los críticos días de la desgracia, es cuando se prueba el temple de las almas.

Allí, en medio del infortunio se sucumbe á falta de fortaleza, ó se triunfa con gloria!

Los más grandes sinsabores que esconde el hado en sus arcanos, los dedica también á las más grandes almas, y así raro es ver que una criatura superior no tenga poderosos estorbos que vencer en su carrera. Y vence, porque no la arredran, aunque se presenten envueltos en su siniestra pompa y rodeados de su cortejo aciago; y no se deja abatir, porque, conservando intacta su fe en el bien, tiene derecho á esperar horas mejores.

El que herido por la adversidad cede á su influencia destructora, no es como muchos creen un corazón sensible: es simplemente un corazón cobarde.

Si; porque cobardía es rendirse debiendo levantar la frente á Dios, supremo médico de toda dolencia, implorando fuerzas para sobrellevar los sufrimientos que, más ó menos prolongados, han de tener un término. El nos hace creer y esperar, y nos suministra energía para desafiar impávidos los vaivenes de la suerte.

Mientras más rudo es el embate del infortunio, más alto grado de heroísmo se encierra en recibirlo con bondadosa sonrisa; y si alguna vez, pagando el justo tributo que debemos á nuestra flaca naturaleza, no podemos contener las lágrimas del desaliento, enjuguémoslas presurosos con la suave pero robusta mano de la resignación; porque ella es el valor sublime de las almas fuertes.

No tratamos de esa tolerancia estoica, rayana de torpe indiferentismo, que cierra los ojos y se deja arrastrar á la ventura; no. Nos referimos á la dulce conformidad hija del cielo que, elevándonos sobre

nosotros mismos, nos hace estimar las desgracias como circunstancias inherentes á nuestra humana condición, como séquito obligado de los que recorreremos las sendas tortuosas de este mundo, y nos permite vislumbrar entre flotantes vapores el Iris bendito de la paz.

Las oleadas de la adversidad pasan cuando hay una virtud incontrastable que no se doblega. En el flujo y reflujo de la vida, debemos mostrar una firmeza de roca, y recordando que todo diluvio tiene su Armenia, combatamos sin desmayar, que tras los tupidos velos de la noche, asoma, en brazos de la auro-ra, el lumínar espléndido del día.

Como dijo el rey esclavo de Sesostris que uncido á su brillante carro contemplaba los rápidos movimientos de la rueda, la Fortuna tiene caprichos de sultana veleidosa; tan pronto nos suspende como nos precipita, empenándose rara vez en atormentar sin tregua: por fatigosa que sea la cruzada, no ha de ser eterna; y la ansiada Jerusalén nos abrirá sus puertas.

La voz del verdugo resuena hueca y medrosa bajo las grietadas bóvedas de un hediondo calabozo; y el pobre cautivo gime y sus acentos no se escuchan por que los absorben los muros sombríos de su cárcel; y no pueden verse los indescriptibles gestos de dolor inmenso que se suceden en su lívida fisonomía, porque la oscuridad le envuelve; y apenas un rayo de luz, penetrando por la angosta claraboya, va á quebrarse pálido sobre el hacha amenazadora.

¡Este es el mundo!

Mas llega el momento de la ambicionada libertad, y el prisionero del destino levanta la cerviz.

Las flechas que guarda en su aljaba maldita la desgracia no van más allá del extremo señalado por la muerte. Su imperio, por lo tanto, es efímero, como efímera es nuestra peregrinación terrestre.

Cuando la vida fuera un negro tejido de desventuras; cuando ni una pasajera chispa de consuelo brillara jamás ante nuestros ojos extraviados; ¿hemos por eso, de echarnos en brazos de la desesperación? No: las almas fuertes, traspasando los círculos estrechos y mezquinos de la existencia, descubren vastas lontananzas y anchos horizontes donde batir sus alas.

Al llamar á las puertas de la eternidad, las cadenas caen rotas á nuestros pies; las ligaduras se desatan. En esos forzosos umbrales se deja todo: penas y alegrías; y el espíritu, ávido de luz, se lanza en toda su desnudez augusta, en su soledad grandiosa, yendo á beber en los purísimos é inagotables manantiales de la excelsa sabiduría y de la felicidad suprema.

1889





A LA BOMBRA DEL TAYO

SERÍAN las cinco de la tarde, cuando, deseosa yo, de contemplar á mi sabor el magnífico espectáculo de la puesta solar, me dirigí al ex-jardín, cercado por medio derruidos muros, y donde sólo resta, testimonio elocuente de su pasado esplendor, un viejo tayo, como la única columna que hubiese quedado en pie de algún edificio derrumbado. Desde allí se descubre vasto panorama; y á los rayos casi horizontales del moribundo Febo, blanqueaban sin brillar, ni más ni menos que la plata muerta, los altos campanarios y las gallardas torres, y los vetustos tejados entrecoloreaban cual la brasa cubierta de ceniza.

Sin advertirlo, había llevado en mis manos el libro que contiene los *Viajes por Oriente* de nuestro célebre Ingunza; y sentándome sobre el mullido suelo tapizado de "hojas del árbol caídas", apoyada la espalda contra el añoso tronco, me puse á leerlo, no sin levantar de vez en cuando los ojos para seguir con la vista el rastro luminoso del Sol, próximo ya á reclinarse tras la elevada montaña que cierra el horizonte. A cada página del libro que volteaba, dedicaba un aplauso á su autor; pues nadie acaso alabará con el entusiasmo que yo alabo, esa noble pasión por los viajes, que dominó á nuestro ilustre compatriota hasta el extremo de no arredrarle ninguna laya de dificultades, ningún género de estorbos: recorrer paí-

ses remotos y que nos son casi enteramente desconocidos; estudiar sus costumbres, que tan raras y extravagantes nos parecen; establecer comparaciones; ¿puede haber nada ni más grato ni más instructivo?

Así, avanzando en mi lectura y en mis mudos comentarios, llegué al capítulo XXXII, y en él, á la descripción de Palmira, mejor dicho de las ruinas de esa antiquísima y en lejanos tiempos floreciente ciudad, fundada por el rey más sabio y poderoso que hayan conocido los tiempos, y cuyos solos escombros atraen al viajero de la propia manera que atraen á los pueblos los sepulcros de sus grandes hombres. Las emociones despertadas por la viva descripción se acrecentaron al fijarme en la notable lámina correspondiente, y encontrar en ella palpitante, por decirlo así, cuanto con admirable propiedad nos pinta la pluma experimentada del escritor. Sí, allí, en medio de esos inmensos desiertos donde la vista busca en vano una flor que la recree, una planta que interrumpa la monotonía de los arenales sin término, allí están, como innumerables monumentos esparcidos en un ancho cementerio, las ruinas de Palmira; en sus secas y abandonadas cisternas tiene el león su guarida y desde ella asesta al desolado beduino; en sus truncados capiteles se asienta altanera el águila; infinidad de hierbas parásitas asoman sus tallos por los huecos que se llamaron ventanas, como si descomunales arañas hubiesen fabricado sus hilos en las cuencas vacías de enormes calaveras..... Pero el silencio de muerte que allí reina, ese augusto silencio cuya única voz es el débil soplo de la brisa vespertina gimiendo entre las tumbas, parece narrar todavía las hazañas de Zenobia y la brutal venganza tomada por las romanas huestes bajo el feroz Aureliano.

Dejándome llevar de mi carácter reflexivo, solté el libro abierto sobre mis rodillas, y alzando los ojos, fijé mi vista indiferente en el tupido ramaje que me cobijaba. Largo rato debí de permanecer así, pues

que, de mis hondas cavilaciones, vinieron á sacarme los pitidos de multitud de avecillas que regresaban de su diaria peregrinación á buscar un asilo entre las movibles hojas del tayo; y allá en occidente sólo quedaba rojiza claridad: el paisaje estaba alumbrado, puede decirse, por *luz secundaria*.

La alada muchedumbre me interesó de veras; y puesta en la copa del árbol la mirada, fui siguiéndola en las mil vueltas y revueltas que daba entre las apretadas ramas antes de entregarse al reposo. De repente descubrí á través de las tupidas hojas, alto, muy alto, un nido medio destruido, flojo ya á causa de su largo abandono, nido fabricado en la última primavera—lo recordé—por una enamorada pareja de jilgueros para que sirviese de cuna á la noble prole nacida al calor de sus besos y al dulce arrullo de sus melodiosas gargantas; y vi que dos gorriones, que juntos llegaran y sin separarse un instante daban inequívoca muestra de su amor, tomaron tranquila posesión de la olvidada vivienda, y que mientras la hembra se acurrucaba en el rincón más abrigado, el macho procuraba quebrar con su amarillo pico las estorbosas pajas que, lacias y polvorientas, se extendían en todas direcciones.

Aquí reanudé el hilo de mis consideraciones, de las que un tanto me había distraído la aparición de las aves, y tomando por base el nido, como quien dice lo más pequeño, me remonté á tal altura, que en conjunto y como un sólo cuadro aparecieron ante mí todos los escombros desparramados ¡ay! con harta profusión sobre el haz de la tierra. Palmira ya solamente fué un punto, un casi imperceptible punto en tan grande lienzo; ¡y el nido había sido el resorte que á pesar de su magnitud lo descogiera! Puede decirse que al través del nido contemplaba yo en el mundo de hoy las ruinas del mundo de ayer, y que, calado tan diminuto lente, leía, presa de vivo asombro, la borrosa y amarillenta página del pasado. ¿Cómo es posible, me decía, que tan serias reflexiones me haya sugerido un objeto insignificante, si se quie-

re? ¿Es quizá la coincidencia de haber tenido en mis manos el grabado que representa las ruinas de una gran ciudad, emporio del progreso en otros tiempos, foco del poder en otros días? ¿O es acaso una conclusión lógica de todas las observaciones, que, empezando en lo que más cerca tenemos, van á encontrar su remate en lo que más lejos de nosotros se halla? Fuese esto, fuese eso, fuese aquello, fuesen todas estas cosas juntas, ello es que yo no podía sacudir el cúmulo de ideas que en tropel acudieran á mi mente á la sola vista del nido: no de otra suerte se descubre de entre las estrechas paredes del observatorio y de tras los angostos cristales del telescopio, el espacio inmenso y los infinitos astros que lo pueblan!

¡Cuanta similitud, cuanta analogía, cuán íntima relación no encontraba yo entre el pobre nido abandonado de los jilgueros y los derruidos palacios de ya olvidados magnates! — “Así como las entrelazadas hebras de flexible paja, obra admirable de las aves, se han desatado casi completamente, perdiendo su graciosa forma y cayéndose á uno y otro lado, así también, pensaba, se han venido por los suelos los bloques de mármol que en artístico orden dispuestos compusieron las mansiones soberbias de los poderosos de otras épocas; la mano del abandono se posa con igual fuerza sobre lo grande que sobre lo pequeño, y la rueda desgastadora del tiempo pasa de idéntico modo por lo faustoso que por lo miserable. Dos plebeyos gorriones vienen á albergarse entre las ruinas de este nido, como entre los escombros de Palmira y Balbeck, de Campharnann y Bethulia, de Jenazaret y Tiberiades y de tantas otras antiguas ciudades, cuya lista, sin apartarnos de Oriente, sería interminable, busca un refugio durante las crudas noches de invierno el melancólico pastor, ó como el árabe errante despliega, apoyándola contra algún carcomido lienzo, su blanca tienda para pasar á tan escaso abrigo una estación. Y mientras el rebaño de inquietas cabras sesteá sobre la tierra que involida-

bles huellas guarda, y mientras la frugal camella dobla sus patas sobre el polvo que tantas grandezas oculta, la infortunada tribu sólo piensa en sus malditas aventuras, y sonríe en mitad del sueño con el cuadro de un asalto que le representa su imaginación acalorada, sin cuidarse tal vez de quiénes construyeron cuantos monumentos la rodean, más que estos gorriones de consagrar un recuerdo á los huídos jilgueros."

.....
Cuando volví de mi tenaz preocupación, la noche avanzaba derramando sombras á su paso, y sobre mi cabeza, las aves habían dejado de agitar sus alas: dormían.

Algunas horas después, regresaba al ex-jardín, cansada de la atmósfera sofocante de las habitaciones, ansiosa de respirar libremente el aire apacible y tibio de la sosegada noche de otoño; pero el semicírculo de la luna menguante, que divisé desde la puerta como pegado á la copa del tayo, me impresionó; pues haciéndome el árbol el mismo efecto de un minarete musulmán, sentí que las adormecidas ideas de la tarde despertaban y llenaban mi cerebro, al soplo del recuerdo, cual enjambre de pintadas mariposas que á impulso de la brisa abandonan la rama donde reposaban confiadas. La pálida luz, filtrándose á través de las hojas, iluminaba con su claridad mate al nido, provisional alojamiento de los gorriones, dándole ese barniz fantástico que á todos los objetos sabe comunicar. Me pareció entonces que la corta distancia que me separaba del árbol, iba creciendo, creciendo hasta convertirse en una árida llanura semejante á los desiertos..... Tuve miedo, lo confieso; y sin lograr que mi frente calurosa se refrescase, hube de regresar al salón, donde procuré ahuyentar mis negros pensamientos, curarme de mis tristezas, *conversando* un rato con el piano.



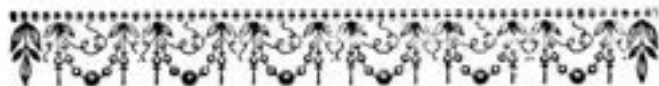
FRESAS Y VIOLETAS

Todos los pueblos, desde los lejanos días del paganismo hasta la época presente, han acordado á las plantas, en especial á las flores, marcada estimación, atribuyéndoles su viva fantasía orígenes y caracteres maravillosos, de donde se derivan, en su mayor parte, los emblemas que encierran y los significados que aun conservan; siendo muchas veces elocuentes mensajeras de los amantes desgraciados, y más tarde, secas sus corolas, apagados sus tintes y huído su perfume, reliquias benditas, encariñadas con las páginas color rosa del álbum ó la cartera, y único testimonio de una felicidad que pasó, iluminando el alma, con la misma rapidez con que el meteoro cruza, alumbrándolas, las inmensas soledades del espacio.

Larga, muy larga sería la relación de las creencias y costumbres que al respecto han existido y existen todavía sobre la tierra, puesto que en todos los tiempos se ha rendido á las plantas un culto casi fanático, dándoles importante papel en el variado drama de la vida. Así se inclinaban los árabes y los egipcios ante la robusta acacia, consagrada al señor del día, como los indios se postraban reverentes al contemplar la flor acuática del loto; los sabios brahmanes escribían sus horóscopos en anchas hojas arrancadas á la

gallarda palmera; Mahoma prometía á sus secuaces las bellezas de primorosos jardines, que retocó con todos los colores de su incomparable paleta la soñadora imaginación oriental, llenándolos de huries encantadoras, propias del sétimo cielo; el versículo de amor que con poética ternura y angelical sencillez entona el mundo católico, llama á María, la dulce nazarena, *Cedro del Líbano, Lirio de los Valles, Rosa de Jericó*; y en las santas manos de José, su esposo, coloca el imaginero de nuestros días aquel florecido bohordo de que habla la leyenda sacra.

En la cuna nos adormece el suave olor de las rosas junto á ella colocadas por la maternal solicitud; correr por el campo arrancando hojas y flores para formar ramilletes, es la diversión favorita del niño; pabellones de enredadera y madreSelva que se entran por la ventana, son el más preciado adorno de la alcoba virginal; de blancos azahares cubre su traje y su tocado la joven desposada; y hasta después de la muerte y en su mismo medroso y tétrico recinto, tienen las plantas un lugar señalado por la inquebrantable ley de inmemoriales costumbres: altos cipreses, sombreros sauces llorones, coronas de siemprevivas y matitas de *mutiflor* arraigadas en la tierra que removi6 la piqueta del sepulturero, «ese oscuro arquitecto de la última morada,» se ven por doquiera en la solitaria ciudad de *los que fueron*. En todas las épocas de la vida, pues, figuran las plantas hablando al corazón en el idioma divino de las emociones delicadas y los tiernos sentimientos; y también poseen su misterioso encanto, mezcla de pena y consuelo, las que crecen al borde de las tumbas nutriéndose de los humanos despojos, cuya savia acaso es sangre, cuyas raíces tal vez ocupan el cráneo donde bulleron nobles ideas, y salen retorcidas por las cuencas que fueron órbitas de hermosos ojos!..... Por último, ¿á quién no ha interesado la flor que brotando lozana se mece y muestra su pompa á la orilla de una fuente, ó el arbusto gentil que se balancea, arrullado por la brisa, junto á los troncos del bosque? ¿Quién no ha cultiva-



"CÁLOC"

A MI TÍA MARGARITA

EN mi deseo de cumplir el ofrecimiento que tiempo ha te tengo hecho, buscaba anoche, pluma en mano y sentada delante del pupitre, un tema que, siendo capaz de agradarte, me dejase satisfecha. Volaba mi imaginación cual traviesa mariposa sin hallar una flor donde posarse, cuando de repente y después de atravesar con rapidez un inmenso espacio sereno, azul, purísimo, fué á reclinarse, fatigada pero contenta, en un pintoresco rinconcito de nuestra querida «Pauca», de ese pedazo de tierra cuyo solo nombre tantas y tan dulces emociones sabe despertar en el fondo de nuestro corazón; de ese pedazo de tierra que guarda los huesos de nuestros mayores y los más tiernos recuerdos de nuestra amada familia.

He escogido, pues, para ti un asunto íntimo, un asunto que nos pertenece enteramente y que con sublime egoísmo podemos saborear. Estoy segura, no sólo tiene que gustarte, sino que también ha de arrancar á tu pecho un suspiro triste como la ausencia, el cual, siguiendo la misma ruta que mi pensamiento anoche, irá á desvanecerse entre el carrizal que se balancea á orillas de ese inolvidable río en cuyas atropelladas ondas nos hemos sumergido muchas veces!... Pero basta; lee este modesto trabajo que mi alma te dedica, y supla tu privilegiada memoria lo que mi pluma no haya alcanzado á describir.

Saliendo de «Pauca» por el camino de la «Centella», después de recorrer ligera travesía desde la cual se ve blanquear el humilde campanario del vecino Pueblo de Uuncha y reverberar los rayos del Sol en los nevados picos de los Andes, cual si hirieran los cascos de bruñida plata de formidables gigantes, entramos en una bajada que al cabo de treinta minutos de marcha nos conduce al «Batán», precioso vallecito surcado por un cristalino río que con el poder de sus aguas sustenta el molino que reducido ayer á cenizas por vil mano, ha sido ya nuevamente edificado.

No se puede pasar por el «Batán» sin detenerse un rato; es imposible seguir la marcha sin interrupción. Salen á nuestro encuentro el molinero y su familia con sus acostumbrados agasajos; atraen nuestra atención los vastos alfalfares, despensa bien provista de numerosos caballos de raza allí estacionados; por fuerza hemos de fijarnos despacio en los grandes tunales de anchas paletas, que brillan como otros tantos espejos de marcos dorados ó de rubies.

El calor progresivo que se experimenta durante el camino, es ya considerable al llegar al «Batán»; pero el aire puro de los campos orea dulcemente la frente sudorosa del viajero.

Siguiendo por entre extensos maizales, que cuando están en flor semejan plumajes de guerreros formados en batalla, llegamos á «Tunas-patá» (1), linda meseta donde aun se ven los escombros de dos chozas abandonadas, habitación en otro tiempo de una recordada familia indígena, colona de la hacienda, que no existe ya. Estas ruinas, por humildes que ellas sean, no dejan de sugerirnos tristes reflexiones, y pensamos al verlas como pensaríamos al tropezar en las encrucijadas de Alemania con los soberbios vestigios de poderosos castillos señoriales: con diferencias más ó menos apreciables en la forma, el fondo es el mismo en los universales trastornos.

Supuesto que, como dice Pérez Galdós, "no hay

(1) Altura de las tunas.

torreón sin duende", ni de consejas han de carecer. No se percibirán á favor del solemne silencio de la noche, ni el crujir del puente levadizo, ni el chocar de las armas del cruel barón, ni el ¡ay! del castigado siervo, ni el ruido de las espuelas del noble; mas no ha de faltar quien al pasar por «Tunas-pata» haya escuchado un leve quejido ó haya visto brillar en el suelo la llama azulada de alguna misteriosa lucecita. Estos relatos se han de conocer en toda la comarca; porque los viejos sazonzarán con ellos la pobre cena en las noches heladas del invierno; mientras la lluvia tala los campos, balan en el establo los ganados, las aves ateridas se refugian entre la paja del rústico techo, y el can medroso, atado al tronco vecino, lanza aullando su peculiar "alerta!" en vigilancia de la hacienda de sus amos.

El contento que nos acompaña hasta «Tunas-pata» parece encadenarse allí; enmudecemos, como si las francas expansiones de la alegría fueran una profanación á ese sitio antes poblado y ahora solitario. Los carcomidos cimientos de piedra y lodo, por entre cuyas hondas grietas asoma mustia, amarillenta la hierba del olvido, quizás extrañan á sus antiguos moradores; tal vez se sienten conmovidos al roce de la rastrera alimaña; del añoso árbol, desnudo desde que no oye la bulla de alborotados muchachos que le demanden fresca sombra, sólo resta el tronco seco y una que otra casi desgajada rama, donde chirría siniestro el *guarapacpac*; y junto á la que fué cocina, todavía se ven las ennegrecidas *tulpas* (1) y el mortero abandonado, que parece echar de menos con su corazón de roca, los ágiles brazos de la hacendosa campesina.

Pero luego que se ha traspuesto una colina y ha comenzado otra vez la bajada, se borra la desagradable impresión sufrida y cambian por completo las sensaciones: se ofrece á la vista "Cáloc" semi-escondido en el hueco de una quebrada cercana, rodeado de altísimos y abruptos peñascales, como esmeralda me-

(1) piedras del fogón.

dio oculta entre las hojas de acero de una corona feudal. Su belleza panorámica no es grande, como que es estrecho su horizonte. No brinda á lo lejos otro encanto que el del fuerte contraste: su imponente, verdura protesta enérgica y constantemente contra los agrios montes que la oprimen.

Por lo demás, á "Cáloc" hay que verlo de cerca para poder calcular lo que vale; para comprender hasta donde es hermosa la tupida arboleda que en conjunto desde lo alto se divisa, hay que pasear bajo su fronda benéfica y probar de sus delicados frutos; para sentir su gratísima influencia, hay que respirar su tibio ambiente de perfumes, hundir la cabeza en su pradera florida y soñar al arrullo de sus vagos y mitológicos rumores.

Conforme se avanza por el lento declive, viene á acariciar nuestro oído algo como el sonido lejano de célicos instrumentos, y aromas balsámicos cargan poco á poco el aire que nos envuelve. Parece que el ámbar, la mirra, el incienso, el estoraque, todos los betunes y resinas fragantes de la Arabia, mezclados, confundidos, amalgamados, por decirlo así, despidieran á nuestro rededor embriagadores vahos; sentimos la emanación suavisima del búcaro escondido; y hasta llegamos á creer que la odalisca, ungidos los cabellos, pulsa el arpa y entona sus canciones en el fondo del harem.

Involuntariamente buscan nuestros ojos bosques de sándalo y jardines orientales á los lados del camino; pero la vista choca con los abruptos cerros de florecillas silvestres salpicados, y volvemos de la ilusión á la realidad. No son el Líbano ni el Carmelo los montes que atravesamos: esos indefinibles olores, esas nunca oídas armonías, ese concierto misterioso de músicas y aromas, es el efluvio de "Cáloc" que sale á nuestro encuentro, que nos abre los brazos y nos convida á disfrutar los encantos de su paradisiaco suelo.

A poco, entramos en un llano donde el impetuoso grito del río apaga del campo los mil ruidos vagaro-

sos. Cruzando el viejo puente que lo domina, nos hallamos al comienzo de una larguísima calle de árboles, en cuyo término blanquea la reducida y hoy deteriorada casita. Allí, al principio de la alameda, sin quererlo, acaso sin pensarlo, nos detenemos, por extraño sentimiento de contemplación contenidos.

Las copas de los árboles, suavemente agitadas por el viento, hacen aire como inmensos abanicos, y sus ramas entrelazadas forman bóveda movable. Nada le falta para compararse á la imponente nave de un templo, y hasta la luz interceptada á trechos por el espeso follaje, pasa á iluminarla como al través de artísticas claraboyas.

Por bulliciosa que haya sido la marcha, al llegar á la alameda nos sentimos dominados por su poderosa influencia; y de manera tan dulce nos subyuga, que nadie osaría sustraerse á ella; de modo que entramos en poético recogimiento, como se arropa el espíritu en sí mismo al penetrar en nuestros católicos santuarios, cuando densos penachos de oliente humo flotan ante el ara, y oleadas de mística armonía, partiendo del órgano, invaden el recinto y se mezclan al eco de las salmodias y al murmurar confuso de las oraciones.

En estrecha y fraternal unión viven allí abrazados, formando la vereda amena, el álamo gigante de escasa sombra; el sauce añoso de robusto tronco; el chimimoy con sus flores de aroma delicioso y sus frutos de sabor riquísimo; ostentando negros y provocativos racimos, el frondoso capulí, al que se enlaza, como buscando apoyo, la trepadora granadilla, cuyos débiles sarmientos se doblagan al peso de multitud de globos de oro, y, en cambio de aquel favor, lo engalana vistiéndolo de frescas y rozagantes pasionarias; el plátano con su elegante figura de plumero, con sus hojas anchas, lustrosas, que se desenvuelven como girones de flamante raso, entre las cuales asoma apetitosa la panoja enorme; como gruesas gotas de granate, las maduras berengenas pendientes de sus apretadas ramas; y cien árboles más, todos realzada su majestad por los rosales y los jazmines, las enre-

daderas y los laureles intercalados con arte y simétrica disposición.

A ambos lados de la alameda está el terreno dividido en pequeñas fracciones cercadas, ya por setos cubiertos de zarzas esmaltadas de jugosas moras, ya por bajas tapias coronadas de tunales: éste sembrado de varias raíces alimenticias con sus tayos florecidos, aquél de abigarrados pimientos; acá se levanta erguida la rica caña de azúcar; allá se eleva el cafetal en miniatura con sus arbustos, blancos unos como el del jazmín, otros como el de la laca, cuajados de infinitas cuentas rojas. Junto á la casita está el huerto poblado de manzanos, perales, higueras, granados, naranjos, limoneros y tantos otros árboles frutales de exuberante lozanía, escalados por vides que en pingües gajos ostentan las succulentas uvas, habiéndose gastado no menos esmero en cultivar el ángulo destinado á la hortaliza.

Vistas de una vez, estas preciosas secciones presentan el más risueño espectáculo. Parecen verjeles deliciosos; y se diría que las ninfas Meliseas, al pasar sobre ellos en rápido vuelo, asidas de las manos, vaciaron su rebosante cornucopia.

Nuestro paseo favorito durante las serenas tardes de primavera, era el cerrito vecino, donde pastan escuadrones inmensos de babosos caracoles y desde cuya cima se domina todo el campo como un hermosísimo lago de aguas quietas y dormidas. ¡Qué bello es este alcor, cubierto de enanas *pencas*, arrayanes y retamas! No parece sino una lomita artificial, de esas formadas por la sencilla piedad cristiana para conmemorar la venida del Mesías, y que llamamos *Nacimientos*.

En los ardientes días del verano, encaminábamos nuestros pasos hacia "El Salón," corpulento y ramoso chirimoyo capaz de albergar á toda una tribu, semejante á glorieta ó pabellón hospitalario, besando cuyo tronco serpentea un mansísimo y cadencioso arroyuelo. ¡Cuántas veces nos sirvió de tocador; y allí, colgado el espejo, cual de bronceada escarpia, de

alguna rota y seca rama, y convertido en grande aljofaina el lecho de sus claras linfas, al través de las cuales lucen los guijarros como piedras preciosas tras los vidrios de un escaparate, arreglamos nuestros cabellos y refrescamos nuestra frente calurosa! ¡Cuántas otras, recostadas sobre ese suelo alfombrado de hojas amarillentas, lo transformamos en gabinete de lectura, y respirando un ambiente delicioso, empapamos nuestro espíritu en las exhalaciones de la filosofía y la literatural! Allí abrimos por primera vez, á favor de la tranquilidad que tan encantados sitios nos ofrecían, la monumental obra de Balmes, que un tierno amigo, ya difunto, nos obsequiara; allí también leímos el "Ivanhoe" de Walter Scott, ese libro maestro del gran novelista inglés, y, lo recordamos conmovidas, ora repetíamos con la hermosa é infeliz Rebeca aquel himno de su errante pueblo que principia:—"Cuando Israel salía del cautiverio que sufrió humillado", etc.—ora entonábamos con Ricardo Corazón de León estos versos cantados por él en el camino del bosque:

"Despierta, Juana,
no más dormir;
que el alba sale
con su carmín.

Deja ya el lecho;
sal á lucir
la faz de rosas
y de marfil.

Con tus miradas;
haz revivir
Al que se muere
de amor por ti.

En ocasiones, merecían nuestra predilección las riberas del río, tapizadas de césped blando y corto, tachonado de fresas silvestres esparcidas con profusión como innúmeras cuentas de coral. Vagábamos allí solitarias, cogiendo flores, casi siempre en ma-

tinal excursión, ó sin apartarnos de la playa, íbamos á descansar en el cafetalito "Carolino," tan simpático, por su nombre, á nuestro corazón, y uno de los más recreativos sitios de aquel edénico lugar.

El "Pozo" es así mismo encantador y parece construido por la hábil mano del hombre, siendo como es hechura de ese arquitecto inimitable que se denomina la naturaleza. Lo amurallan árboles espesos que, extendiendo sus ramas en amistoso ademán, se abrazan y forman toldo, del cual se desprenden largas colgaduras que se mueven á impulsos de la brisa, como si fueran cortinas de brocato.

Al dejar el baño, que es tan grato en los países cálidos, se hace indispensable un rato de reposo; y sentimos á Morfeo muy cerca, y el batir de sus alas nos adormece. Además, la fresca grama que guarnece las orillas, parece convidarnos á que la hundamos bajo el peso de nuestro cuerpo; creemos oír su voz delicada que nos dice:—"Echaos y descansad: no hay mullido lecho que compararse pueda con mi aterciopelada felpa." — Y dando gusto á Morfeo, obedeciendo á la grama y complaciéndose á sí mismo, hay que tumbarse en el tapizado suelo y reclinar la cabeza, como en blando almohadón, en el tronco de un árbol cuya copa piramidal cumplirá el oficio de palio bienhechor.

Entonces dirigimos la incierta mirada de nuestros ojos entreabiertos ya á los festones y guirnaldas naturales que se entretejen sobre nuestra frente, ya al cielo puro y límpido que asoma como por las ventanillas y rosetas de un dombo inmenso, ya á las aguas que, ó resbalan perezosas como intentando congelarse, ó se arremolinan en pequeñas cascadas bordadas de bullente espuma, blanquísima y traviesa, la cual les comunica el aspecto que tendrían si una familia de cisnes nadase sobre sus ondas ó si una parva de tímidas palomas, al bañarse en ellas, les dejara crespas y sedosas plumas de su pecho. Poco á poco el poder creador de la imaginación exaltada, va imponiéndose con prestigio inusitado y presentándonos un país liliputiense. Ayudados del poderoso lente de la

fantasía, vemos en cada grupo de diligentes hormigas que merodean en los cortos parajes donde los vapores del río pugnan por impedir el espontáneo brote de la vegetación, una caravana sedienta que conduce sus mercancías á través de los latos y temerosos desiertos; en cada muchedumbre de microscópicos animalillos, un aduar beduino ó una tribu emigradora; y para que la ilusión sea completa, cada hongo aparasolado se nos autoja una blanca tienda desplegada en medio de los retostados arenales. Todo empieza á crecer como por milagro y los objetos llegan á tomar colosales proporciones, á alcanzar una magnitud asombrosa: miramos cual si fueran enormes rocas á las menudas piedrecillas; nos parecen enmarañadas selvas primitivas los humildes musgos; y las hojas secas y medio encarrujadas que flotan en la superficie del agua, creemos que son ligeras embarcaciones que atraviesan á nuestro lado, y hasta resuena en nuestro oído la sentida barcarola del gondolero; y concluyendo por dormirnos enteramente, disfrutamos de los más agradables sueños.

Si es grato ver á "Cáloc" en una alegre mañana de primavera, cuando nubes de color, como grandes madejas de seda, lamen la alta techumbre de los cielos y el rosicler de la aurora ilumina con sus inimitables tintes el paisaje; cuando enjambres de pintadas mariposas revolotean en torno de las flores y, asentadas en los delicados pétalos, liban la miel de sus cálices; cuando los tordos trinadores y mil otras parleras ave-cillas sacuden las alas cubiertas de rocío, agregando los acentos de sus gargantas al himno sonoro que entona la creación, y muchedumbre de madrugadoras torcaces se alejan por los aires; si es grato, decimos, verlo así, al despertar; si son hermosos sus días abrazados por el sol; si son bellas sus tardes apacibles; nada hay que parangonarse pueda con el encanto de sus noches, cuando la luna llena lo envuelve en redes de cristal. Muchas veces, sentadas sobre un rústico banco en el patio de la casita, rodeadas de árboles y flores, hemos sumergido nuestros sentidos en esa má-

gica somnolencia que es el velar sublime del espíritu, nos hemos reconcentrado; porque ¡qué orquesta más sentimental pudo escucharse nunca!... La queja eterna del río, como los ayes unísonos y prolongados de cien cautivos que arrastrasen lentamente gruesa cadena de plata, parece hacerse más clara y perceptible en medio del solemne sosiego que impera sobre el mundo; el murmurio del arroyo que va á morir, humilde tributario, en el seno de su opulento señor; los débiles pitidos de aves ocultas en la enramada; el desapacible chillido de los insectos que corren bajo la hierba; y de cuando en cuando el chirriar de la agorera lechuza en el hueco de una peña, ó el graznido del buho allá en el *torac* distante, centinela de la loma, ó el silbido de la culebra que se arrastra entre el cañaveral; todo esto reunido en sola estrofa, en un único canto, por decirlo así, embelesa con seducción terrible; levanta y subyuga al mismo tiempo.

Como chispas arrebatadas por el viento al inflamado fondo de una hoguera, las luciérnagas brilladoras vuelan entre las espesas copas de los árboles, hasta donde no penetran los pálidos rayos de la reina modesta de la noche. A favor de esa extraña luz, pueden verse los palacios destinados por la filomela y el gorrión á abrigar sus hijuelos y que se llaman nidos.

Y en todas partes se nota un no sé qué poético, tierno, melancólico, propio de "Cáloc", que le es peculiar, que es sólo suyo, que le pertenece por modo exclusivo, y que se aspira en su ambiente, que es como su hálito, que se desprende de su río caudaloso, de sus húmedas hierbas, de su cielo azul siempre sereno; y que parece traer á la memoria algo incierto, vago, algo como la remota idea de otra vida mejor, desvanecida entre los vapores de un sueño infantil, y que nos suspende como con bandas de gasa, y entre caricias de genios alados, nos transporta al Edén perdido de nuestros mayores.



DE LEJOS!

À MIS HERMANITOS FLORINDA Y NAPOLEÓN

Y dió á luz á su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo reculó en un pesebre; porque no había lugar para ellos en el mesón.

Ev. de S. Lucas, C. II. V. 7.

Es la infancia á manera de espléndido jardín semejante al recordado Edén de nuestros padres. Cuando el ángel de ígnea espada nos arroja fuera, desde que comenzamos á recorrer la tortuosa senda cuyo término—triste y fatal término!—es un sepulcro, no cesamos de volver los ojos preñados de lágrimas hacia el punto de partida. Tengo para mí que si estuviésemos los mortales sujetos á la misma prescripción que el consabido príncipe del cuento, el que no debía volver la vista al escuchar las armonías y percibir los aromas de encantadas mansiones que iba dejando, todos seríamos transformados, como él, en plantas más ó menos temprano; si á nuestra ralea le esperara el castigo impuesto á la mujer de Lot, como nadie dejaría de hacer girar la cabeza — y no para contemplar llamas y destrucción, sino antes bien luces y vida—la humanidad entera se convertiría en estatuas de sal.

El espíritu no se cansa, ciertamente, de hacer esas dulces evocaciones; al través del tiempo y la distancia ¡cuán grato es cerrar los ojos del cuerpo para ver claro, bien claro con los del alma! Entonces se olvidan las incompletas dichas del presente por recordar aquellas horas que se fueron; y muchas veces cambiaríamos gustosos los triunfos de una juventud cargada de goces, ilusiones y esperanzas, por retroceder á esos días de la niñez, durante los cuales veíamos colmados nuestros anhelos con una muñeca de cera cuyo amor nos absorbía y á la que bautizábamos con el nombre de la más simpática amiga de mamá, ó con una milagrosa caja de madera, chica como un cofrecillo, y que contenía, sin embargo, todo un país portátil, con su cadena de montañas pobladas de ganado, sus respectivas cabañas y sus correspondientes alamedas de chopos formados en hilera como gendarmes.

Y no sólo estos cuadros viven palpitantes en la memoria: hay otro que nos conmueve lo mismo, por más que su origen haya sido de los menos agradables: la escuela. Todos los niños odian la escuela, ó no la quieren, cuando menos; y es que allí, en ese recinto mil veces bendito, comenzamos la lucha por la existencia; allí derramamos las primeras lágrimas de dolor que arranca el mundo y damos al viento nuestros primeros suspiros. Mas después, cuando penas mayores, cuando más graves pesares nos rodean, ¡oh, con cuanto amor pensamos en esas deliciosas amarguras de la vida! Entonces comprendemos toda la magnitud de aquella felicidad que no pudimos apreciar cuando la poseíamos, y nuestro cariñoso recuerdo va, como suavísima y perfumada ráfaga, á besar con deliquio esas paredes y á rodear como atmósfera de gratitud y simpatía la veneranda cabeza de nuestros maestros.....

El propósito de escribir un artículo sobre *Naridad*, es el que me ha sugerido las precedentes reflexiones. —“Y por qué?”, preguntará el lector — ¡Ah! porque yo tuve por escuela un *Beaterio*; porque mi aprendi-

zaje de primeras letras, mis primeros pasos en la senda del saber, corrieron á cargo de dos santas señoras que viven aún en la misma *Casa de Oración*, donde entre la humilde enseñanza preliminar, las delicadas labores propias de su sexo y condición, el servicio de Dios y el ejercicio de las prácticas cristianas, reparten los tranquilos días de su vida ejemplar; porque allí, en esa capillita modesta, donde se respira el ambiente espiritual más puro, ese ambiente que conforta y ensancha el corazón y la conciencia, allí se fabrica anualmente uno de los más famosos y ricos *nacimientos* de Cajamarca, y yo misma siendo pequeñuela, ayudaba á mis maestras y condiscípulas en la tarea de trasmutar en abruptos cerros el pulcro altar mayor. ¡Con cuánta prolijidad acomodaba yo entre las *achupallas* (1) un blanco rebaño de *yasca* (2) y algodón, y ponía en manos de la zagala de trapo la rueca y el huso, sus atributos invariables!

¡Oh casita querida! Yo no te olvidaré jamás! Doquiera que esté, habrá para ti una memoria en mi mente, como habrá un latido de amor á tus moradoras en mi seno! Bajo tu techo, que por lo mismo que no es elevado presta abrigo al cuerpo como al alma, viste tú deslizarse los tempranos días de mi niñez, como habías visto pasar la de mi madre; por eso yo siempre tendré presente todo lo que á ti pertenece; siempre te recordaré en conjunto y detalladamente; sí, yo contaré desde lejos tus árboles y tus piedras; comenzando por el capulí de la entrada, frondoso albergue deavecillas mil, yo repasaré á la distancia tus plantas todas, desde el papayito y la matizada malva-rósea del patio, hasta el berengeno, el chamburo y la ruda del huerto, hasta el duraznito de junto á la sacristía, cubierto de sazonados frutos envueltos en papeles para librarlos de las golosas miradas del ávido zorzal; yo cerraré mis ojos para ver

(1) Planta baja peneña, especie de cardo silvestre.

(2) Provincialismo aplicado á la medula del maguey, que por lo seco, fofa y ligero, servía para hacer lumbre, uso del cual tomó el nombre.

mejor desde el hermoso Niño Dios y el escuálido San Jerónimo de la sala, hasta la más borrosa y deshecha pintura de la capilla; y en mi grata ilusión, creeré oír el monótono arrullo de la paloma torcaz que se acurruca en la ventana, el pitido del *indio-pishgo* (1) que picotea entre saltos y vueltas ru roja tuna en el poyo cercano, el suave batir de alas de la golondrina que se refugia en el alero bendito y forma su nido, semejante al que sorprendió Rivas Groot, sobre la frente de los santos!.....

Parece el Cristianismo como inmensa ciudad cuya portada única es un establo. Adentro, los monumentos que diez y nueve siglos han construido son majestuosos, soberbios; los templos, salomónicos; esa religión que empezó tan humildemente en un pequeño Pueblo de Judea, atravesó después los mares, invadió los imperios, subyugó á los hombres, y hoy brilla con resplandor inextinguible bajo la cúpula de *San Pedro* en la *ciudad eterna* de los Césares. Y los que vemos en el Hijo de María al Salvador del humano linaje, no podemos olvidar ni la más mínima circunstancia de su venida al mundo; y al conmemorar, cada 25 de diciembre, el comienzo de nuestra era, llevamos las miradas hacia el portal de Belén, feliz escenario de ese acontecimiento cuya importancia no tiene igual en la historia de los tiempos, y cuya grandeza, en medio de la aparente miseria que le rodeó en un principio, es cada día más notoria y reconocida.

La piedad cristiana, sencilla y dulce como las doctrinas de Jesús, elocuente como sus parábolas, no contenta con adorar á su Señor en espíritu y en verdad únicamente, quiso tributarle un culto externo, y poco á poco fueron poblándose de imágenes los templos y monasterios. El Arte puso al servicio de la Religión su valioso contingente; y *materializando*, por decirlo así, el ideal cristiano, «sensibilizando ese poético sentido», para hablar con Weber, la arquitectura

(1) *Gorrión*, en quechua.

le ofrece sus portentos, desde el viejo *Panteón* que Marco Vipsanio Agripa levantara en Roma dedicado á los dioses gentílicos (1), hastas las hermosas catedrales góticas, de arcos agudos que se elevan al cielo como emblemas de la fe; la pintura evoca el recuerdo de las creaciones de Apeles, y untando el pincel en los suaves y delicados colores del espiritualismo, traza cuadros llenos de vida y animados por el Genio del Bien, sin caer en los torpes realismos de la inspiración pagana; la escultura, en fin, guardando cual gloriosos monumentos los Apolos y Venus del mundo antiguo, sólo ejercita su cincel en labrar efigies sacrosantas; y como una historia práctica sagrada, bajo las bóvedas de las iglesias y á la sombra de los claustros van apareciendo lienzos y estatuas alegóricos, que simbolizan todos los pasos del Mesías y sus dichosos sucesores sobre la tierra. De allí que si para conmemorar la sangrienta tragedia del Gólgota surgieron el Crucifijo, la Dolorosa, la arrepentida Magdalena y el Discípulo amado, también pudieran aparecer en el establo San José y la Virgen Madre, adorando al Niño, que, reclinado en viles pajas, tiritaba de frío, mientras los ángeles cantaban el *¡hosanna!* y los pastores de las cercanías, por mandato de Gabriel, venían á rendirle profundo homenaje, cargados de ofrendas y lleno el pecho de misteriosa y plácida ansiedad.

De esta última fiesta clásica del Cristianismo nos proponemos hablar. La reforma introducida por Lutero separó de la congregación católica una gran parte de pueblos hermanos hasta entonces en ideas, costumbres, ritos y ceremonias; y abolido el culto de las imágenes, las fiestas de Navidad entre ellos quedaron reducidas á fiestas única y exclusivamente del hogar. Santas son, no cabe duda, esas costumbres religiosamente observadas por los protestantes: la noche de Pascua se reúne toda la familia, comenzan-

(1) Este famoso edificio, *Nuestra Señora de la Rotunda* después, fué construido bajo el imperio de Augusto, pocos años antes de Jesucristo, y consagrado al culto cristiano en 608.

do por la venerable abuela y acabando en el tierno netezuelo, y para todos hay un obsequio y un cariño; al ausente se le dedica un recuerdo entre suspiros, y al finado una oración quizá mojada en llanto secado pronto por la certeza de que esas son, ó á lo menos deben ser, horas de franca alegría; la cena, ya opípara, ya frugal, humea en todas las mesas; y el *árbol de aguinaldos* muestra á los codiciosos ojos del niño todo un mundo de juguetes, dulces, y regalos de diversas especies. Pero entre los cristianos católicos, la *noche buena* no sólo es la fecha de la familia y el corazón; no sólo es el ansia religiosa lo que mueve el espíritu: hasta el sentimiento artístico, innato en el ser humano, se interesa en ella.

¿Y cómo no, si cada *nacimiento* es una manifestación de buen gusto y de primor? ¡Qué de figuras y dijes se ven en cada uno de esos altares! Niños hay que gozan y se están horas enteras boqui-abiertos, estupefactos, como en éxtasis, contemplando tanta admirable chuchería copiada durante largos años de asiduidad y piadoso empeño.

Cual dos gruesos montes de verdad, ábrense los cerritos artificiales, euajados de luces y figuras, para formar la cueva sacratísima que da amante albergue al enviado de Dios; y éste, tierno y delicado, se reclina en un montón de paja, mientras su dulce Madre y el Patriarca le cobijan. El buey y la mula legendarios, ennoblecidos desde entonces, danle su vaho para calentar el aterido cuerpecito; sobre la cabeza del divino infante bate sus alas de plata un querub en cuyas manos luce ancha cinta azul con la siguiente significativa inscripción:—*‘Gloria in excelsis Deo’*— y afuera, á la entrada, encima del portal y pendiente de un hilo invisible, la estrella esplendorosa fabricada de oropel y briscado, ilumina la mente y el sendero de los tres magos, que, cargados de presentes, descienden por la escarpada falda de la montaña próxima.

Para que todo revista los tintes tan difíciles de copiar de la realidad de la naturaleza, allá en la cima

de los montes se han extendido grandes capas de blanquísimo algodón escarmenado, que remedan con mucha propiedad las nieves del invierno; en los cerros se han distribuido, aquí y allá, caprichosamente, algunas ramas que fingen, en proporción al reducido conjunto, árboles corpulentos; en los valles *se ve crecer* la grama fina como felpa de verde terciopelo; y junto á los apriscos, donde parece oírse el balido de los corderitos, se levanta apenas la choza de cañas y paja en que los pastores de la comarca mandplan, al rededor de un fogón, el frío de la noche.

Hay figuras que forzosamente no deben faltar en nacimiento alguno. Tan indispensables como el *misterio*—así se llama el grupo de la sacra familia en este caso—, los reyes magos y los consabidos animales del establo, son: los pastores de palo con sus caritas esmeradamente barnizadas y su ofrenda en las manos; las campesinas de saya verde y blanco mandil ocupadas acá y allá en sus faenas peculiares, pues por este lado se ha de ver á una que ordeña su pintada vaca y llena un cubo de rica y espumosa leche, y por aquél ha de medio asomar otra llevando sobre la cabeza un cesto de uvas y melocotones maduros y provocativos, acabaditos de coger; varios pasos de la infancia del Salvador, como la huida á Egipto, la degollación de los inocentes, el encuentro con Dimas, la disputa en el templo con los Doctores de la ley, se ven allí como en un kaleidescopio. Tampoco falta en ningún nacimiento, aun en los de mediana importancia, el Paraíso terrenal con su Adán y su Eva desnudos, magros ya de puro viejos, sentado él, de pie ella, ambos bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal, á cuyo tronco se enrosca la astuta serpiente bíblica.

También son de reglamento: las casitas de campo desparramadas entre *arboledas* de musgo; la cisterna, hecha de una taza azul, rodeada de mujeres, cada cual con su cántaro equivalente del ánfora oriental; el pozo de las lavanderas, adonde llega un tubito de vidrio figurando el hilo de agua y donde dizque se ponen como nuevos los pañales del recién nacido,

que nunca faltan, tendidos al sol, de los matorrales inmediatos. Y en delicioso anacronismo, formando encantador contraste, cerca de tanta antigüalla de-negrida, las porcelanas y alabastros de nuestro siglo; junto á las toscas parejas de Silverios y Gerundias ya en desuso, nuestros dandys y señoritas; al lado de un Faraón de luenga barba y desteñida púrpura, un cortesano de Luis XIV; codeándose con un angelito rubio y suave, el feroz Satanás de retorcidos cuernos y descomitales garras; en pos de un escriba carcomido, una estatuita de Napoleón hecha de reluciente bronce; frente al casco del sayón herodiano, el burdo ropaje de un fraile mendicante; tras la viña de Noé y la guirnalda de pámpanos de Baco, las botellitas de cerveza alemana de nuestros días; cabe el camello de Oriente, la lujosa carretela europea tirada por arrogante tronco de caballos rabricortos; y al pie de la palmera del oasis, un monísimo botecito lleno de trigo germinado sobre barro fresco. Mas estas impropiedades, hijas todas de la piedad y la sencillez son un nuevo aliciente para el espectador ilustrado, como lo son inconscientemente, sin saber por qué, para el ignorante.

En el cielo sereno y transparente, brilla toda una constelación, toda una *ría lactea* de soles de hojalata de varia magnitud, cuyo fulgor se confunde con el de los turbantes y escarpines de mil serafincitos colgados entre ellos: si por un caso de supervivencia pudiera fijar allí la vista un astrólogo de otras edades, ¡cuántos pronósticos escucharíamos de sus labios!

El nacimiento permanece velado hasta las doce de la noche del 25 de Diciembre. Al sonar la última campanada de esa hora solemne, la mano encargada de manejar la tramoya, si así podemos llamarla, dando dichosa y á pesar de lo esperada siempre nueva sorpresa, descubre la secular cortina color grana. Al mismo tiempo un coro de voces entona himnos de alabanza, y multitud de instrumentos, tocados por los niños, pueblan el espacio de un ruido atronador, des-

acorde, pero lleno de alegría, y que lleva el júbilo y la más grata satisfacción á todos los corazones.

Pasado el primer momento de ensordecedora bulla, pitos, cajas, matracas, zampoñas, campanillas, etc., etc., callan; y algunas chiquillas, representando á las zagalas de Belén, vienen delante del Niño con ofrendas, y tañendo sus panderos, entonan alternativamente varios cantos sencillos, a los que aplican versos más sencillos aún, como estos:

Vamos, pastorcitas,
vamos á Belén,
á adorar al Niño
para nuestro bien.

Vamos, pastorcitas,
vamos á adorar
al recién nacido
que está en el portal.

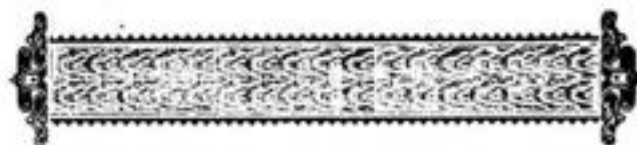
Desde lejos vengo
oyendo tu voz,
con mi sonajita
y mi buen tambor.

Toma, toma, Niño,
que te quiero dar
rosas y claveles
para deshojar.

Desde ese instante, y por espacio de un mes, el nacimiento queda en exhibición. Durante toda la noche-buena, que en la mayor parte de los países cristianos es *noche toledana*, van remudándose las oleadas de gente que lo visitan después de haber oído la tradicional *misa del gallo* y tomado la no menos tradicional cena de tamales y pasteles comprados en la *cerdimia* (1).

1892

(1) Grupo formado por vendedoras ambulantes que en ciertas noches del año se sitúan en las esquinas y otros parajes con variedad de licores y viandas.



UN CUADRO *

EL artista, particularmente el pintor, ha menester un caudal inagotable de inspiración permanente para que sus obras, hermosas en el conjunto como en los detalles, sin los anacronismos ó impropiedades en que incurren de continuo los que trabajan sin suficiente fuerza de genio ó refinamiento estético, entusiasmen, arroben mejor dicho, al espectador.

Y lo primero en que el pintor se fija es el escenario en donde ha de arrojar el soplo de vida sobre las creaciones admirables de su espíritu.

Cuando alguno de los maestros ó príncipes del arte ha querido retratar el vicio en cualquiera de sus siempre repugnantes manifestaciones, lo ha colocado en los grandes centros, en las populosas ciudades, en el palacio del magnate, bajo la cortinas de brocado y seda, como se oculta el áspid entre lozanas y aromosas flores. A la desgracia también la han colocado las más veces en medio del bullicio y esplendor de las grandes capitales. En las pinturas como en la reali-

* Este artículo fué escrito con motivo de una cromolitografía publicada por "La Ilustración Sud-Americana" de Lima.

dad, el haraposo pordiosero aparece de ordinario bajo las arcadas grandiosas y sobre el atrio espléndido; el pobre ciego, guiado por flaco can, atraviesa las calles pobladas de gente que le mira con indiferencia, cuando no con desdén, ó entona su triste cancioncilla al pie de los balcones atestados de bellezas en cuyos semblantes brilla la felicidad. Y esas pupilas sin luz, que se levantan en demanda de un escudo que alivie sus penas, y esa voz que se alza en sdn de súplica ternísima, consigue á veces algo, y muchas veces..... nada!

Mas cuando en una situación de ánimo benlita, estimulado por un golpe de dicha ó bienestar, ó por recuerdos gratos, ha cogido el artista su pincel para trazar un cuadro de inocencia, y ha colmado su paleta con los delicados colores del candor y la sencillez, ¿qué teatro ha escogido? Ah! por cierto que al imaginar su obra, no se acordó para nada de que hay ciudades opulentas en el mundo; de que hay palacios soberbios, magníficos sobre la tierra; no pensó en copiar columnas de pórfido, ni contornos de estatuas, ni fuentes caprichosas, ni macetas múltiples! Retrató en propiedad la naturaleza, el campo, y salió airoso en su brillante empresa.

Sí: porque al través de los árboles dejó que se divisase un trozo de sereno azul; porque en vez de un palacio, colocó una cabaña; porque en lugar de elegantes muros, pintó los toscos palos que cercan rústica heredad. Y para completar dignamente el cuadro, eligió siempre niños, es decir ángeles sin alas, y entonces la obra quedó admirable. Al contemplarla, se respira, con aquellos, esa aura de contento y satisfacción que parece desprenderse de la tela convertida por el genio en espectáculo consolador.

Y no es que para lograr dicho efecto haya el autor premeditado largo, ni menos seguido un inviolable precepto del arte, una regla fija, no: es que instintivamente se mueve su brazo siguiendo el impulso de la verdadera inspiración, la cual le lleva á poner lo

feo ó mezquino entre las grandezas de la corte, y lo hermoso y elevado en la inmensidad de la naturaleza, como se ponen hombres en la tierra y querubes en el cielo.

Bello es por eso este cuadrito, cuya descripción nos hemos permitido hacer, sintiendo únicamente que ella no pueda corresponder á la bondad del conjunto. En medio del corral próximo á la vivienda campestre, gozan dos chiquillas hermanas en dar de merendar á sus mimadas aves domésticas; y mientras la una les arroja con infantil majestad el codiciado grano, del que ha hecho acopio en su pollerita de flamante sarga, la otra, tumbada con entera libertad en el suelo, apoyada la graciosa cara en ambas manos, se abisma en consideraciones cuyo peso ha revestido de seriedad el jovial rostro, é inmovilizado las traviesos ojos. También los animales, figuras principales en este bonito cuadro, están hábilmente dibujados. Su avidez por engullir el alimento que generosa les brinda su señora, es de lo más natural, lo mismo que sus posturas, y la sombra que proyectan al inclinarse sobre la tierra.

Mañana, cuando haya de celebrar la familia el octogésimo cumpleaños de la abuela,—que seguramente á la hora de esta teje su malla en el cuartucho abrigado por buena lumbre, y á quien no vemos por dos razones: primera porque el frío no le permite salir afuera, y segunda, porque su encogida estampa sería nota lúgubre que alterara la armonía del conjunto—las gallinas, gordas y doradas, salvarán de grandes compromisos á las picaruelas que hoy las agasajan, tal vez acariciando la maliciosa idea de verlas humeantes sobre la mesa del anhelado festín, al que vendrán, alegres y encintadas, las chicas vecinas, cuya sociedad significa para ellas algunas horas de solaz, durante las cuales corretearán sobre el césped, perseguirán mariposas, y se treparán á los árboles en pos de frutos y nidos.....

La unidad en el conjunto es en las obras de arte primera condición. Por supuesto que esta preciosa

escena no estaría bien representada si las muchachas vistiesen de otro modo, ó si, en vez de las hierbas del corral, se le hubiese antojado al autor poner lindas flores.

Por lo demás, sabido es que no hay nada tan grandioso como la naturaleza, ni fuente más pura de inspiración que ella, allí donde brilla en toda su augusta magnificencia: en la paz inalterable de los campos.





CAJAMARCA

CAJAMARCA, cuyo primitivo nombre fué Caxamalca — país del hielo — situada en la falda oriental de la majestuosa región andina, á los 7° 8' 38" lat. S., 80° 55' 37" longitud O. con referencia al meridiano de París (1) y 2860 metros sobre el nivel del mar, capital del departamento de su nombre, en el norte del Perú, es una de las más importantes ciudades de la República; y el papel que ha jugado en los acontecimientos políticos de todos los tiempos, justifica sobradamente el lugar que la Historia le ha concedido.

Su fundación data de la oscura época del imperio, sin que, en nuestro humilde concepto, pueda afirmarse nada seguro sobre el particular; pues que muy poco logró salvarse del naufragio de aquellos anales; pero es indudable que algunas generaciones debieron de sucederse en su recinto y hollar su polvo antes que la sangre de su desventurado señor lo enrojeciera. Siempre se ha dicho y nunca será inoportuno repetirlo: si los conquistadores hubieran tenido tanta ilustración como codicia, habrían fatigado el carro del progreso universal obligándolo á parar en su vertiginosa marcha hasta recibir nuevo impulso, al echar

(1) Humbelt.

en él el valiosísimo contingente de florecientes industrias; y muchos preciosos datos habrían enriquecido el gran libro de la Historia.

Que Cajamarca mereció distinguida predilección de parte de los monarcas peruanos, parece inoficioso decantarlo: fué su patíbulo y su tumba en la persona de Atahualpa, que se había estacionado en ella, y se halla ligada, por lo tanto, de una manera íntima al trágico fin de la dinastía. Parece que las marcadas preferencias de que fué objeto, tenían su razón, principalmente, en sus famosas vecinas aguas termales, que hasta ahora se denominan «Baños del Inca», como un cariñoso tributo á aquella memoria.

La ciudad poseía entonces varios edificios de importancia, entre los cuales citaremos un palacio, cuyos restos, que se ven aún confusamente, han sido abandonados por incalificable incuria á la lenta destrucción, y un suntuoso templo dedicado al Sol. Sobre el área de este último, levantaron los españoles en 1690 la iglesia de San Francisco, á la que se agregó poco después un convento que, arruinado, ha sido nuevamente construido.

Subiendo de la costa, tras largo caminar por escarpadas montañas, se llega al elevado *Cumbe*; y al voltear su cima, aparece á la vista un inmenso valle con todo el prestigio de agradabilísima sorpresa, como si la vara portentosa de un complaciente encantador, hiriendo las peñas, las separase para formarlas de repente. Cajamarca está allí, bien cerca, es decir al SO., reclinándose perezosa contra la base del monte desde cuya cima se la contempla mejor; y su extensa campiña de 18 leguas de circunferencia, le proporciona un nido de belleza que supera á toda ponderación.

Regada por dos ríos cristalinos é innumerables arroyos que serpentean sobre una alfombra de verdura, con multitud de casitas blanqueando diseminadas entre frondosas arboledas de sauces y capulíes corpulentos; sirviéndole de muralla oscura altos cerros y pintorescas colinas, parece un cojín oriental de tela

briscada donde yace tendida muellemente la sultana favorita; y las densas columnas de vapor que de sus aguas calientes se levantan como intentando confundirse con las nubes, se diría que son humo de resinas olorosas que despiden el pebetero.

Para conservar en la imaginación el más bello panorama en toda su pureza, sería preciso que el viajero, volviendo riendas á su caballería, retrocediese del *Cumbe*. Y esto no quiere decir que la ciudad carezca de alicientes ó que no valga la pena de visitarla; al contrario, tiene mil encantos que arrastran como si el imán formara parte de su suelo, y la naturaleza del extraño participara de las condiciones del hierro: es únicamente que, como las obras pictóricas, por más que de maestros famosos sean, hay que contemplarla á cierta distancia y desde cierto punto de vista.

Penetremos en la población. Las calles son generalmente anchas y bien cortadas; todas empedradas, aunque no con esmero, y las riegan abundantes acequias. Están formadas por casas de uno y de dos pisos, entre las que hay, relativamente, pocas de estilo moderno fabricadas con gusto y elegancia, siendo en su mayor parte antiguas y pertenecientes, en tal virtud, á ese orden de arquitectura hermoso pero severo y pesado que usaron los españoles en sus construcciones. Consta de 220 manzanas, entre las que viven 8,000 almas; y el río de San Pedro la corta de Oeste á Este.

Entre los puentes son notables: el de «Areacocha», construcción de los tiempos incaicos, y el de «Chonta-paccha», obra moderna sólida y espaciosa.

La Plaza de Armas, cuya superficie mide 23,184 metros cuadrados, ostenta en su centro una hermosa pila de piedra, de tres tazas, colocada el año de 1698. Esta misma plaza sirve para el mercado; cosa

bien deplorable por cierto, y que hace cada día más imperiosa la necesidad de un local adecuado.

Los edificios que llaman la atención son sus templos, mereciendo mención especialísima los dos situados en la Plaza de Armas, la Matriz y San Francisco. Ambos de tres espaciosas naves, decoradas las laterales por pequeñas capillas con preciosos retablos, ambos imponentes, majestuosos, sólidos como que son de calicanto, con elevadas bóvedas y artísticas fachadas, sin embargo de faltarles á los dos las torres que, por lo visto, quedaron inconclusas, son una muestra cabal de la piedad nunca desmentida de nuestros antepasados.

Contigua al templo de San Francisco, está la hermosa capilla dedicada á la Virgen de Dolores, patrona tutelar de Cajamarca, representada por una soberbia escultura antigua de mucho mérito, á la que rodea la prestigiosa aureola de infinitas tradiciones populares que han hecho crecer considerablemente el número de sus devotos.

Son así mismo notabilísimos el convento de la Recoleta, que aunque deteriorado lo mismo que su bonita iglesia como presas que fueron del furor chileno, aun excita la admiración de quién los contempla; y la pequeña iglesia de Belén, que bien puede considerarse como una joya, sobre todo si se atiende á las complicadas labores de su frontis.

Las demás iglesias, inclusive la de las monjas y su convento, son de teja, como las casas, y no merecen particular ni detenida mención.

Ninguno de los templos posee en la actualidad alhajas de gran valor; ninguno puede llamarse rico; pero todos tienen lo suficiente para el honroso sostenimiento del culto, siendo así que el de San Francisco, con ser el más pobre, es el que rebosa mayor orden y compostura.

También los establecimientos de beneficencia se hallan colocados á muy competente altura en Caja-

inmarca. Sus dos hospitales tienen por espacioso y á todas luces cómodo local el ex-convento de Belén; y así éstos como el colegio de niñas que ocupa otro hermosísimo edificio, vecino que también perteneció á los beletmitas, están servidos con imponderable celo por las abnegadas discípulas de San Vicente de Paul.

Lo que no corresponde ni al estado de progreso de la institución, ni á la importancia de la ciudad, es el Cementerio General, que no vale el trabajo de considerarlo.

Aunque parezca brusca la transición, ~~téngase~~ en cuenta que escribimos como van acudiendo las ideas á nuestra mente, sin cuidarnos mucho de la forma, y permítasenos lamentar la falta de un teatro, hartamente grave en un país culto y que, por lo visto, pasará todavía mucho tiempo sin él.

La juventud cuenta con un colegio nacional de instrucción media últimamente reinstalado; con cuatro escuelas municipales y algunas particulares de ambos sexos; y además, hay preceptores en los cantones adyacentes, donde la instrucción es obligatoria.

El clima de Cajamarca es benigno, aunque las estaciones no están marcadas con entera precisión; y las epidemias de carácter asolador son aquí desconocidas. Nótese sí violentos cambios de temperatura, como que el termómetro centígrado fluctúa ordinariamente entre los 14° y los 20°, subiendo algunas veces, raras es cierto, hasta los 23° y 24°.

Las producciones de la campiña son pobres; pero

la exuberante fertilidad de la provincia en general, la provee de abundantes artículos para el consumo.

El majestuoso Marañón, que separa el departamento de los de Amazonas y la Libertad, fecundiza gran parte de su territorio; y es en estas cálidas regiones donde la vegetación se muestra verdaderamente maravillosa. De allí viene á Cajamarca, en cantidades más ó menos altas, la coca, el cacao, el café, la chancaca, el arroz, el aji, el algodón, el ron y aguardiente, etc. Los valles templados la abastecen así mismo de diversas raíces alimenticias muy estimadas; y de unas y otras, llegan las más exquisitas y variadas frutas.

De igual modo se manifiesta pródiga la naturaleza en los climas fríos, siendo abundantes, sobre todas, las cosechas de papas, cebada, trigo y maíz.

Como el departamento es rico en los tres reinos, podemos decir con toda verdad que tiene vida propia; y su engrandecimiento depende únicamente del impulso que se le dé y de que tanto ha menester. En tal caso, la ciudad de Cajamarca llegaría al rango de centro comercial, y crecería como la espuma en todo sentido.

El tráfico con la costa y el interior es muy activo, y considerable el número de negociantes que en él se ocupan. El comercio en la ciudad está bien representado: cuenta con algunas casas y muchos establecimientos de todo orden.

Respecto á industrias, fuera de la agrícola, puede decirse que en Cajamarca no hay ninguna dominante; y acaso ello proviene de ser el suyo un pueblo de artífices y manufactureros hábiles, capaces de todo género de trabajos mecánicos. Así hombres como mujeres, descuellan en cualquier oficio á que se dediquen, y se hacen notar sus obras tanto por la limpieza cuan-

to por el primor, de tal suerte que no sabríamos recomendar unas sin ser injustas con las otras. Bástenos decir que sobre el particular, Cajamarca tiene casi vida propia y vida exuberante y rica.

En algunas haciendas y en la campiña se fabrican telas burdas de lana, frazadas, ponchos, etc.; pero lo que constituye una especialidad, son las colchas de lana ó algodón guarnecidas á trechos de fina felpa y diestramente bordadas.

El caracter de los naturales es digno de todo elogio, haciéndose notable en todas las esferas su nada común inteligencia, de la cual tantas magníficas muestras ha dado y continuará dando al país.

Los indigenas de la campiña, de natural dócil y bondadoso, son en su mayor parte pobres: todo su patrimonio se reduce á mezquinos trozos de terreno y un poco de ganado; el maíz y la cebada constituyen su principal alimento. Viven en miserables cabañas, y visten de lana enteramente: los hombres usan pantalón corto y poncho, por ropa exterior; las mujeres gastan *anaco* (1) y *lliclla*. Tanto unos como otras traen sombreros de paja y los pies descalzos.

Sin embargo, en sus días solemnes, ya cuando sirven como mayordomos de alguna fiesta, ya cuando quieren honrar á sus difuntos, los indios aparecen envueltos ó cargando sobre sus hombros pesadas capas de *pañete* (2) de forma española, y cambian su sombrero por vetustos sombreros de pelo, sucios y magullados, adquiridos á costa de no pequeños sacrificios, y entre los cuales hay muestras de todas las épocas y de todos los usos. Las indias sacan á lucir

(1) Paldellín plegado y abierto por delante.

(2) Paño burdo. especie de sayal.

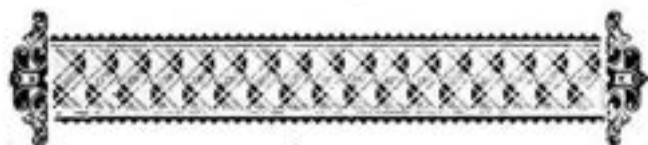
sus abigarrados *rebozos de castilla*; engalanan con cintas su cabeza; y se calan gruesas gargantillas de cuentas de vidrio y sendos pendientes de plata de tosca hechura.

Divertido es verlos recorrer en sartas calles y plazas, muy orondos, cantando casi siempre, movidos por los vapores de la chicha, y celebrando sus fiestas que más parecen mojigangas de carnaval que procesiones ó entierros.

Y aquí nos detendremos, al tratar de las costumbres. La pluma, corriendo rápida, ha invadido, sin ella notarlo, un terreno tan vasto, que la vista se cansa al abarcarlo, y pretender recorrerlo sería fatigar la atención del benévolo lector; Por otra parte, el examen detenido de esas fuentes que sustentan las creencias y los instintos populares, además de ardua empresa, estaría fuera de su lugar aquí; porque la naturaleza del presente trabajo, de suyo compendioso, no lo permite.

1889.





LA VIUDA DE CHANCAY

ENTRE el Pueblo de Ichocán, capital del distrito de su nombre, y el fértil valle de Condebamba, existe un pintoresco caserío que, como gallardo cisne, nada airoso en el lago de esmeralda de una risueña pradera: es Chancay. Su rica vegetación, su clima agradablemente templado y las patriarcales costumbres de sus sencillos habitantes, lo hacen simpático, por decirlo así; pero la tradicional *Viuda* que desde muy remota antigüedad ha sentado en él sus reales, le comunica una importancia peculiar, siendo generalmente notorias en algunas leguas á la redonda las pavorosas hazañas de esta heroína de las tinieblas, que parece solozarse infundiendo el miedo en los inocentes pechos de sus supersticiosos convecinos.

En efecto, no hay uno solo de aquellos honrados ancianos que no cuente entre las notables efemérides de su existencia algún repentino encuentro con la *Viuda*, del que resultó indudablemente el desmayo de ordenanza. En las heladas noches del invierno, cuando los laboriosos campesinos, fatigados de las tareas del día, buscan en el descanso y en la eficacia de la coca la reparación de sus fuerzas, se reúnen á la vuelta del hogar; y allí, oyendo caer la lluvia, ladrar los perros y balar el ganado, escuchan conmovidos el

relato que, con magistral solemnidad, les hacen sus padres *de lo que les sucedió con la Viuda*; relato que hace temblar de espanto á los muchachos y santiguarse á los jóvenes.

Distintas hipótesis se hacen sobre el origen de esta medrosa aparición: quién la supone una alma en pena condenada á vagar indefinidamente en castigo de las enormes culpas que cometió durante su vida; quién la cree el mismo Satanás, que, de esa forma disfrazado, viene á tentar á los mortales pretendiendo mayores conquistas. Ambas versiones tienen numerosos prosélitos; pues si unos la han visto llorar desesperada, como bajo la influencia de un arrepentimiento tardío, no son pocos los que han percibido el acre olor de azufre que procede de su fantástica figura y las chispas encendidas que se desprenden de ella. El apodo de *Viuda* con que es conocida, resulta de que siempre que ha verificado sus correrías lo ha hecho completamente vestida de luto y llevando en el albo sombrero de paja una ancha tira negra, como distintivo de su condición. Sus estancias favoritas son los recodos y vueltas del camino; mereciendo llamarse la predilecta, el sitio de «Las Ventanas», equidistante de Ichocán y Chancay, por donde no se pasaba á ciertas horas sin ir bien provistos de reliquias y acompañamiento y entonando, además, algún cántico sagrado.

Innumerables episodios relativos á las apariciones de la *Viuda* podrían referirse, puesto que todos los ichocaneros y chancayinos pueden decir algo de ella; porque el que ha tenido la buena suerte de no hallarla cara á cara, por lo menos ha oído el eco de su voz, triste y cavernosa, ó el fuerte ruido de sus pisadas, ó el roce de sus vestiduras entre los arbustos del campo. ¡Cuántas veces el caminante descuidado ó el que impelido por alguna ineludible necesidad se ha visto en el caso de transitar solo y á deshoras por esos lugares, ha sentido el calofrío de un terror violento é inopinado, y hundiendo los agudos sacates en los ijares de su caballería para obligarla á seguir una marcha que instintivamente le repugnaba, ha llegado á

su casa bañado en sudor glacial y jadeante aún!..... Pero para dar perfecta idea del asunto que nos ocupa, nos bastará narrar un caso que, tanto por lo inusitado y trascendental de su importancia, cuanto por no remontarse su fecha á época muy lejana, merece particular mención.



En los comienzos del presente siglo, era don Basilio Cubanillas uno de los más conspicuos vecinos de Ichocán, y rodeábanle, por lo tanto, á la vez que el prestigio y las prerrogativas de su clase y condiciones, los vicios que en todo tiempo y en todas las esferas suelen acompañar á los potentados, y que anidan por lo común en los *personajes* de villorrio. Así, pues, parece que don Basilio descuidaba criminalmente los santos deberes de esposo y padre de una numerosa familia, por andar entusiasta tras las seducciones que distinguían á una graciosa chancayina. Con el fin de solicitar los favores de la hasta entonces ingrata belleza y darle á conocer su abnegado cariño, él no tenía reparo en atravesar todas las noches el camino que media entre el pueblo y el caserío sin que le hubiera sucedido absolutamente nada; pues tan abstraído realizaba sus excursiones, que ningún rumor pudo despertar su atención, que parecía yacer en un completo marasmo para cuanto no era dependiente de su sentimiento amoroso ó estaba desligado del recuerdo de su adorada.

Tanto rendimiento y tan elocuentes pruebas de amor concluyeron por ablandar el berroqueño pecho de la consabida aldeanita, la cual, con encantadora coquetería, diestramente esgrimida, dejó traslucir á D. Basilio la brillante promesa de corresponder á sus halagos. Lleno el corazón de esperanza y alentado por la dicha que miraba aproximársele, el señor Cubanillas parecía vivir sólo para su objeto, y á él se dedicó con todas sus fuerzas, importándole poco los acerbos sufrimientos de su desventurada esposa.

Una tarde, después de comer, salió de su casa, y dirigiéndose hacia la plaza del Pueblo, fué á esperar en la tienda de su compadre D. Joaquín Álvarez (especie de pulpería-taller, con ribetes de botica) que la noche tendiera sus crespiones para ir envuelto en ellos hasta la vecina aldea. Pretendiendo distraer su impaciencia, púsose á jugar á *las prendas* con sus contertulios, entretenimiento que á intervalos era interrumpido para tratar de las *novedades*, de la peste y de la cosecha.

Aunque lento como siempre que se aguarda, el tiempo que no para, pasó; y la mezquina campana de la humilde iglesia lanzó al viento ocho vibraciones, á cuyo eco levantóse D. Basilio, y dando las buenas noches á todos y cada uno de sus amigos, se despidió de ellos hasta el día siguiente.

Al poner el pie en el umbral de la puerta y á favor de la indeterminada claridad que proyectaba el candil de la tienda, descubrió la vaporosa silueta de una mujer en uno de los ángulos de la plaza. Don Basilio con la delicada perspicacia propia del hombre enamorado, comprendió al punto que la incógnita no le era indiferente, y resolviendo acercarse á ella, encaminó sus pasos en ese sentido. Al llegar, encontróse ¡oh dicha! con su querida chancayina, con la desdichosa de ayer, que, rendida al fin, venía á buscarle, cumpliendo así el semi-ofrecimiento que le había dejado adivinar.

Fácilmente puede calcularse el contento en que se bañaría el pecho de don Basilio, que vió aparecer ante sus ojos un paisaje de belleza indescriptible; pero ¡cuán fugaz fué su placer! naufragó de improviso el rico bajel de sus doradas ilusiones al ver el esquivo ademán con qué la mujer, volviéndole la espalda, comenzó á andar con dirección á la salida del Pueblo. El amartelado Cabanillas, como si una potencia superior le arrastrase, la siguió, suplicándole se dignara manifestarle el motivo de tan súbito enojo; mas ella, sorda á sus ruegos, continuó su marcha.

El enamorado, olvidando la lobreteza de la noche

y las dificultades del escarpado sendero, dominado totalmente por la mágica influencia que sobre él ejercía su culpable pasión, no pudo notar que se habían extraviado y, dejando á un lado el camino real, vagaban por la falda del cerro. De pronto, y cuando ya se acercaba á la mujer, que le llevaba apenas un corto trecho de ventaja, conoció que llegaban á «La Paccha» (barranca de considerable profundidad que obstruye por completo el paso) y sintió una vivísima alegría, que ya la melindrosa, no pudiendo seguir adelante, tendría forzosamente que caer en sus manos. Pero ¿cuál no sería su sorpresa al verla continuar andando como si el aire hubiese tomado cuerpo bajo sus plantas, y pasar gentil de uno á otro borde de la zanja? Entonces despertó como de un profundo sueño y pudo comprender lo horrible de su situación: al frente tenía á la *Viuda*!..... Los cabellos se le erizaron; un estremecimiento mortal circuló por todo su cuerpo; las piernas le flaquearon negándose á sostenerle; quiso llamar en su auxilio la protección divina, pero tan sólo alcanzó á balbucir algunos sonidos inarticulados, y cayó en tierra, arrojando bocanadas de espuma!

.....
Al amanecer, unos pastores que conducían su ganado por esos sitios, le encontraron vuelto ya en sí; pero tan débil á consecuencia de la terrible impresión sufrida, que tuvieron necesidad de ayudarle á levantar su lánguido cuerpo de sobre el escenario de tan extraordinaria aventura, y le acompañaron después hasta su casa, donde sumamente abatido, contando el suceso, prometió á su familia y amigos enmendar su vida y no salir más fuera del techo conyugal en busca de ilícitos pasatiempos que le expusieran á nuevos lances con la *Viuda*, ofrecimiento que cumplió al pie de la letra, siendo desde entonces el dechado de los hombres de bien.

De esto se deduce que no siempre recoge Lucifer los frutos que se promete.

Del raro acontecimiento que dejamos apuntado, provino el que los mozos del Pueblo suspendieran las serenatas y citas nocturnas con su novias; pues cada cual temía ser sorprendido por la *Viuda*, que, tomando las apariencias de su querida, podía arrastrale quizá á su eterna perdición; de suerte que el ichocanero que amaba á alguna chancayina, después de lo ocurrido á D. Basilio, se veía obligado á desatender sus labores durante el día para visitarla; porque tal goce le estaba vedado en medio de las sombras de la noche, «esa cariñosa amiga de los amantes,» como alguien dijo.

Parece sin embargo, y rindiendo legítimo culto á la verdad no debemos silenciarlo, que al presente va escaseando tanto sus apariciones la *Viuda*, que pocos son los de la nueva generación que han tenido el susto de conocerla personalmente. Es de creer que, como su imperio es la oscuridad y el gran fanat de la civilización lanza vívidos rayos sobre el mundo iluminando hasta sus más apartados confines, y á Chancay no dejan de llegar, aunque paulatinamente, algunos tenues reflejos, ella tendrá ó bien que circunscribir su esfera de acción á los límites reducidos de su sepulcro, ó bien que elegir por teatro de sus proezas los ámbitos infinitos de ultratumba.

Es, asimismo, indudable que los relatos de las excursiones de la *Viuda* pasarán en breve de la categoría de autorizadas referencias que aun ocupan, á la de consejas, de que se valdrán las abuelas, como de un ardid, para atraer el sueño sobre los rebeldes párpados de sus turbulentos netezuclos.





CONVERSION POR UN PAÑUELO

I

CUENTAN unas crónicas de mi tierra, esas añejas crónicas archivadas en la memoria de las viejas y tan dignas de crédito á mi entender, como los voluminosos legajos custodiados por marrulleros escribanos, que por los años de 1725 llegó á Cajamarca, caballero sobre parda mula, R. P. Fr. Alejo Espárrago, religioso suelto, que sin ser familia de ninguna comunidad, tenía derecho, por principios de mutua protección al succulento cocido de todos los conventos.

Ignoramos si de *motu proprio* (librenos Dios de asegurar tal cosa) ó por nombramiento debido á superior decreto, ejercía Fr. Alejo el cargo, no del todo improbo, de Cobrador de una Santa Hermandad; pero lo cierto es que él recorría diariamente calles y plazas mostrando esmerado interés y diligencia en el desempeño de su cometido.

Como para llenarlo no necesitaba mucho tiempo, pues que la piedad cajamarquina siempre ha sido proverbial, trajo S. P. la intención de seguir adelante ó tornar á la costa al cabo de un mes de permanencia aquí; mas era tan muelle y regalada la vida

del claustro por aquél entonces en este bendito suelo, que no atinaba á dejarlo; antes bien, iba convenciéndose de que tanta ganga no debía ser echada en saco roto.

II

El barrio de San Sebastián, uno de los más importantes de la ciudad, con sus hijas buenas mozas, sus acreditadas fábricas de blanco pan y sustanciosa chicha y sus concurridas tiendas donde se confeccionaba maravillosa el *cuy sahumado*, ya había dado lugar á que se dijese, como se dice hasta hoy:

¿Chicha, mestizas y pan?

El barrio de San Sebastián.

Catita Urquiza era en aquella época la reina de ese florido verjel, santa de común devoción, en cuyo rendido culto se distinguía como el más fanático el herrero de la esquina de Belén, Clemente Cerdán. Empero, y á despecho de sus infatigables trabajos, el infeliz cofrade de Vulcano no acertaba á forjar los rayos que facilitasen su unión con la Venus sansebastianera, y pasaba el tiempo *majando en fierro frío*.

III

Una tarde que el bueno de Fr. Alejo vagaba por esos andurriales en su santo ejercicio, Satanás valiéndose de las malditas estratagemas con que atrae á los incautos, le puso al frente el hechicero rostro de la consabida muchacha. A su vista, el siervo del Señor sintió que, cual el péndulo de un reloj, oscilaba su corazón entro del pecho agitado, anunciándole llegada la hora de pagar con las pasiones el forzoso tributo que debemos los humanos á nuestra flaca naturaleza; pero en un arranque de valor sobrenatural, dando media vuelta sobre la izquierda, retrogradó el camino.

Ya en el convento, notó que su antigua tranquilidad y la venturosa paz de su alma habían quedado

cautivas en los negros calabozos, que tales, más que ojos, debieron llamarse los de Catita; y aunque quiso luchar con el sentimiento que poderoso bullía en su interior, conociendo que los escapularios no son broquel que rechaza las saetas de Cupido, resolvió emprender la conquista.

Entre sorbo de rapé y trago de chocolate, dispuso Fr. Alejo su plan de operaciones, contando para el ataque con el bien provisto arsenal de la caja de limosnas, cuyos certeros proyectiles rendirían en breve la fortaleza.

IV

Que S. R. se dió trazas que el mismísimo Alejandro de Macedonia habría encontrado envidiables, lo prueban, más que cuanto de nuestra parte pudiéramos decir, así la intencionada frase que con maliciosa sonrisa jugaba en los labios de las vecinas de Catita, las cuales al mirar la murmuraban: «fraile que pide por Dios pide para dos», como la situación del desgraciado Cerdán, que fácilmente hubiera sido tomado por sombra fugitiva; pues las decepciones, acrecentando su amproso arrebató, aumentaron también sus sufrimientos.

Mas la dicha, siempre voluble y caprichosa, no renegó de su carácter al acariciar á Fr. Alejo: una violenta enfermedad, como efluvio del infierno abrió tumba prematura á esa gallarda flor que se ostentaba lozana en los pensiles de la vida!..... El dedo helado de la muerte, al posarse sobre la frente de Catita, le sumergió en el piélago de la desesperación más espantosa.

.....
Esa misma noche, cuando la comunidad subió á coro, Fr. Alejo, burlando la vigilancia del Prior, se encaminó hacia una tétrica capilla, adjunta á la iglesia principal, donde se depositaban los cadáveres hasta darles sepultura. Acércose al ataúd que, rodeado de cuatro amarillentas velas, ocupaba el centro del temeroso recinto, y abriéndolo de un golpe, mu-

do, extático, se quedó contemplando los lívidos despojos de Catita.

Luego que hubo pasado el primer acceso de loco desvario, se postró de rodillas, y tomando una de las manos de la muerta, murmuró á su oído ya insensible repetidas protestas de cariño, escuchadas únicamente por las lechuzas que agitaban sus alas en las oscuras cornizas. Sacó en seguida de su manga izquierda un rico pañuelo de seda que como recuerdo de una hermana había traído desde España, su patria, y cubrió con él el rostro inanimado «para evitar que el polvo de la fosa manchase tan singular belleza».

Después hizo lo posible por borrar todas las huellas que denunciar pudieran su sacrilega visita, enjugó su llanto en el negro paño sembrado de lágrimas de cera sobre que se asentaba la caja mortuoria, y salió vacilante de la estancia.

V

Tres meses habían pasado desde el triste acontecimiento que hirió el alma del sensible Fr. Alejo y ya el consuelo, ese bálsamo que vertido por la mano del tiempo va aliviando las llagas que abre la desventura, descendía sobre él.

Encontrábase una mañana tomando el coimiento de toronjil (S. P. no ignoraba la virtud de esa planta que expande el corazón afligido), bebida con que había reemplazado las sendas tazas de mate que acostumbraba antes de su desgracia, cuando entró el hermano portero y le dijo que el herrero de la esquina de Belén deseaba verlo.

Salió Fr. Alejo y, en realidad, se halló con su rival de marras, el cual, mostrándole un paquetito cuidadosamente envuelto, habló de este modo:

—R. P., anoche me quedé trabajando hasta deshoras, y á eso de las doce oí golpes en la puerta de la tienda, que tenía cerrada, y la voz de un caballero que me solicitaba. Como quiera que yo no contestase,

impaciente el de afuera, me rogó que en nombre de cien pesos que me pagaría, saliera á herrar una mula. Hícelo así, movido por el interés del dinero; pero el desconocido, que era un señor muy apuesto, al acabar yo la operación, me dijo:—«Mañana temprano ve á buscar á Fr. Alejo Espárrago y dile de mi parte que te entregue los cien pesos que yo te adeudo; y para que no dude del encargo, llévale como seña este paquetito que tú no abrirás».

Y así diciendo, puso en manos del fraile el mencionado envoltorio, que tenía grandes y negros sellos. Al romperlos, se oyó un estallido, bajo las bóvedas del edificio, hizo entonar el *Miserere* á los aterrados monjes y una pestilente nube de azufre, extendiéndose por todos los ámbitos de la portería envolvió á Fr. Alejo, en cuyas manos temblorosas quedó el pañuelo con que había tapado la cara de Catita Urquiza la víspera de su entierro.

Vaciló el religioso como el sauce herido por el hacha leñadora, se restregó los ojos, y convencido de que no era una ilusión lo que le pasaba, cayó en tierra exclamando:—«¡Cielo santo, perdón, perdón!»

VI

Respuesto ya de su justo pavor, mandó llamar Fr. Alejo al herrero, que, hondamente impresionado, había huído á ocultarse en el más oscuro rincón de su vivienda, le pagó los cien pesos (razón que nos induce á creer que á la postre fué Cerdán el ganancioso), y al siguiente día *lió petatitos* y con un arrepentimiento digno de todo encomio, conociendo que Dios le había mirado con piedad, montó sobre humilde cabalgadura y, lanzando un ¡ay! de despedida á Cajamarca y sus pasados desvíos, fué á morir en la gracia del Señor en un extricto convento de Nueva Granada, donde creemos recordaría con frecuencia la misteriosa devolución del pañuelo, origen fecundo y felicísimo de su completa reforma.



LA BAJADA DEL HOMBRE

I

NOS DIRIGÍAMOS á Cajabamba y habíamos pernoctado en Chancay, pequeño caserío próximo al Pueblo de Ichocán.

La del alba sería, como dijo Cervantes y después de Cervantes muchos, cuando, abandonando la habitación, salimos en pos de los caballos, que piafaban de impaciencia delante de la casita que nos había albergado.

El despertar de la naturaleza parecía más hermoso, más festivo que nunca. Semejábase al de la adolescente que vió en su sueño hadas y genios benéficos. La vagarosa bruma matutina se alejaba formando blancas espirales de finísimo tul; las cristalinas gotas de rocío esmaltaban las hojas de los árboles y hubiérase dicho que una lluvia de plata triturada había descendido sobre la húmeda pradera; los ganados triscaban en las faldas de los cerros, y las pastoras seguían con su canto peculiar á sus desordenados rebaños; los pájaros revoloteaban entre las ramas, llenando el aire con la melodía de sus gorgeos: enjambres de doradas mariposas se cernían por doquier; y tras las *penchas* y zarzales de los *cercos* asomaban su picaresca faz las madrugadoras aldeanitas.

Era el último día de marcha; y la cuadrilla viajera, compuesta de más de cincuenta personas, iba alegre

y bulliciosa, aspirando con delicia el aura enbalsamada de los campos.

Los moradores de aquellas risueñas comarcas, para quienes guarda la memoria un gratisimo recuerdo y el corazón un cariñoso latido, habían engalanado en nuestro homenaje las humildes fachadas de sus viviendas con flores y banderas, muchas de estas últimas formadas de pañuelos y tiras de percal de abigarrados colores. Todos nos saludaban con cariñoso respeto y salían á encontrarnos cargados de presentes: quién nos ofrecía la rica fruta; quién el moreno bizcocho; éste nos brindaba la sabrosa leche de sus vacas, aquél aparecía trayéndonos los quesillos frescos que rivalizaban en blancura con la limpia *joi-jona* (*) que los envolvía; y bandadas de alborotados muchachos alzaban la voz en nuestro obsequio,

Nada es tan satisfactorio como estos viajes, verdaderos paseos triunfales, por un país amigo, donde tenemos arraigadas simpatías, donde nuestro nombre, favorablemente conocido, halla resonancia en el pecho de los niños y de los ancianos!.....

II

Asomó el sol por el oriente; y derramaba, cual cascada de oro, sus esplendorosos rayos sobre la tierra, cuando habíamos llegado á la cima de una pintoresca colina, desde la cual se descubre magnífico el extenso valle de Condebamba, majestuosamente surcado por su caudaloso río, que, como serpiente gigantesca, parece dormirse entre los verdes cañaverales de las playas.

Refrenamos los caballos para contemplar mejor el bellissimo panorama, y de repente, nuestros ojos se fijaron en una cruz que extendía sus brazos cubiertos de musgo á pocos pasos de distancia.

—¿Qué significa esta cruz? preguntamos dominados de curiosidad y creyendo por inspiración maravillosa, que algo notable, extraordinario, encerraban

(*) Especie de servilleta ó mantelito de lana.

las piedras que servían de tosca peana al signo bendito de la redención.

—Esta cruz conmemora el lamentable suceso que dió nombre al lugar en que nos encontramos, que es la *Bajada del Hombre*—repuso uno de nuestros compañeros de viaje que tenía motivos de conocer la historia, y continuó así:

—Dicen que en muy remotos tiempos llegó á Chancay un hombre extraño y desconocido, y á pesar de haber posado allí, nadie pudo saber ni cómo se llamaba ni de qué punto procedía; pues opuso una reserva misteriosa á las investigaciones que, con el objeto de descubrir ambas cosas, se pusieron en práctica.

Al cabo de dos ó tres días, ensilló su mula; dió las debidas gracias á sus huéspedes; y siguió el camino que nosotros acabamos de hacer. Pero al llegar á este mismo sitio, la bestia se enfureció, y siendo inútiles todos los esfuerzos del desdichado para contenerla, cayó en tierra, y su cráneo se estrelló contra una gran piedra, sobre la cual está levantada la cruz que tenemos á la vista.

Unos labradores que desde el fondo del valle contemplaban suspensos tan desgraciado acontecimiento, fueron presurosos á Chancay, llevando la noticia. El Cura y los notables acudieron alarmados; y después de dar al cadáver cristiana sepultura, trataron de registrar las alforjas, que habían rodado por el suelo, con el fin de buscar en ellas, algún dato sobre el infeliz forastero; pero sólo hallaron una escasa provisión y pocas prendas de ropa.

La mula también se despeñó en su precipitada carrera, y como jamás pudo saberse quién fué el infortunado caminante, llaman al lugar de su muerte la *Bajada del Hombre*.

Generalmente existe la abusión de que el espíritu del *Hombre* no se aparta de aquí; y es raro que haya alguno que se atreva á cruzar solo á ciertas horas de la noche este trozo del camino, por el temor que inspiren las consejas de que es origen.—

III

Calló el orador dejándonos hondamente preocupados. Tanto nos había interesado su relato, que durante todo el día, y á pesar de los innumerables motivos de complacencia que se nos presentaron con el espléndido recibimiento que supo hacernos el noble pueblo cajabambino, estuvimos tristes, sin poder desechár de la imaginación la memoria de aquel desventurado, á quien suponíamos, yendo de conjetura en conjetura, ya un criminal, ya un padre, de familia honrado, cuyos pobres hijos no habrían podido saber nunca cuán desastroso fué su fin.

Cada vez que recordamos este trágico episodio, sentimos conturbarse el alma, y aplaudimos la piadosa costumbre que observan los viajeros de rezar y descubrirse al pasar junto á la cruz.

1889.





EL ALMA DE ATUN-PATA

I

HACE nueve años, cuando el brazo de la guerra que tantos males nos ha causado comenzaba á amontonar encapotados nubarrones en el horizonte del Perú, mi familia, hondamente decepcionada á consecuencia de las rivalidades de partido que hasta en esos supremos instantes se dejaron sentir, perjudicando de una manera irreparable los intereses del país, resolvió pasar una temporada de campo; á fin de, un tanto alejados de la ciudad, sufrir menos con el triste espectáculo de criminales desaciertos, ya que por entonces se desechaba la cooperación de los verdaderos patriotas, á quienes se perseguía con encarnizamiento, cruzándolos en sus desinteresados trabajos.

Fuimos á nuestras haciendas, adonde llegaba yo, puedo decir, por vez primera; pues de ellas no conservaba sino vagas reminiscencias.

Y aquí séame permitida una ligera digresión, como legítimo tributo de mi afecto por esos apartados lugares, donde he pasado días venturosos en los tiempos tranquilos de la niñez, y donde, más tarde, hube de sufrir amargas horas de aflicción.

[Paucal...] Huagal!... Rincones queridos que habéis visto transcurrir la infancia de mis padres, yo no os olvidaré jamás! Tengo retratados en la imaginación de una manera indeleble vuestros cerros y vuestros valles; aun me parece oír el rumor de las cristalinas corrientes que fertilizan vuestras pampas de esmeralda, y bástame cerrar los ojos para contemplar á mi sabor ese suelo tapizado de menuda hierba que, como alfombra mullida de la Persia, se hundía bajo mis pies; no se ha borrado de mi memoria el nombre de ninguno de esos sencillos labradores, esclavos por su voluntad, que á nuestro solo nombre inclinan reverentes la cabeza; y estos recuerdos de la niña que evoca la joven, llegarán intactos al dominio de la mujer, y vivirán palpitantes en el corazón de la anciana!.....

Ya no existen esos muros que, levantados por mis abuelos, fueron testigos de sus penas y de sus alegrías, y de las penas y alegrías de mis padres ádorados! Los techos que albergaron tanta dicha primero y tanto infortunio después, han desaparecido como desaparece la huella del hombre en un arenal, como se borra el rastro de la fiera en la espesura del bosque, como se pierde un meteoro en las azules inmensidades de los cielos!.....

Del odio profundo de un enemigo insaciable se desprendieron las voraces llamas que transformaron en cenizas esas mansiones queridas! Sólo quedan de ellas escombros calcinados, esparcidos acá y allá, restos informes que pregonan, con la muda elocuencia de las ruinas, los terribles resultados de las luchas fratricidas, sobre todo cuando no hay una alma grande y un noble corazón que las dirijan!

II

En las haciendas de la sierra está establecido que los sábados por la noche se reúnan los indios en la capilla ú oratorio general, donde el empleado de más carácter les hace rezar el rosario.

Mayordomo de Huagal era un hombre de asombro-

sa actividad á pesar de sus sesenta años, de intachable proceder y muy regular instrucción, como que en su juventud, con mucha afición por la carrera eclesiástica, se había dedicado seriamente á los estudios.

Como tal, es decir como aprendiz de sacerdote, tenía en la cabeza una inagotable colección de oraciones, unas en latín, otras en castellano; éstas en prosa, aquéllas en verso; de suerte que el rosario duraba por cuatro; y nunca faltaban los cantos y procesiones para concluir.

El primer sábado después de nuestra llegada á Huagal, á eso de las siete de la noche, se aparecieron, como de costumbre, en el corredor de nuestras habitaciones el Mayordomo, el Alcalde y los Regidores, cada cual llevando de la mano su respectivo farol, con el fin de acompañarnos al rezo.

Fuimos; y después del rosario, que por lo duradero tenía trazas de inacabable, comenzaron las *encomendaciones* de estilo. El Mayordomo probó en ellas tener muy presentes á los hacendados, dependientes y peones de Huagal, desde tiempos inmemoriales hasta nuestros días.

Al terminar la larga serie de *Padre nuestros* y *Ave Marías* por vivos y difuntos, se propuso un *Credo* por el alma de *Atun-pata*.

Como excitara nuestra curiosidad tan particular encomendación—*Atun-pata*, poyo grande, es un monte elevadísimo situado á pocas cuadras de las casas y oficinas de la hacienda, salido que hubimos de la capilla, rogamos al Mayordomo nos diera una explicación, á lo que accedió gustoso.

III

La guerra de la Independencia se hallaba en el más activo de sus períodos. Ejércitos enteros de patriotas cruzaban el Perú en todas direcciones; y por cada realista que trataba aferrarse con la desesperación del náufrago á sus privilegios é inmunidades, surgían cien esclavos que á gritos pedían libertad, le-

vantando la abatida frente contra el vil opresor que al arrebatárles su suelo y sus riquezas, les cargó de cadenas y les condenó á arrastrar la existencia envilecida del galeote.

Empero, eran tan grandes las penalidades que se experimentaban en esta gigante campaña, que sólo una raza de semidioses, fanática en la religión augusta del derecho, podía haberla llevado á cabo. Por eso Bolívar y sus tenientes serán el asombro del mundo en su carrera.

Las dificultades, los tropiezos, que en cualquier camino son estimulantes, por decirlo así, para los espíritus fuertes; las derrotas, que entusiasman tanto como los triunfos al valiente guerrero que con una voluntad más fuerte que el destino, combate impávido entre los buenos, son para el pobre soldado motivos de amargas consideraciones é invencible desaliento. Miope de inteligencia, sin conocimientos científicos ni experiencia militar, no concibe esas misteriosas evoluciones de la guerra, á favor de las cuales, del fondo de un descalabro nace, muchas veces, la victoria definitiva.

Por eso debe disculparse en ciertos casos la desertión; quizá hallaríamos razones que hasta la justificaran, mucho más si apelamos al resorte poderoso, al motor supremo, á la familia.

Sobre todo en un país como el nuestro, en el cual, hablando en términos generales, el sentimiento patriótico está subordinado á tantos otros sentimientos, el soldado, sin opinión fija, viene á ser un instrumento ciego de su jefe, y procede maquinalmente, sin darse cuenta de sus actos. Pero llega la ocasión en que, olvidando la obediencia, se subleva; y como no puede contrarrestar esos impulsos, acaba por abandonar las filas.

¡Cuántas veces se pone en práctica la pena de muerte contra un infeliz recluta que, en rigor, no sabe lo que ha hecho! Fusilese en buena hora al militar ilustrado que delinquiró con perfecto conocimiento de sus obligaciones, si con una conducta infame

acarreó males irreparables á la nación; pero haya, no diremos compasión, sino justicia para el infeliz indio que nada sabe, porque se le deja abandonado entre las sombras de la ignorancia!

Antes de inventar castigos, enséñense deberes.

IV

Era una fría noche de invierno y el genio de las tempestades, más amenazador que nunca, batía sus negras alas sobre Huagal, llevando el espanto y la conmoción hasta la última cabaña de los contornos.

El viento rugía con bravura inusitada, cual si quisiera arrancar los cerros de sus eternos asientos, para jugar con ellos como juega el elefante con un mico.

A la manera de saetas encendidas que arrojara la cólera del cielo, bajaban los rayos destructores seguidos de su numerosa corte de ígneos relámpagos, y el trueno parecía concertado á prestar con su cavernosa voz mayor solemnidad á esa fiesta de las Furias.

En un instante en que, como para tomar nuevo aliento, calmó un tanto el fragor de la tormenta, oyóse en la lejana cima del *Atun-pata* un grito desgarrador, horroroso, de expresión salvaje indefinible; pero nadie pudo suponer que fuese humano, y sobrecogidos de miedo todos los habitantes de las cercanías, se ocultaron en lo más profundo de sus moradas.

La lluvia continuó cayendo á torrentes durante tres días consecutivos, al fin de los cuales el Mayor-domo y alguna gente salieron á explorar las *jalcas* para conocer los estragos del temporal; y en una cueva del *Atun-pata* encontraron el cadáver de un soldado peruano vestido con el uniforme de la época, desertor sin duda. La actitud del cuerpo revelaba que el infeliz, solo en esas frías regiones, acosado del hambre, y en medio de tan cruda perturbación de los elementos, pereció víctima de angustiosa desesperación.

Después de honrarlo del mejor modo posible, el cadáver fué sepultado en el panteón de la hacienda; y desde entonces no ha dejado de dedicarse una oración por el eterno descanso de su alma.

El 2 de Noviembre, día de los finados y de las *ofrendas*, no hay una sola familia de las piadosas hualinas que entre los *bollos* de su obligación no cuente uno para hacer rezar POR EL ALMA DE ATUN-PATA.

1889.





EL GRAN CAPITÁN LUCANA-PACHAC

(HISTÓRICO)

I

HERCULANO y Pompeya, esas columnas sobre que tuvo colocado un día su asiento la grandeza, esas magníficas ciudades, verdaderas maravillas de opulencia, pasmo y asombro de la antigüedad, como dos inmensos cadáveres, fueron cubiertas por el fúnebre sudario que sobre ellas extendió, en forma de menuda y abrasadora ceniza, el Vesubio embravecido.

El volcán de la conquista y la continua erupción de los tiempos, también han amontado gruesas y compactas capas de lava sobre el poderoso Imperio de los Incas.

Y así como aquéllas son en la actualidad anchos campos abiertos al estudio, donde van: el historiador en busca de mudos pero elocuentes datos para sus grandes obras; el poeta y el pintor tras un tema para sus admirables concepciones; el músico á escuchar entre los arcos derruidos y las pilastras hacinadas los melancólicos acentos del aire para traducirlos á las cuerdas de su laúd; el religioso en pos de algún emblema para la meditación; el explorador, en fin, para

hacerse de un precioso fragmento que ha de proporcionarle triunfos; así nosotros hemos querido extraer del fondo de estos gloriosos escombros, de en medio de esta toba empedernida, no mármoles ni mosaicos, sino una reliquia ignorada, para comunicar interés á nuestro trabajo.

Este es el motivo por que hemos ido á buscar en la inagotable fuente de la tradición.

II

Transcurría el año de 1533.

La atrevida planta del europeo había hollado ya las vírgenes playas del Tahuantisuyu; pero no era llegada aún la tremenda hora del derrumbamiento general.

La guerra fratricida, que en la infancia de la humanidad fué el origen de su corrupción y el primer paso por ella dado en la resbaladiza pendiente del crimen, trayendo como consecuencia inevitable un espantoso diluvio que purificase la tierra, habida entre Huáscar y Atahualpa pue-le considerarse como el funesto presagio de la horrorosa catástrofe que bien pronto haría cambiar por completo la faz del Imperio.

Nadie ignora los fatales augurios que por doquiera creían descubrir los supersticiosos indios y que amargaron cruelmente la agonía de Huayna-Capac, durante cuyo próspero reinado había llegado el país al apogeo de su grandeza, para sucumbir en seguida, cual sucede con el león herido de muerte, que recogiendo todas sus fuerzas y el aliento todo de sus pulmones, asorda la selva con su rugir postrero, porque él, sabio entre los sabios de sus dominios, supo descifrar los alarmantes signos que aparecieron en el cielo como el profeta Daniel la inscripción siniestra que, compuesta de tres solas pero terribles palabras, *Mene, Thecel, Phares*, grabó mano desconocida en una de las paredes del espléndido palacio de Baltazar el Ba-

bilónico, cuando éste se hallaba celebrando la más escandalosa de sus orgías.

Pero muerto el padre, los hijos, sin preocuparles sus inspiradas predicciones, habían comenzado á disputarse palmo á palmo la púrpura y el solio.

El hasta entonces afortunado usurpador, después de la sangrienta batalla de Quipaipampa en que arrebató la coropa á su infeliz hermano, se dedicó á organizar convenientemente el territorio sometido, es decir, á echar en él las raíces de una ciega sujeción á su bastardo poder, confiando tan delicado encargo á aquellos de sus súbditos más idóneos para desempeñarlo.

Conforme á esto, nombró Caciques de la extensa Provincia de los *Paucamaracas* (*) á los hermanos Lucana-Pachac, indios nobles desde sus antecesores y capitanes de sus victoriosas huestes; los cuales le habían probado, al mismo tiempo que valor inquebrantable y abnegada decisión hacia su persona, un verdadero amor á la patria común, pudiendo exclamar en los momentos supremos de la lucha lo que el célebre Beltrán de Duguesclín en el campo de Montiel:

«¡Ni quito ni pongo Rey; pero ayudo á mi Señor!»

III

Cuando más tranquilos se encontraban los mencionados Caciques en el ejercicio de su importantes cargos, llegó á Paucamarca un *chasqui* ó correo, el cual, noticiándoles el arribo de los españoles á Cajamarca y la prisión del Inca, les comunicó la perentoria orden dada por éste de reunir todos los tesoros existentes en sus dominios y conducirlos á aquella ciudad en el menor tiempo posible, para el rescate, puesto que las riquezas eran el único imán capaz de distraer el acero del sórdido conquistador suspendido en amenazadora acción sobre la imperial cabeza que, despo-

(*) Vasta región que comprendía el norte de la hoy provincia de Ica y gran parte del actual departamento de Amazonas.

jada de su esplendente diadema y hundida sobre el pecho atribulado al golpe de negra desventura, vertía lágrimas amargas al ver roto su cetro, derribado su trono, convertida en cárcel silenciosa la brillante mansión de sus mayores y remontado su abatido pueblo á las alturas escarpadas de los Andes!.....

Desplegando la debida actividad, los hermanos Lucana-Pachac comenzaron á desnudar de sus suntuosas preciosidades los templos y las habitaciones; pero aun no habían dado cima á su propósito, cuando un pobre indio, testigo presencial del cruento sacrificio de Atahualpa y que corría espantado tras un asilo en el fondo de los bosques, al pasar por Paucamarca, les hizo saber la triste realidad de lo ocurrido.

Si creyésemos en la metempsícosis ó trasmigración de las almas, aseguraríamos que las de los Lucana-Pachac animan al presente á grandes diplomáticos, de esos que, como Bismarck, logran, á pesar de las vicisitudes de la alta política, mantener en perfecto estado el equilibrio europeo; pues que, evidenciados de la gravedad de la situación y convencidos por otra parte de que toda tentativa de resistencia contra los blancos, además de infructuosa, podía ser para ellos un reguero de males, determinaron dirigirse á Cajamarca y rindiendo pleito homenaje al nuevo Señor que el Destino les deparaba, someterse enteramente á su obediencia y serles leales vasallos.

Hiciéronlo así; y una vez en presencia de los españoles, juraron fidelidad á la real bandera de Castilla, aclamaron por su Monarca soberano al poderoso Carlos V. y pidieron el agua del bautismo, que les fué administrada por Fr. Vicente Valverde, sirviéndoles de padrino en la augusta ceremonia don Francisco Pizarro, quien, en prueba de aprecio y cariñosa consideración, les dió su apellido. Desde entonces se llamaron don Fernando y don Alonso Pizarro de Lucana-Pachac, y fueron los primeros gentiles de elevada gerarquía que, renegando espontáneamente de su religión y creencias, se convirtieron al cristianismo en el Perú.

Después, cuando los españoles siguieron hasta el Cuzco, los acompañaron ambos indios, prestando, como naturales y conocedores del país, positivos servicios á la causa de la conquista. Tomada aquella capital y completamente reducida, volvieron al Norte en comisión especial, al mando de tropas. A su paso, sometieron varios pueblos; y atravesando el Marañón, fundaron la ciudad de San Juan de la Frontera de los Chachapoyas.

Continuaron adelante, y en un combate habido con los indígenas en el Pueblo de Cumba, murió don Fernando Pizarro de Lucana-Pachac en defensa de la Santa Fe Católica y la corona de Castilla. Sus camaradas para honrar dignamente la memoria del mártir, favorecieron á don Alonso con el título de *Gran Capitán* y le eligieron sucesor de su hermano en la comandancia de la expedición.

Más tarde, establecida la colonia, este procedimiento fué sancionado por el Marqués Gobernador, quien lo aprobó con el mayor entusiasmo.

IV

Algunos años después, el 9 de Abril de 1542, expidió S. M. Carlos V. en la ciudad de Granada una real cédula por la que instituíó á don Alonso Pizarro de Lucana-Pachac y sus descendientes, Marqueses de Oropés, acordándoles toda clase de privilegios y franquicias, excepcionándolos del pago de tributos y designando á la vez las simbólicas armas que, como nobles de primera clase, debían usar en sus casas y reposteros, y en las cuales figuraba como una particular concesión la borla encarnada, distintivo de la raza hija del Sol.

Desde entonces, los ilustres Marqueses de Oropés fueron mirados con profunda reverencia, y cuando por su desgracia el Corregidor de Chachapoyas, General don Francisco de Gorbea y Mezcorta, abusando de su autoridad, quiso imponerles ciertas obliga-

ciones incompatibles con su rango, hicieron una presentación ante el Virrey, acompañando su pomposa ejecutoria y quejándose acremente del irrespetuoso *Mandón*.

De estos autos—que existen originales y son los que nos han suministrado apuntes para la presente tradición—resultó el que el General de Gorbea y Mezcorta se viese reconvenido y precisado á hacer pública declaración de la grandeza de los Pizarro de Lucana-Pachac, promulgándola por medio de un bando solemne en la plaza de Cajamarquilla, lugar de la residencia de éstos, previa convocatoria del vecindario.

Hasta la independencia continuó tan esclarecida casa en el perfecto goce de sus prerrogativas.

V

Creemos innecesario agregar que los infelices vástagos de aquella nobilísima familia no tienen mucho que agradecer á los prohombres inmortales que á costa de su sangre generosa nos dieron Patria y Libertad; pues que, hallándose sus rancios pergaminos algunos grados bajo cero en el termómetro de la República, el Juez de Paz no les otorga más justicia que la que buenamente da la paga, ni el Recaudador de contribuciones toma en consideración ni acata los decretos del Rey Emperador, que al través de tantos años fueron inviolables leyes.

1888.





28 DE JULIO

HA á cumplirse el sexagésimo octavo aniversario de nuestra independencia.

Bien pronto la aurora del 28 de Julio, dibujándose sonriente en los vastos horizontes de la Patria, nos traerá á la memoria aquel glorioso día de feliz recordación en que el General San Martín, á la cabeza del Cabildo Eclesiástico, la magistratura, la juventud y el pueblo todo de la antigua ciudad de los Reyes, lanzó á la faz del mundo las siempre vibradoras palabras, de "El Perú es libre é independiente." ¡Lacónica pero elocuente frase que, al encerrar todo un poema de patriótica abnegación, envolvía un reto terrible al tiránico despotismo, y á las rancias instituciones de la soberbia España; y cuyo valiente eco, rasgando el velo de los siglos, resonará eternamente por los ámbitos de la República!

No hay corazón peruano que no se sienta desbordante de entusiasmo ante este rasgo heroico de mágico efecto, cabal presagio de las victorias de Junín y Ayacucho; porque él retempló el ánimo del ejército patriota, convenció á los irresolutos é hizo decaer el bastardo vigor de nuestros opresores, que, en el vértigo de su aturdimiento por el imponente espectáculo que ofrece un pueblo orgulloso sacudiendo el yugo que lo tuviera al servilismo y á la humillación atado, se rindieron á discreción á las plantas de los

que, con valor y fe inquebrantables, atravesaban valles, punas y cordilleras por colocarnos en el mapa de las naciones.

¡¡ Loor eterno á ellos !! Y que siempre encuentren entre nosotros imitadores dignos, capaces de probar que no ha degenerado esa raza de titanes que pudo sofocar al león de ambas Castillas y arrancar de su doble garra medio mundo!

¿A qué detenernos en la descripción de hechos que, además de ser generalmente conocidos, no podríamos pintar tal cual admiramos?

La gigante cruzada que con adorable fanatismo abrazaron los genios superiores de aquella era venturosa, tuvo ya su Tasso que la ha narrado en versos inmortales. Así como el poeta italiano nos cuenta las fatigas de la Europa unida, "combatiendo al pueblo mixto de Asia y de Libia; no ya por Elena ó para construir los altos muros de Roma, sino para proteger la civilización de la Cruz contra la voluptuosa barbarie del islamismo; para decidir si la humanidad retroceder hasta la esclavitud, el despotismo y la poligamia, ó lanzarse libremente por el camino de la libertad y del progreso"; así la lira de Olmedo escogió sus más armoniosos sonos para transmitir á la posteridad la empresa de nuestros padres; remedando con pasmosa exactitud las músicas marciales y las patrióticas arengas, las voces de mando y los alegres himnos del batallador incansable que vió cernerse el ángel del triunfo á través del humo densísimo de la metralla, y arrebató á la gloria sus laureles para con ellos coronar sus sienes.

Concretémonos, pues, alimentando en nuestros pechos el amor patrio, á rendirles el homenaje de nuestra marcada admiración; llevemos el contingente de nuestras bendiciones al pebetero inmenso que les tiene consagrado la gratitud nacional; unamos nuestra voz al solemne coro que en su alabanza entonan sin cesar las generaciones; inspirémonos en su ejemplo augusto; y que sus sombras venerandas velen constantemente por esta infortunada Patria que nos lega-

ron á costa de su sangre generosa vertida á torrentes, ellos que no temblaron ante el alfange ibero en los momentos supremos de adquirirla.

De ese modo habremos celebrado debidamente y cual compete á un pueblo levantado en la efervescencia de su patriotismo, la noble efeméride que debe considerarse como el límite de nuestra servidumbre, como la línea divisoria entre el vasallaje y la emancipación, como la frontera de la esclavitud; y que, al abrírnos paso por el anchuroso sendero de la libertad, nos puso en condiciones de llegar á la cúspide del engrandecimiento.

1899





ISABEL LA CATÓLICA

ARRROJAR una flor más sobre la tumba de Isabel la Católica, hoy que para cubrirla se han desnudado los jardines de ambos mundos, es —no se nos oculta, y lo decimos valiéndonos de ajeno símil— *verter un vaso de agua en la inmensidad de los mares*. Mas de tal suerte se impone á la mente y al corazón tan sobrehumana figura, que el lápiz se desliza sobre el papel, y su impulso es incontenible, como es incontenible la admiración que aquella memoria inspira á las almas que piensan y que gozan con el recuerdo de los grandes hechos y de los acontecimientos gloriosos.

La dinastía de los Trastamaras, entronizada en Castilla sobre el cadáver de D. Pedro el Cruel, estaba ¡oh misteriosos arcanos! destinada á producir, andando el tiempo, la reina más grande, noble y poderosa de la tierra. Del matrimonio de D. Juan II. de Castilla con la hermosa princesa lusitana que al efecto eligiera el célebre favorito D. Álvaro de Luna, nació Isabel la Católica. Venida al mundo en las gradas de ese trono que vaciló tantas veces bajo la pesada planta del *hijo de la Cañeta*, como apellidaba la nobleza, herida profundamente en su orgullo, al Condestable, fué confinada con su madre y su tierno hermano, poco después de la muerte de su infeliz

padre, al monasterio de Ávila, asilo en otro tiempo de la infotunada doña Blanca de Borbón. Mientras Enrique IV. escandalizaba el reino y arrastraba la dignidad soberana entre el fango de los vicios y la degradación, la pobre reina viuda, aislada y triste, enfermóse gravemente, y debilitado su cerebro, no pudo atender á la educación de sus tiernos hijos, Isabel y Alfonso. Pero aquélla, predestinada á solucionar grandes problemas de incomparable trascendencia, nutrió por sí sola su cerebro y formó su corazón; y esa misma dolorosa escuela de una temprana experiencia, la ayudó á hacerse pensadora y seria, fomentando su natural gravedad y la magnanimidad de su carácter.

Si un artista, al pintar en un inmenso cuadro la Edad Media, podría colocar en el pórtico la arrogante figura de Carlo Magno, su inaugurador, otro, para representar la Edad Moderna, colocaría á Isabel la Católica levantando el telón que cubriera ese lienzo de gran magnitud donde se verían, en variado panorama, ya las morunas huestes rendidas al pendón cristiano en las legendarias Alpujarras, después de una lucha sin tregua de ocho siglos, ya la América incomparable, surgiendo de entre las espumas del océano al conjuro del sin par Cristóbal Colón y sus denodados compañeros de peligros y de gloria.

Y en efecto, á Isabel la Católica estuvieron reservadas ambas redenciones: su fe la llevó hasta el heroísmo, haciéndola arrostrar todo género de peligros y despreciar toda suerte de contrariedades; y su inteligencia lúcida la hizo adivinar los tesoros que la Gloria le guardaba entre los pliegues de su manto.

Bajo su doble aspecto de mujer y de reina, ella presenta un tipo interesante al psicólogo y al historiador, y es un ejemplar acabado, que honra y enaltece á la mitad del humano linaje de que formó parte; pues pertenece en primera línea, á la legión de mujeres célebres cuyos nombres pueden aducirse, como testimonio de grandeza y celsitud, á los cobardes detractores del sexo débil. La importantísima figura

de Isabel I. crece con el tiempo; y si durante su vida eclipsó la de Fernando, hora llegará en que se le recuerde y bendiga á ella, cuando ya tal vez ni ligeras memorias existan de él!

Si buscamos á Isabel en su juventud, desdeñando la corona si la adquisición de ella había de costar una gota de sangre castellana ó un suspiro de su hermano, la encontramos noble; si la buscamos en Santa-Fé, bajo su tienda de campaña, haciendo capitular á los moros y arrojando de su suelo el islamismo para enarbolar el pabellón cristiano en la torre más alta de la Alhambra, la encontramos grande; si la buscamos días después de su triunfo y sin haber aún descansado de las fatigas de la guerra, donando, en esa misma Granada de sus ensueños, las joyas de su corona al intrépido genovés y alentándole en su arriesgada empresa sin más ambición que la de redimir un mundo, la encontramos sublime; y si después la buscamos oyendo las quejas de Colón, que llegaba á su presencia cargado de cadenas, y mezclando con las del Almirante sus lágrimas de tierna compasión, la encontramos divina: que la figura de Isabel va creciendo por grados! Primero se presenta á la mente como mujer adorable; luego como reina excelsa; después como genio ó hada dispensadora de bienes; por último, como diosa de virtudes admirables. ¿Qué mucho, pues, que el nombre de su consorte amado sonase y suene débilmente junto al suyo? ¿Qué mucho que ahora se le erijan monumentos á ella, mientras él queda en su estatua yacente del común sepulcro en que unidos, cual lo estuvieron en vida, reposan ya hechos cenizas bajo las bóvedas de la Capilla Real de Granada?..... La Historia es justiciera; y aunque Isabel, modelo de esposas, quiso dormir después de la muerte al lado del "Rey su Señor," la posteridad viene separándolos, y día lucirá en que sólo viva, de los dos nombres, el de ella.

Esto no quiere decir, en manera alguna, que desconozcamos hoy día el valor de D- Fernando ni que

le neguemos todo mérito; esto quiere decir que junto al Sol pierden el brillo los luceros; pues Isabel eclipsa con su fama la de su esposo, y así también la de cuantas soberanas han existido en la tierra. Las páginas bíblicas ofrecen á cada paso el ejemplo de princesas más ó menos grandes, más ó menos magnánimas; pero la memoria humana no guarda el recuerdo de ninguna que, adunando todas las virtudes y todos los títulos, pueda competir con Isabel, primera en Castilla, primera en los anales del mundo conquistador, batallador y regenerador, y primera, por lo tanto, en la memoria de la posteridad.

1892.

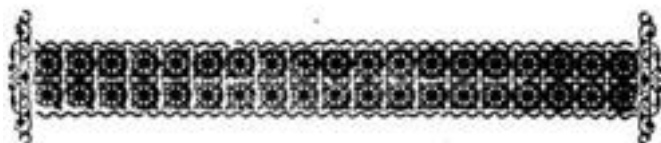




EN EL ÁLBUM DE ANGÉLICA PALMA

ANGÉLICA PALMA! Hermosa combinación que trae á la mente el recuerdo de encantos del cielo y bellezas de la tierra: así como los ángeles son la delicia de las empíreas salas, es la palmera el orgullo de los bosques.

También en las plácidas regiones de la virtud y en los campos de la gloria, tu nombre, ¡oh niña!, suena á bondad y á triunfo; y llevado por ti, la hija predilecta del ilustre y querido *Tradicionista*, tiene armonías de popularidad y perfume de olímpicas guirnaldas. Procura corresponder debidamente al simbolismo de tu nombre, y mantente siempre digna heredera de los talentos de tu padre y de la nobleza de corazón de tu santa madre. De ese modo, brillante estrella guiará tus pasos por el mundo, y á tu lado soplará esa aura purísima que envuelve á los que son grandes y buenos, y entre cuyos pliegues vibran, como notas de una música divina, aplausos y bendiciones.



CARTA ABIERTA

AUSTED, querida Marietta, que en su magnífico libro *«Páginas del Ecuador»* habla con ese entusiasmo que sólo saben sentir las almas privilegiadas del «astro de los pálidos resplandores y de las perdurables tristezas», como le llama Castelar; á usted, que ha dicho:—«No es vano juego de la fantasía aquella ponderación poética de la luna»—; á usted que, con propiedad y galanura sin iguales, ha comparado su tibia claridad «con el impalpable, sutilísimo manto en que se envuelven las hadas de la teutónica leyenda»; á usted, en fin, que tantas simpatías me inspira por su talento, valor y belleza—tres altas cualidades que en usted rivalizan—, dedico mi humilde soneto *A la Luna*. También yo, como usted, hermosa amiga, he podido apreciar la consoladora influencia del rayo de luna que, filtrándose por la estrecha ventanilla de oscura prisión, refresca la frente del encarcelado, cual si sobre ella descendiese benéfica lluvia de celestial rocío; también yo, como usted, he aguardado ansiosa la vista de la nocturna viajera del espacio, que, más amable y constante, más dulce y caritativa que los hombres, llegaba hasta mí, en tanto que, fuera, gruñían su desapacible *¡alerta!* los centinelas mis guardianes...

Y puesto que no pocos puntos de contacto existen entre el carácter de ambas y entre algunas situaciones de nuestra vida, sea esta ligera composición—como quien dice este rayo de luna, este lazo de luz—nuevo vínculo que ligue más y más nuestros corazones; nuevo medio espiritual que nos acerque más, refrendando, robusteciendo la mutua amistad y el afecto recíproco que nos tenemos ofrecidos.



CARTA LITERARIA

Dos obligaciones, á cual más sagrada é imperiosa, guían en este momento mi pluma: el cumplimiento de un deber gratísimo y la satisfacción de una promesa.

Cuanto á lo primero, importa á mi corazón agradecido que con todo el entusiasmo y sinceridad de que es él capaz, le manifieste á usted y por su medio á los distinguidos señores Redactores de LA REVISTA ILUSTRADA, mi profundo reconocimiento por el honor de que se han dignado rodear mi humilde nombre, consagrándome varias bellisimas páginas—las más frescas y perfumadas de mi vida—y dando cabida en una de ellas á mi retrato, en el número de marzo último, con motivo de la velada literario-musical que en mi obsequio celebrara el Ateneo de Lima el 4 de enero próximo pasado.

Al darles esta pública constancia de mi gratitud, tengo en consideración que, habiendo sido público el favor, los lectores de LA REVISTA extrañarían, y con razón sobrada, que yo me hubiese limitado á significarla privadamente, siendo así que hay sentimientos demasiados grandes para no desbordarse en manifestaciones diversas. Sepa, pues, LA REVISTA ILUSTRADA DE NUEVA YORK que á ella debo en mucho mis satisfacciones de ahora, porque ella alentó mis primeros pasos

y estimuló mis santas ambiciones cuando yo, casi desconocida aun en mi propio país, llamé á esas puertas donde se me acogió con cariño, donde se me animó con benévolos aplausos que engendraron en mi alma el ansia de merecerlos. Y si la Gloria me tiene reservado para mañana un laurel, declaro paladina y solemnemente que LA REVISTA ILUSTRADA, en primera línea, me habrá impulsado á conquistarlo. Por lo demás, al ser la primera en celebrar mis modestos triunfos, al hacerlos suyos, ha ejercido un legítimo derecho que con justo orgullo le reconozco, pues de tiempo atrás mi nombre y mi escaso ingenio le pertenecen en un todo.

Quedándome corta en mis anteriores expresiones por el temor de hacerme cansada, paso á lo segundo. Hace meses que me comprometí á enviar á usted algunas correspondencias del Perú; y aunque, la verdad, es cosa bien difícil para cualquiera, no digo para escritores incipientes como yo, colaborar asiduamente en un periódico en el que brillan plumas tan distinguidas como la de la insigne señora Pardo Bazán y la del eminente don Juan Valera, aparte de las muy bien cortadas de notables talentos americanos, el favor que se me ha dispensado solicitando afablemente mi pobre colaboración es de tal naturaleza, que me he decidido á otorgarla. Para ello, ha sido menester que yo deseche mis fundados temores hijos de la incompetencia que en mí reconozco, y que acalle las voces de desconfianza que á porfía han ido surgiendo en mi espíritu. Una vez decidida como lo estoy á honrarme complaciéndolos, réstame, no más, anhelar que la nobleza de los asuntos que procuraré elegir y mi buena voluntad de siempre, puedan suplir la deficiencia de mis aptitudes.

Consecuente con tal propósito, quiero empezar haciendo en esta carta una ligera reseña de los más importantes centros intelectuales con que contamos en la actualidad; los cuales, por dicha, no son pocos, pues las aficiones literarias van cundiendo con asombrosa rapidez entre nosotros; y como el Perú ha sido

en todo tiempo y continúa siendo rico en inteligencias superiores, debemos esperar que el esmerado cultivo de las artes y de las ciencias y la dedicación de la juventud al estudio metódico y razonado, rindan á la postre delicados frutos.

Después de la última guerra de siete años, mejor dicho, después de nuestros cruentos desastres, de nuestras irreparables pérdidas, la nación, al igual de otras cuando se han visto en las mismas desgraciadas circunstancias, busca su rehabilitación moral y su engrandecimiento material en el seno de la paz. Por dolorosísima experiencia ha llegado á adquirir la persuasión de que sin orden no hay ni puede haber progreso; y al presente, sin perderse en el laberinto de las teorías absurdas ó irrealizables, sin acariciar engañosas ilusiones, ni perseguir ideales quiméricos, camina, es cierto que paso á paso, pero de frente, á ocupar el puesto que le está señalado en el rol de los países libres y civilizados. Y como la juventud busca en la ilustración y el saber una inagotable fuente de prosperidad futura, de ahí que por doquiera vayan apareciendo focos de actividad intelectual, que, á pesar de no significar gran cosa para los descreídos y pesimistas, para los ateos—si es permitida la aplicación del vocablo—del progreso universal, importan mucho para el observador juicioso é imparcial, no tocado del escepticismo reinante, por desgracia, en una buena parte de nuestras sociedades, y que viene á ser una como enfermedad de *fin de siglo*, muy semejante á la tibiaza religiosa de que habla Santa Teresa, y que sin el oportuno auxilio de la gracia lleva hasta la incredulidad; una como hipocondría ó murria del espíritu, mucho más incurable y penosa que la física, Y digo que el establecimiento de instituciones de esa índole representa fundadas esperanzas de adelanto, porque de él se deduce esta bella consecuencia: el germen sedicioso, único móvil de nuestra política en el aciago ayer, y causa primordial de las desventuras que hoy lamenta el patriotismo, se va pudriendo, como la simiente de la adelfa bajo la acción de un rocío

constante, y ya no echará raíces en el corazón del pueblo, que en lo sucesivo acaso no se vuelva á ver arrastrado en su miopía moral por caudillos más ó menos utopistas ó desmesuradamente ambiciosos. Los peruanos, salvo pocas excepciones, creo podrán exclamar de lo íntimo de su alma, con el ilustre demagogo español:—«Debemos esperar más de la *evolución* que de la *revolución*.»

Como lo tengo dicho en un artículo que publiqué aquí hace sobre cinco meses, desde que estoy en Lima,—punto céntrico, eminencia dilatada de donde puedo abarcar con la mirada todo el campo de la nación, y contemplar sus mejoras de todo orden,—sólo he tenido motivos de congratularme y sonreír ante un cuadro por mil razones halagador: que en casi todas nuestras ciudades de cierta gerarquía se vienen instalando sociedades bien organizadas y bien dirigidas, de programas elevados, y en cuyo escudo simbólico en enlazan—cual en la insignia franciscana el brazo sacrosanto de Cristo con el venerable del Patriarca de Asís—la pluma del pensador con el plectro del poeta, descansando ambos sobre el Código de la ley y á la sombra del pabellón querido.

En la capital tenemos institutos científicos y literarios que darían honor á cualquier país. Figuran en primera línea la *Academia Correspondiente de la Real Española*, que cuenta, por supuesto, con los más reputados de nuestros escritores y literatos, y que viene á ser la flor y nata de las Corporaciones del Perú en ese orden, y el *Ateneo de Lima*, centro perfectamente constituido, que abriga en su seno todo lo más granado en punto á ilustración y cultura, y al que honran asimismo muchos miembros correspondientes en el extranjero. Posee un soberbio local en los altos de la Biblioteca, edificio del Estado, uno de los más amplios y hermosos de la ciudad, donde también se halla establecida con la comodidad apetecible la floreciente *Sociedad Geográfica*. Lo mismo que en ésta, en el *Ateneo* se trabaja activamente, y prueba de ello son esplíllas éndidas fiestas con que la institución obsequia

muy á menudo á la aristocracia limeña, bajo el modesto nombre de *Veladas*. Y ya que de tales *Veladas* hablo, no pasaré en silencio una noticia que acaba de llegar á mis oídos y que me ha producido verdadera satisfacción: se dice que el Directorio trata de organizar una con el objeto de incorporar á la inteligente y bella señora doña Marietta de Veintemilla, notable heroína ecuatoriana cuyas *Memorias*, dadas á la estampa en 1890 con el título de «*Páginas del Ecuador*», han recorrido ya la América despertando los más encontrados sentimientos, y han activado de tal modo la producción histórico-político-literaria en su patria, que, según expresión de un estimable poeta, Marietta, á sus glorias de guerrera audaz y valerosa, ha añadido la no menos envidiable de poner en ejercicio tantas plumas, tomadas de orín muchas de ellas. Amiga, y muy cariñosa, de la señora de Veintemilla, mi opinión sobre su libro—si yo me atreviese á lanzarla—tal vez pecaría de parcial; mas no he de hacerlo, pues bien sabido me tengo, y no lo olvidaré, que en asuntos de esa clase cabe pasión y litigio, y á la política le viene como de molde aquella profunda cuarteta que dice:

• En este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira •

Pero esto no obsta para que yo alabe como la que más esa galana forma del libro de mi simpática amiga; y así, declaro que es justo, justísimo, que se le abran las doradas puertas de nuestro Areópago, y que se le haga cortés llamada á ocupar el preferente asiento que por mil títulos merece dama tan distinguida y mujer tan interesante.

Seguiré mi tarea de enumeración, honrosamente interrumpida. Después de los centros ya nombrados, sobresalen en Lima el *Círculo Literario*, agrupación de jóvenes entusiastas, ilustrados y talentosos, que tienen por dignísimo presidente vitalicio al renom-

brado escritor y poeta inspirado señor don Manuel Gonzáles Prada, hombre muy prestigioso ya, por sus doctrinas liberales y esencialmente patrióticas, manifestadas en varios soberbios discursos de altísimo mérito literario y en los cuales ha puesto de relieve sus notables dotes organizadoras y sus levantados principios políticos y sociales. La brillante pléyade que le acompaña, le llama «su director y maestro,» y le profesa verdadero afecto mezclado de justa admiración.

Siguen á las ya mencionadas, varias otras asociaciones de carácter más ó menos trascendental, que sería prolijo enumerar. Haré, sin embargo, una notable excepción de la sociedad *Enrique Alvarado*—nombre de un talento malogrado por la muerte en lo más lozano de la edad, y que prestaba grandes esperanzas al país.—Naciente y todo, ya tiene asegurada una próspera vida, y muchos jóvenes de los que la forman, alumnos de la Universidad en su mayor parte, sostienen un bonito semanario, *La Idea*.

Apartemos ahora la mirada de la capital, y dirijámosla hacia otros puntos de la República. Con el poder de la imaginación—¡bendito poder!—surquemos el mar, busquemos vado á los caudalosos ríos, tras-pasemos las cordilleras elevadísimas, separemos la maraña de los bosques, y no nos pesará del esfuerzo, porque ante nuestros ojos surgirán cuadros y perspectivas que nos recreen. Y así es en efecto: sobre Piura, Trujillo, Huaraz y varias otras poblaciones que si no tienen organizados círculos, sostienen en cambio una prensa relativamente ilustrada y cuentan con envidiables elementos para ir muy lejos en el camino del saber, merece especialísima mención Arequipa, «la sultana del Misti», como la llaman los poetas, tan patriota y culta como inteligente y generosa. Su *Club Literario*, que ha reunido el más distinguido personal, no cesa de trabajar prolongando día á día el radio de sus atribuciones; como que ha dado inequívoca muestra de cuánto pueden la unión y la altura de sentimientos puestos al servicio de las sublimes

causas, en las fiestas y certámenes con que se conmemoró el centenario—con que se hizo la apoteosis, para hablar de la manera más propia—del inoivable Melgar, autor de los *yaravies*, esas quejas del alma triste perdida entre las quiebras y pajonales de la sierra.....

Intencionalmente he reservado párrafo especial para la *Bohemia Tacuña*, conjunto de jóvenes distinguidos y por muchos conceptos estimabilísimos, que allá en la Provincia cautiva, en la Alsacia peruana, aligeran el peso de sus cadenas rindiendo ferviente culto al Pensamiento. A diferencia de las hijas de Sión, que colgaron sus arpas de los sauces babilónicos mientras acrecentaban con los raudales de su llanto las cristalinas corrientes del Eufrates, los bardos peruanos de aquellas comarcas pulsan sus liras, y brotan de ellas sonos, ya enérgicos como el patriotismo aunque infortunado viril, ya profundamente graves como los mugidos del océano que los escucha..... Figuran en la *Bohemia* algunos escritores y poetas de justo renombre, de quienes me he de ocupar con detención en el curso de estas correspondencias, y sus miembros publican semanalmente un periódico de cortas dimensiones que responde á los ideales de la redacción y que se llama, con entera propiedad, *El Progresista*.

Aquí pondría punto final á la presente carta, escrita á vuelo pluma, si no se me hiciera cargo de conciencia el no ofrecer á los lectores alguna reparación por los errores y faltas que en ella se habrán, seguramente, deslizado. Para que éstos me sean perdonados, ahí va, á guisa de desagravio, una linda tradición escrita expresamente para LA REVISTA, á instancias mías—y perdóneseme este rasgo de satisfacción—por mi ilustre compatriota don Ricardo Palma, sobre quien me voy á permitir escribir algunas líneas antes de cerrar esta carta, tal vez ya demasiado larga.

Desgraciadamente, entre nosotros los sud-americanos, el literato no puede vivir de sus obras, porque aquí se lee poco y el interés político, por mejor decir

partidista, absorbe casi por completo la pública atención. Por fuerza, pues, el escritor todavía tiene que distraer su precioso tiempo en labores muchas veces diametralmente opuestas á las inclinaciones de su espíritu; el poeta se ve aún obligado á bajar del cielo de las inspiraciones al raso en que se agitan el gacetillero ó el corrector de pruebas; y, con raras excepciones, sólo puede alardear de fecundo el autor tan rico en doblones como en ingenio. De ahí que sean poco ó nada conocidos muchos grandes talentos de nuestra privilegiada raza; de ahí que nos miremos con indiferencia cuando no con incalificable desdén, prefiriendo la *aralanca* de libros europeos que invaden vapor tras vapor nuestras costas, y entre los cuales, fuera, por supuesto, de algunas obras dignas de admirativo aprecio y que relativamente son bien pocas, nos llegan vulgaridades apenas tolerables casi siempre, y aun sartas de desatinos de vez en cuando.

De los escritores peruanos, que han sido estimabilísimos de antiguo, ni antes de ahora ha habido ni en los tiempos que corremos hay muchos que gocen de nombradía continental, siendo así que en ninguna época hemos carecido de inteligencias superiores. Excluyendo á Vigil como pensador y á Pardo y á Althaus como poetas, si el prestigio de uno que otro escritor peruano ha traspasado los lindes del solar natío, ello habrá sido gracias á la prolijidad y ascendrado americanismo de algunos coleccionistas que, como el esclarecido chileno Cortez, tuvieron la dignación de formar tomos, salvando así del olvido tantas hojas que rodaban dispersas en las columnas de efímeras publicaciones, donde acaso fueron *admitidas* cuando la falta de material amenazaba con un retraso la salida de insulsos artículos de bandería. Nuestro mismo inmortal Salaverry, apenas si es conocido de oídas en los países vecinos, sin haber sido parte á sacarle de entre la niebla de lo ignorado, ni su numen fecundo y brillante, ni su extraordinario talento dramático, ni sus mil otras dotes intelectuales, que hacían de él un prodigio.

Pero don Ricardo Palma, debido sin duda al género de sus obras, á su chispeante estilo, á esa peculiarísima sal en que es tan rico su tintero, ha logrado ya renombre universal y sólido, pues sus producciones, transcritas en todos los periódicos importantes de América y España, también han tenido traductores á diversos idiomas. Todas las sociedades literarias del país le cuentan entre sus miembros, lo mismo que muchas extranjeras, comenzando por la *Real Academia de la Lengua*, y aquí se le llama el *Patriarca*, por antonomasia, entre la gente del gremio. Decía yo que atribuyo al género de sus obras, sobre todo, la popularidad de Palma y esas generales simpatías que se le profesan dentro y fuera del país, porque creo sin temor de equivocarme que no es él el único digno de común aplauso en la falange de prosadores y poetas peruanos; pero sí declaro que el carácter de sus escritos ha dado alas á su nombre para que pueda volar victorioso á favor de todos los vientos. Como lo tengo estampado en un trabajo inédito aun —disintiendo enteramente del parecer de don Julio Bañados Espinoza, notable publicista chileno, que en su ligero juicio crítico «Ricardo Palma», en el que encomia los talentos del eminente autor de *Un libro excomulgado*, niega á la tradición el interés y la poesía, sobre todo la poesía, que envuelven siempre lo lejano y lo desconocido, y que atrae y conmueve el ánimo de manera poderosa,—los relatos, ora auténticos, ora imaginarios, que Palma ha cristianado con el óleo literario, llevan á muchas obras del ingenio la ventaja de excitar la fantasía del pueblo y de halagar, agradándoles, tanto al hombre culto que comprende y aquilata las bellezas del bien decir, como al vulgo, que no ve en la forma sino en el fino chiste, y en el fondo la palpitante narración de episodios que arrojan luz sobre la historia pública ó privada, íntima á veces, de sus antepasados; historia vinculada por más de un punto con la de su patria y con la de toda la humanidad también.

Terminaré esta ya cansada carta diciendo que *La*

Ilustración Artística de Barcelona, España, prepara actualmente una primorosa edición ilustrada de las tradiciones de Palma, para obsequiar con ella, en calidad de prima, á sus suscritores. Entre los grabados que se intercalarán en el texto, figuran retratos de personajes célebres del período colonial, tipos populares, en que Lima ha sido tan rica, vistas de lugares notables, procesiones, cuadrillas de danzantes á la usanza de aquellos remotos días. etc., etc. Y lo más interesante en ese álbum de queridas antiguallas, olientes á moño como las galas de la abuela que descansan en el fondo del arrinconado arcón de cedro y vaqueta, será la limeña de antaño, tan donairosa como la de ogaño, luciendo su legendario traje llamado *saya* y *manto* ó su angosto *faldellín* del mejor raso de Castilla.....

1892.





A MODO DE CRÍTICA (*)

UREO, por mejor decir siento, que el verso asonante es el más dulce y delicado de los versos, cuando es bueno; me gusta mucho más un bello romance, sobre todo si es heroico, ó mixto de en decasílabos con eptasílabos, que todas las demás rimas de nuestra armoniosa lengua, excepción hecha, por supuesto, del rey de la poesía, el inmortal soneto, *áurea copa en que bebe el rate la linfa de Castilla*, como dice el siempre inspirado Lloná; tiene tan indefinible vagaroso encanto á mi oído la suave y delicada música del asonante, que algunas veces me parece fuerte, duro, hasta chillón el consonante: me hace el efecto de los colores muy subidos, de esos colores resaltantes que seducen á las señoras cursis, y que son desdeñados por la elegancia femenina, la cual otorga el cetro de su predilección á los colores pálidos, desmayados, casi etéreos.... Y aquí recuerdo las gráficas palabras de un amigo mío, persona de probado buen gusto en materias literarias, quien, al manifestarle yo la opinión que más arriba expreso, me contestó una vez:—«Tiene usted razón! El consonante es el *tan-tan* que ha menester el bailarín chambón para mover los pies: el asonante es el ligero compás que marca apenas los movimientos de la danza y que basta, no obstante, para los hábiles discípulos de Terp-

(*) Con motivo de la bella poesía *Delirium Tremens* del Sr. J. Federico Barreto.

sícore. Este es, seguramente, el motivo porque no aprecia las bellezas del romance el vulgo de los lectores.*

Pero veo que, entrando en apreciaciones si no importunas por lo menos inoficiosas, voy gastando el tiempo que debería emplear tan sólo en aplaudir *Delirium Tremens*, puesto que con ese objeto he tomado la pluma.

Muy hermosa me ha parecido la citada producción. Al comenzar á leerla, vinieron á mi mente, como evocados por un conjuro—y sin explicarme el por qué, pues no hay mucha relación en el tema—aquellos notables versos de Manuel Reina, *Una noche en el Tortóni*, que principian:

* El café resplandece. Besos de oro
la luz de las artísticas lucernas
da en mármoles, espejos, porcelanas
y en las brillantes copas de bohemia.

Las cristalinas notas del piano
en la cálida atmósfera se besan
con los chasquidos de las blancas bolas
y el rumor de la alegre concurrencia.

Todo es placer. Abandonado y solo,
en medio del bullicio está el poeta,
buscando del licor en la onda amarga
olvido á su pesar, tumba á sus penas.*

El mismo sabor de las sublimes estrofas anteriores—que cito de memoria y que tal vez he alterado en algo—encuentro en la composición *Delirium Tremens*, y para mí eso es mucho, pues tengo á Reina por un gran poeta.

Bastante fluidez, bastante naturalidad, bastante galanura se halla en la poesía que examino; tiene endecasílabos bellísimos, llenos, armoniosos, y algunos tan poéticos, que parecen girones de la veste de Apo-

lo. Para que no se crean hiperbólicas mis alabanzas, voy á permitirne hacer una que otra cita. Hélas aquí.

•En las noches sombrías del Invierno
cuando parece un panteón la Tierra
y hay frío, mucho frío en las cabañas
y nieve, mucha nieve en las aceras,
¿quién da calor, decidme, á los mendigos
que gimen en los quicios de las puertas
con el pecho desnudo
y cubierta de escarcha la cabeza?»

Dignos de un verdadero poeta son estos versos, que van desenvolviéndose como una pieza de raso y conmoviendo hondamente el corazón.

También me parecen soberbios los que siguen, dirigidos á la ginebra como quien apostrofa á la mismísima ambrosía de Hebe, siendo así que sus virtudes, valgan verdades, no son superiores á las del famoso bálsamo del *Feo Blas*, que tantos estragos hizo en el fuerte estómago de aquel infeliz Sancho del poema cervantesco, por más que cierta laya de Quijotes—¡tristes Quijotes!—que llamaríamos *de la copa*, si cabe el símil, les atribuyan las más portentosas:

•Salve! Tú tienes el poder grandioso
de alentar al soldado en la pelea
y de darle coraje y darle empuje
para morir al pie de su bandera.
Tú al peregrino de este mundo loco
brío y valor le prestas
y cuando, lleno el corazón de tedio,
inclina sobre el pecho la cabeza
y alza el puñal sangriento del suicida
para apagar la luz de su existencia,
tú, licor de los dioses,
tú, licor de los sabios y poetas,
viertes sobre él el bálsamo divino
de la embriaguez que inspira y que recrea!»

Confieso que no todos los versos de la anterior estancia me parecen igualmente bellos; pero sí son bellísimos en su mayor parte. El adjetivo *sangriento*, aplicado al puñal que no ha alcanzado á herir, no diré que sea enteramente impropio; pero me habría gustado que se hubiese reemplazado poniendo en su lugar otra palabra y cuidando, eso sí, de que tuviera ésta la misma energía que aquél.

Esto es notable, y me duele la asonancia que hay en el segundo verso y que le quita en mucho su armonía;

• tú electrizas las almas,
coronas de centellas las cabezas
y haces brotar de las sonoras arpas,
como bandada de aves vocingleras,
los cuartetos flamantes
y las silvas robustas y opulentas!•

No pertenezco al número de los *enemigos personales* del adjetivo; antes bien, creo que proscribiéndolo con el rigor que aquéllos piden, con el rigor *valbueniano*, la poesía resultara pobre, descarnada: por ello no critico el último de los versos arriba apuntados.

• que el corazón se ensancha entre mi pecho
y que me corre lava entre las venas!•

son endecasílabos que en cualquiera composición castellana brillarían como diamantes finísimos; sobre todo cambiando en *por* la preposición *entre* del segundo: y esto sólo á fin de evitar la repetición que, como no es en este caso un defecto y más bien puede ser cuestión de gustos, quizás ha sido intencional y meditada.

•Yo siento que tu savia generosa
me anima y me consuela;
que ella es la vida de la vida mía,
que ella hasta Dios me eleva,
que ella hasta Dios me empuja,

(este verso me parece inútil después del muy expresivo anterior, y podría ser tachado como ripio por un crítico severo)

y que ella, en fin, alumbra mi cabeza
cuando lleno de encono ó de ternura
empuño entre mis manos altaneras
la lira patria de González Prada
y la guzla romántica de Selgas!"

Yo habría puesto *o* en lugar de *y* (acaso es errata) (*) á este verso delicado como última espirante vibración de un laúd medioeval pulsado bajo la almena por enamorado trovador. Este admirable y poético verso no es diamante, no tiene las irradiaciones de la piedra herida en sus facetas por el rayo solar: es perla de oriente inmejorable vista á la luz de la luna, perla que figuraría dignamente en el collar de las Musas.

* Quisiera, como un último consuelo,
morir ahogado por tu dulce esencia
como murieron, en mejores días,
Edgardo Poe, Byron y Espronceda.

* Dadme ginebral... Quiero cobrar bríos
para entrar otra vez en la pelea
y aplastar bajo el peso de mi mano
á la turba funesta
que apostada en mitad de mi camino
se retuerce envidiosa y altanera
é intenta detener con torpes vallas
el carro de anchas ruedas
en que yo, como un dios de origen griego,
voy á galope al templo de Minerva."

Muy bueno! Estos tres últimos versos son gráficos, admirables.

(*) Después de publicada esta crítica, he sabido que efectivamente era errata la *y* en lugar de la *o*.

• Dadme ginebra! Quiero alzar el vuelo
á la región etérea,
y reirme del mundo y sus falsías
y reirme del cielo y sus promesas!•

Estas blasfemas imprecaciones son, por desgracia, muy naturales, muy propias en boca de un hombre ebrio y desesperado, en boca de un vicioso incorregible; porque el ser encenagado en la infamia, el ser envuelto entre los harapos de espantosa miseria moral, deja de pertenecer al número de los escépticos y descreídos para formar en las filas de los impíos y de los ateos: la degradación lo borra todo, hasta la consoladora noción de una sabia y misericordiosa Providencia! Desventurados! Como al hijo pródigo de la parábola evangélica, no les queda á esos infelices más recurso que pastar puercos y dormir, no ya como aquél á la intemperie, sino á la sombra deletérea del árbol de la depravación. Y ¡ay de ellos si no convierten la llorosa mirada al techo paterno! ¡Ay de ellos si con lágrimas de arrepentimiento sincero y firme propósito de enmienda no piden á la sociedad — donde siempre habrá corazones nobles que les preparen el festín — les devuelva el patrimonio de su aprecio!

• Á reir! á beber! Es necesario
despreciar la existencia,
que todas sus venturas y esperanzas
y todos sus encantos y grandezas
no valen ¡vive el cielo!
lo que vale esta copa de ginebra!
.....

Calló el poeta. Una muchacha hermosa
de ojos de fuego y blonda cabellera
se le acercó con aire enternecido
y le besó la frente y la cabeza.
Después... siguió la orgía,
entre cantares, gritos y blasfemias!•

La conclusión, por la sobria á la vez que completa; por lo sencilla á la par que enérgica, nada deja que desear: tiene, á mi entender, todo el valor de una triste, sarcástica carcajada; encierra, á mi modo de ver, toda la amargura, toda la hiel de compasiva interjección velada por una sonrisa de ironía.

Resumiendo: fuera de dos ó tres versos que encuentro mal acentuados y que en nada afectan la belleza del conjunto, como no desfiguran el rostro de la hermosa los diminutos lunares, que muchos hallan graciosos, toda la composición, como forma, me parece irreprochable. Como fondo, puede que algunos la crean himno ditirámico propio de un sacerdote que «coronado de pámpanos y hiedra» ofreciese sacrificios al dios del vino, y tomándola por tal, la tilden de desmoralizadora: peor para ellos; pues al través de la copa de ginebra, se transparenta una alma desgarrada en mil sangrientos girones, y á la luz infernal de los blandones de la orgía, se ve un cuadro que no puede menos que llenar de horror los corazones honrados.

Para acabar, no dejaré de decir una cosa que me ocurre: con tanta maestría ha escrito el autor su *Delirium tremens*, que me asalta un temor: tal vez no pocos lectores se habrán imaginado que él ha sido alguna vez—lo digo como un encomio, á despecho de la repugnancia que me inspira el vocablo y sólo en gracia de la propiedad—borracho. Mas los que no podemos abrigar tal sospecha, tendremos mayor razón para admirar y aplaudir á quien así adivina y describe las regiones de la embriaguez, esas oscuras regiones que deben de estar llenas de sombras, sin más fulgores que los siniestros y azulados del relámpago en las noches de tormenta....

1892.





DISCURSO DE INCORPORACIÓN

EN EL ATENEO DE LIMA

ALTAMENTE favorecida por el brillante centro intelectual peruano que se denomina ATENEO DE LIMA con el nombramiento de su socia activa, hallábame obligada á incorporarme en él con la solemnidad de estilo, escalando, como trémula de emoción y gratitud acabo de hacerlo, esta honrosísima tribuna, adonde sólo ha subido antes de ahora el verdadero mérito, guiado por los amables genios de la modestia y la dignidad. Desde aquí, he de dirigirme á vosotros, mis amigos siempre y mis colegas ya; á la deslumbradora sociedad en estos salones reunida; y, de una manera especial, á las mujeres hispano-americanas, adorables compatriotas mías. Antes de resolverme á ello, en vez de consultar con mi cabeza, he puesto la mano sobre mi pecho, y sus latidos me han dado un SI enérgico é irresistible: ya sé que para hablar con las personas de mi sexo y de mi raza, sólo he menester el lenguaje del sentimiento y la fraternidad.

Para vosotras, pues, he escrito de modo particular,

¡oh preciosas hijas del suelo latino-americano, risueñas ninfas de sus encantados bosques, dulces sirenas de sus tranquilos mares! Para vosotras, que ostentáis en el alma, límpida y transparente como su incomparable cielo, tesoros de ternura mayores que guardan sus montañas, más primorosas flores de virtud que lucen sus jardines tropicales; para vosotras, cuya cuna mecieron á porfía los vientos helados de nuestras altas sierras y las balsámicas brisas de nuestros hondos valles; para vosotras, cuyos sueños infantiles arrullaron en concierto el ronco mugir de dos océanos y los mitológicos rumores de mil virgíneas selvas! Y puesto que para vosotras he escrito, escuchadme propicias; no me pidáis sabios consejos; no exijáis de mí erudición profunda: ni mi corta edad ni mis escasas dotes los consienten. Mas si llamáis á mi corazón, por quedo que llaméis, él os responderá.

Que estiméis mis palabras, que otorguéis el último lugar de vuestra memoria á alguna de mis frases y que me honréis con el dulce título de amiga, es todo lo que os pido. Si me complacéis habré recibido una recompensa superior á mis esfuerzos y me juzgaré dichosa.



La Literatura en la Mujer

Los partidarios intransigentes de la rueca y de la aguja, que se fijen en un libro cualquiera de Fernán Caballero; que se dignen leer una escena de *Donso Munio* ó un capítulo de la *Silpea*.

(S. Catalina, *La Mujer*).

El alma de la mujer, delicada y sensible, retrata, cual si fuera bruñido espejo, la imagen divina del arte, sin dejar olvidados ni el más menudo pliegue de su manto, ni el más débil rayo de su brillante nimbo. Como hay en el hombre aptitudes para las investigaciones científicas, hay extraordinaria idoneidad en la mujer para entregarse á las estéticas lucubraciones del arte, y si bien el poder de su inteligencia en un todo semejante á la de aquél, alcanza á abarcar ambos, en el asiduo cultivo del segundo es donde ella haría prodigiosos adelantos, que acaso dejarían muy atrás los triunfos de su compañero en tan vasto campo; porque, accesible á lo grande, á lo noble, á lo sublime, cuenta, además, con esa sensibilidad y ternura en que abunda su carácter.

Como no es ni puede ser hoy mi ánimo buscar á la mujer en todas las fases de la humana historia, callaré sus merecimientos como hábiles mandatarias,

valerosas guerreras é insignes personalidades en la vida política y religiosa de los pueblos. Por consiguiente, no tocaré sino de paso los nombres de Semíramis, la famosa fundadora de Babilonia; de Artemisa, cuya heroicidad en su renombrada expedición contra los griegos dió lugar á que se dijese *que en el campo de Salamina los hombres se condujeron como mujeres y las mujeres como hombres*; de Judit, la salvadora de Betulia; de la *Doncella de Orleans*, en fin, que ya en nuestra era, arrojó de su patria las huestes enemigas. Tampoco me detendré en recomendar la memoria de las Berenguelas y Blancas de Castilla; y me contentaré con bendecir el recuerdo de esa dama grande entre las grandes, Isabel la Católica, codescubridora del Nuevo Mundo. Para conocer á las mujeres notables de todas las épocas, allí está la Historia, allí están, más concretamente, los Diccionarios Biográficos Femeninos, las Galerías de Mujeres Célebres.

Lo repito, no siendo mi intención buscar á la mujer sino por el lado de la literatura, á él debo contraerme.

Es, en verdad, lamentable que antiguamente la ignorancia de los pueblos opusiera funestas preocupaciones, escrúpulos infundados, temores sin motivo, como otros tantos atajos, al genio de la mujer, y la obligara á inclinar su frente que propendía á levantarse, ansiosa de copiar las imponderables bellezas del firmamento; razón por la cual, harto pocas, con resolución inquebrantable y profunda fe en los comunes y elevados destinos de la humanidad, lograron destacarse sobre las multitudes, fabricándose, merced á sus propios gigantescos esfuerzos, un pedestal sobre que mostrarse á las generaciones posteriores, para señalarles, como faros benditos en medio de revueltos mares, la ruta que debían seguir.

Ni eran estos los únicos obstáculos alzados en el camino de la mujer: también el hombre, deseando tornarse de su compañero en su señor, le niega el paso á las regiones donde se solaza el espíritu, y presa de criminal egoísmo, penetra en ellas solo, cerrando

tras sí la puerta. Pero la mujer, que las más veces vuelve resignada á esconder su vergüenza y su dolor en los rincones de un hogar que casi no puede llamar suyo, á verter su llanto sobre la tosca labor, á arrastrar, en suina, tristemente su existencia, salta otras indignada, resuelta, valerosa, y haciendo mil pedazos, sin más armas que sus finas manos, los cerrojos que la entrada al paraíso le vedaban, llega á él, se enamora de sus encantos, y ora coge el pincel para copiarlos, ora remeda los trinos de las aves; ora, en fin, descolgando de alguna rama una lira, se pone á pulsarla con arte y maestría.... Mas á poco llegaban á sus oídos la protesta del hombre, que le pedía cuenta sobre la profanación de ese santuario que estimaba sólo suyo, y el clamoreo del vulgo, que, ó torpe ó envidioso, la befaba y escarnecía desde afuera.—"Inclínese norabuena la mujer á todo—dijeron al convencerse de que era imposible cortar el vuelo de su espíritu y poner trabas á sus poderosas y nobles propensiones—; pero no se haga escritora; renuncie á la literatura como al más repugnante de los vicios"—. Por consiguiente, se le negó toda voz autorizada, toda frase á los demás; cuando mucho, se le permitió cantar á las fuentes y á los prados; de suerte que la mujer—al modo de la filomena en la enramada, que apenas oye un leve rumor se impone silencio y valse—expresaba escondida sus sentimientos, en tono elegíaco, plañidero, casi siempre; ¿qué mucho, si su situación la tenía esclavizada, oprimida, sujeta á despótico yugo? Y así humillada, abatida la más bella mitad del humano linaje, siguió largo tiempo caminando á tientas en medio de espantosa oscuridad; ¡y cuántas veces, necesitando lazarillo como el ciego, se apoyó en brazos péfidos que la empujaron al abismo gozándose en su desesperación!

Para inspirarle aversión hacia el saber, y señaladamente hacia la literatura, no se perdonaron medios. Por mostrarle tan pura y cristalina fuente de goces inefables como fétida laguna de aguas estancadas, se inventaron mil repugnantes anécdotas, tendentes to-

das á desacreditar los nombres de poetisas y escritoras que aparecían de tarde en tarde entre la masa grosera de los pueblos. En su incansable afán de despresfigio, se echaron á buscar tipos antipáticos en demasia, y hasta vistieron de ridículas ropillas á las ilustres mujeres de la antigüedad. Sienten algunos historiadores—y no es improbable—que la Safo mitilinesa, la inmortal poetisa imitada por Horacio, la *décima Musa* de los griegos, haya sido confundida en la dilatada serie de los tiempos — quizás intencionalmente en un principio—con la Safo cortesana de Ereso, cuyos vicios se exageraron, cuyas licenciosas costumbres se ponderaron al efecto, acaso más de lo justo. Aun á la inspirada Corina, émula feliz de Píndaro, su vencedora en los concursos poéticos, donde por cinco veces le arrebató el laurel para ornar sus negras trenzas, ya la vituperaban unos, ya achacaban otros á su extraordinaria hermosura sus triunfos, ya por último, no pocos se atrevieron posteriormente á negar su existencia, á declarar la apócrifa! (1) Por fortuna, á despecho del espíritu de egoísmo que se empeñaba en afirmar la doble incapacidad moral é intelectual de la mujer, monumentos quedaron para eternizar su gloria.

Tarea inaccesible á mis fuerzas, amén de inoportuna ahora, sería la de seguir enumerando una á una las mujeres que, habiendo acertado á descubrir gran talento en aquellos siglos de relativa ignorancia, fueron víctimas de verdadera persecución y se vieron acosadas por incalculables sufrimientos; básteme decir que corrieron la misma suerte que las tempranas rosas en el campo: el viento de las preocupaciones las deshojó y apenas uno que otro marchito pétalo, fragante aún y suficiente á perfumar la ráfaga toda, ha llegado hasta nosotros, arrastrado por esa misma devastadora corriente. El nombre de las ilustres poetisas y escritoras antiguas, por más que bien poco conozcamos de ellas, es adornó y esmalte de su época.

(1) Cautó, "Historia Universal".

No obstante que en nuestros días las luces, difundiéndose con maravillosa profusión, han iluminado ya el mundo entero, los fantasmas han huído y la mujer sonríe dulcemente al persuadirse de que por vanas sombras se dejó asustar, como la odiosa tiranía aun no ha desaparecido del todo y quedan de ella rezagos, no faltan quienes intenten ponerle miedo, improvisando, ni más ni menos que el labrador peleles, espantajos ridículos en medio de la senda y á la claridad diurna; consiguiendo muchas veces arredrar á la de poco espíritu ó carácter tímido y pusilánime. Esas figuras enseñan casi siempre la máscara horrible de la crítica baja y mordaz. ¡Cuántas finas cuartillas, llenas de hermosos pensamientos, no habrán sido rasgadas por la misma pulcra mano que los trazara, á la sola vista de los colmillos y de las negras fauces del monstruo!.....

Ni escasean tampoco hombres que, con mengua propia—no de la civilización, á la que no debe hacerse solidaria de tamaño desatino—repitan la maliciosa contestación dada por el Capitán del siglo á Mad. Staël, y se empeñan en concederle una importancia axiomática, un valor archisentencioso que no tuvo nunca: el grande hombre sólo se propuso castigar la vanidad en que rebosaba la pregunta de la notabilísima mujer. Pero que así no fuera; ya que tanto respeto les inspiran las frases napoleónicas, no deben olvidar otra, en que mostró Napoleón ser el primer admirador de la insigne escritora: recuerden que en un raptó de entusiasmo supo exclamar: — «Esta mujer es mucho hombre!» — palabras mas dignas que aquéllas de eterna celebridad, así por la bella novedad de la expresión como por su lato significado.

Como decíamos—cumple repetirlo—, ya han cambiado tanto las costumbres, se han ensanchado de tal modo las sociedades, viene extendiéndose de tan rápida manera la ilustración, que la mujer, por punto general, ha cesado de ser la oscura sierva, la sumisa esclava de ayer. Antes se le vedaba, si no el pensar, á lo menos el manifestar su pensamiento, y hasta

¡horror de los horrores! se la confundía con el bruto, prefesándose la tosca idea de que su alma, infinitamente inferior á la del hombre, sucumbía junto con la materia: así se le negaba hasta el derecho á los goces espirituales de ultratumba, se le quitaba, con su esperanza, el único alivio poderoso á hacer llevaderos sus males vitalicios. Pero en el día, lejos de ser rechazada, encuentra á su paso la mujer nobles corazonas que acrecienten su entusiasmo, robustos brazos que le brinden apoyo, varoniles manos que la aplaudan; y puesto que casi han desaparecido los inconvenientes y la marcada oposición que de espinas llenaban su sendero, de ella sola depende ganarse lauros y rodear de honor su nombre, ó perderse para siempre en las penumbras del olvido. ¡Raro prodigio de la civilización, en el cual toca la mayor gloria al Cristianismo, á la sublime religión del amor y la igualdad, á la que produjo, aun fuera del mundo, en la estrechez y soledad de la clausura, las Teresas de Jesús, las Marías de Agreda, las Ineses de la Cruz y otros cien privilegiados ingenios femeniles, arrogantes flores del rosal monástico, llamadas á impregnar de celestial aroma sus tiempos y los venideros, y cuyas obras gala son y prez en la biblioteca del sabio profano como en la del místico!

Y en la época actual, en nuestro siglo, que es la edad de oro del genio, donde así caben las más atrevidas conquistas de la ciencia, como los más refinados progresos del arte, ¿cuál es el papel de la mujer en el terreno de la literatura? Sin ir á buscarla allende los mares, sin elevarme hasta Emilia Pardo Bazán, el águila de los espacios intelectuales, ni hasta Carolina Coronado, la más fúlgida estrella del horizonte poético, separadas de nosotros por el tormentoso Atlántico, si bien unidas por los lazos de la sangre y el idioma, os diré, señores, que aquí, en nuestra joven América, bajo la sombra de los cocoteros y al calor de los andinos volcanes, hemos visto nacer y desarrollarse sorprendentes talentos en el bello sexo. Como no me es posible fatigar vuestra atención so-

brado amable, no hablaré de todas las mujeres que han descollado en nuestros países en el cultivo de las letras, no me referiré particularmente sino á dos: á la ilustre anciana Juana Manuela Gorriti, que en el crepúsculo de su vida sigue asombrando al mundo con la fecundidad de ese genio que ha sabido convertir en un laurel cada dolor del alma—según la galana expresión de nuestro inspirado Amézaga—, y quien encantó en ya lejano día al público limeño desde la misma tribuna que tengo la dicha de ocupar en este momento, y á Gertrudis Gómez de Avellaneda, la más grande y glorificada de nuestras poetisas. ¿Quién no conoce á esta insigne cantora? Nacida en esa isla gentil llamada por Grilo «la Jerusalén del mar» y á la que José Joaquín Palma nombra «del mar adorada esposa», recorrió el mundo hollando flores, aspirando el incienso del aplauso y escuchando por doquiera salvas de fervientes vítores; y aun después de muerta ella, apagado ya ese foco de vívida luz que llevaba en la frente, su lira rota descansa sobre palmas, y es lozano lauredal lo que señala su sepultura. Sus versos derramarían entusiasmo y despertarían ambición en un corazón de mármol; pues nadie acaso mejor que ella comprendió la eternidad de la gloria, tan calumniada de precaria, cuando dijo en su canto EL GENIO:

La gloria de Marón el orbe llena;
aun suspiramos con Petrarca amante;
aun vive Milton, y su voz resuena
en su querube armado de diamante;
rasgando nubes de los tiempos, truena
el rudo verso del terrible Dante;
y desde el Pónto hasta el confin ibero,
el son retumba del clarín de Homero.

Parece que al escribir así, la inmortal Avellaneda hubiese entrevisto las inmarcesibles coronas que le guardaba el porvenir, y que se hubiese propuesto alentar con tan halagadoras promesas á quienes adoren los mismos ideales suyos.

Temerario sería exigir que todas las mujeres de cierta condición social se dedicasen á la carrera literaria, convirtiéndose en escritoras de oficio: no digo exigirlo, pensarlo solamente, envolvería tamaña necedad; pues ni todas tienen la inclinación grande, profunda, que el estudio ha menester, ni en todas hay las aptitudes y dotes indispensables, ni todas, en fin, pueden consagrar su vida entera al trabajo intelectual; pero no lo es el aconsejarles que la cultiven, siquiera como cultivan la música y el dibujo; no lo es el desearles gusto y amor por ella. De ese modo, aun cuando por sí nada produzcan, encontrarán goce comprendiendo é interpretando lo producido por otros: si para el sordo son iguales, ó mejor dicho no son nada todos los sonidos, si para el ciego son idénticos, son la lóbreguez misma, todos los colores, no habrá cosa bella para el que desconozca la belleza.

En muchas de nuestras ciudades—sobre todo en las que carecen de teatros y paseos públicos—suelen reunirse las familias amigas en tertulia semanal, y ora se entregan á los gratísimos ejercicios de la música y el baile; ora á la charla, casi siempre insustancial y más que todo, casi siempre no muy santa; ora, mientras las señoras conversan monótonamente en un ángulo del salón, las señoritas se entretienen en tediosas laborcicas á la vuelta de la mesa. ¿No sería mejor preferir á alguna de estas ocupaciones—que tales deben llamarse, antes que diversiones,—ó al menos entreverar con ellas, una que otra reunioncilla literaria, donde se lean y reciten, alternándose con piezas de música, escogidas obras de mérito; donde se conozca y haga familiares á los grandes escritores é insignes poetas; donde se descubran pequeños trabajos inéditos, que no han de faltar; donde, en suma, se vaya formando el gusto y cobrando alas que quizá más tarde puedan llevar alto, muy alto, el nombre de su dueño? Tal vez me equivoque al pensarlo; pero yo creo que á todos los entretenimientos debiera anteponerse éste, tan dulce como provechoso; porque sucede con frecuencia que si hoy se da un paso con

dificultad, siendo florido el camino, mañana se darán dos fácilmente; y así, progresando con rapidez, llegarán á recorrerse grandes extensiones? Quién negará que la crisálida de hoy tiene que ser la brillante multicolora mariposa que mañana atraviese los jardines en raudo vuelo, libando miel en el cáliz de las flores?.....

Entre nosotros, sólo en los grandes centros, y eso no en todos, ven la luz periódicos meramente literarios; porque, afectos como somos por lo general á la política, ocioso es decir que casi todas nuestras publicaciones no tienen otro principio ni otro fin que encomiar á sus respectivos ídolos. ¡Cuánto bien no harían y cuán benévolamente no serían acogidos en nuestras sociedades los periódicos amenos y recreativos, solaz del espíritu fatigado en mil luchas, oasis de reposo en medio del arenal! Segura estoy de lo bien recibidos que, no cabe dudarlo, serían, y de que aumentaría notablemente el entusiasmo de sus fundadores—entre los cuales descollarían bellos nombres femeninos—, y por poco que adelantarán, algo ganarían en ilustración y cultura con tan delicado ejercicio, moderada gimnasia de la inteligencia. A buen seguro que más de lo que ganan con fútiles pasatiempos y frívolas conversaciones.

Yo me tomo la libertad de invitar á mis queridas compatriotas á que tributen culto á las bellas letras, sea organizando pequeños círculos donde ensayar sus fuerzas, sea fundando amenas publicaciones con el propio objeto. Bien merece esa deidad que se le formen sectas, y se le erijan templos y se le consagren oraciones, y ojalá mi voz, desautorizada pero llena de buena intención, hallara resonancia en el pecho de todas.

Cuanto á las bien dotadas que descuidan el precioso cultivo de las buenas letras, ¿qué decir? Son como el avaro, que ni goza ni deja gozar de su tesoro: de nada le vale poseer riquezas á quien viste un traje hecho guñapos y come tan pobremente como el último de sus siervos. Mujeres hay en nuestra raza cuya

imaginación, unida á las prendas del alma, serían parte á engrandecerlas, engrandeciendo á la Patria común, con su dedicación á los estudios; mujeres que elevarían hasta lo infinito los ejemplares de egregias escritoras y dulces poetisas. Desgraciadamente, su exagerada modestia ó la timidez de su carácter unas veces, el temor á la crítica otras, la falta de estímulo muchas, son otras tantas fatales rémoras, que plegue á Dios desaparezcan pronto: importa ya que la mujer se sobreponga á todas las dificultades; que rompa ya las ligaduras que le estorban lucir su majestuoso andar, su regio talante; en una palabra, es menester que siga ya el digno ejemplo, que aproveche las hermosas lecciones de las que, respetando las aspiraciones del alma, han honrado y siguen honrando con su valioso concurso nuestra joven literatura. Sí, las que poseen aptitudes, no deben contrariar tan noble vocación: antes cumple que la fomenten y encaucen, que la dejen ir, cual sesgo arroyuelo, á fecundizar los valles serenos del Pensamiento.

Poco ha, queriendo demostrar la necesidad imperiosa de establecer una sociedad literaria en una de nuestras más importantes ciudades, escribí un artículo de donde extracto los siguientes párrafos, que, en mi humilde concepto, caben aquí:

«Las inteligencias que se hallan dispersas—decía, hablando de los literatos—deben reunirse en un gran cuerpo, tanta chispa que revolotea sola, en un núcleo luminoso; y de esta suerte, prestándose recíprocos favores, avanzarán resueltos por el camino que conduce á la gloria.

«Al que vacila se le ayuda y se le proporciona apoyo decidido; al que se yergue majestuoso, se le aplaude; y así, grandes y pequeños, fuertes y débiles, se enlazan en estrecha y fraternal unión. Sobre todo, los talentos femeniles, al hallar extensa órbita, embalsamarían el proyectado círculo literario con el aroma de su alma, comunicando á la institución esa gracia y gentileza propia de sus producciones, y salpicando de perlas los serios estudios de sus compañeros, como

las trepadoras y matizadas campanillas visten de gala los gruesos troncos que las sostienen, y les dan, en cambio de su amiga sombra y eficaz auxilio, colores y fragancia.

•Ha de tenerse en cuenta que si bien es verdad que en el campo, en medio de la virgen naturaleza y sin otros cuidados que los sabios que ella prodiga, nacen y se desarrollan las más bellas y lozanas plantas, también es indisputable que encantan y seducen con magia irresistible los magníficos jardines donde la mano del arte ha derramado el esmalte de su primoroso esmero. Siempre llamará más nuestra atención el fresco ramillete de aristocrática dama, en el cual se ven combinados con arte y maestría los colores más variados, que la flor silvestre que abre su corola entre las grietas de una peña.

•Preciso es tejer una red de oro y seda para aprisionar en ella tantas inteligencias separadas aún; y de cuerdas de liras debe fabricarse una jaula destinada á encerrar mil ruseñores de armoniosas gargantas, á fin de que no se pierdan en el espacio tan gratos sonos; sino que, al contrario, unidos, formen himnos de incomparable melodía. (1)

Aparte de los mil beneficios que reporta la mujer de su progreso en el camino de la literatura, de suficiente estímulo le serviría, si pudiese conocerlo de antemano, el cielo de supremos goces que esa diosa espléndida y pródiga sabe reservar como recompensa á sus adoradores. Nada son las amarguras que, como en toda humana empresa, hacen llorar al que la acomete, y que asoman en ocasiones bajo el nombre de crítica desalmada, ó de rabia sorda, ó de alebrosa envidia, nada: todo desaparece ante la dulzura de un aplauso, que, hijo de la justicia ó de la indulgencia, levanta aurora de dicha dentro del pecho, suena como música divina é indemniza al alma de todos sus pesares. Puede decirse de él que es gota de ambrosía en copa de oro, á cuyo sabor delicioso

(1) "El Album" de Trujillo—1890.

desaparecen todas las amarguras; rayo del cielo que abumbra las oscuridades de la vida y que, rodeándonos de una atmósfera clara como el Sol, nos sabrá guiar, como al pueblo escogido, á través de los desiertos!

Ah! si yo pudiera comunicar esta bendita sed de aplausos á todas las mujeres de mi raza, si marchando unidas nos fuera dado descubrir los inagotables manantiales de la inspiración y el saber, ¡cuán opimos frutos no llegaríamos á cosechar! Aunque mis fuerzas son casi nulas, creo que no por débil he de abandonar el campo; antes bien, procuraré correr, volar, siguiendo otras peregrinas huellas, tras el soñado tesoro; y cuando me sienta desfalecer, buscaré á mi lado brazos que me sostengan. Por eso quiero caminar bien acompañada; yendo asidas de las manos, nos ayudaremos mutuamente, constituiremos una liga formidable, y acaso después de la cruzada, por ruda y fatigosa que ella sea, podamos besar el polvo de los lugares sagrados.

Tócame ahora dirigiros la palabra, de modo particular, á vosotros, ilustres compañeros míos, que sois los sacerdotes de la Idea en el Perú. La inmensa gratitud que vuestros favores han derramado sobre mi pecho y la solemnidad del presente acto exaltan en este instante de tal suerte mi fantasía, que yo os veo en ese estrado como en el Tabor de vuestra grandeza, transfigurados, radiantes, envueltos en la irisada nube de la gloria. Veo vuestra sien ornada de apolíneas ramas y decorado vuestro pecho con las insignias honrosas que os distinguen; y veo también que mientras con el índice de la siniestra mano extendido señaláis el libro, el mapa, el telescopio, la cítara ó el cuadro, los atributos, en fin, de las ciencias y las artes, en la diestra sostenéis la milagrosa ampolleta de las consagraciones. Pródigos en demasía, acabáis de ungir mi humilde cabeza; y aunque anonadada, confundida con tan inmerecida distinción, llamo, no obstante, en mi auxilio el recuerdo de que ese óleo santo comunica luz y gracia, inspiración y talento: es se-

mejante al que en los mejores días de Israel hizo de un pastor ignorado el gran monarca autor de los salmos inmortales. Continuad, pues, respetables colegas, en vuestra proficua labor; seguid como hasta aquí deslizando alentadoras frases al oído del principiante y coronando de mirtos el talento ejecutoriado; pero, singularmente, mostraos siempre generosos con la mujer que descuelle por su inteligencia y su corazón: si al derrumbarse los templos paganos se detrozaron las trípodas y enmudecieron las pitonisas; si ya las palmeras de Arabia no dan sombra á Déboras que administren justicia al pueblo hebreo; si el fuego sagrado del pensamiento no exige imperiosamente que vestales romanas ó vírgenes indias lo sustenten; quédele á la mujer siquiera el derecho de seguir el mismo camino que el hombre; y que con la luz de su cerebro ó la ternura de su pecho, pueda conquistarse honores y fama imperecederos, devolviendo al mundo sus aplausos en la bendita forma de fecundas y consoladoras enseñanzas.

Con una cita del autor español don Severo Catalina, abrí este modesto trabajo, séame lícito cerrarlo con otra, también suya, no menos bella é interesante, y sírvanle ambas de áureo broche. — «En nuestro actual sistema de educación y aun de vida, dice, es muy difícil que surjan mujeres de vocación directa hacia los estudios serios; pero si surgen y se dan á conocer, serán por extremo cobardes los críticos que las desalienten y por extremo egoístas los sabios que las menosprecien».

1891.





GOTAS DE ACÍBAR

Como tiemblan las suaves
alas de una avecilla
al sentir dentro el pecho aleve plomo,
temblaban anegadas mis pupilas.

Y al perderle más tarde
por siempre ¡ay! de mi vista,
el corazón me dijo que el postrero
de mi felicidad, era aquel día!

Después?... ¡Recuerdo apenas,
como cruel pesadilla,
que una fiera arrancaba mis entrañas
clavando con furor su uña maldita!

Mis sangrientos despojos
los calcinó una pira,
y el humo se elevó por los espacios
empañando del sol la lumbre activa!...

El dolor desde entonces
incesante palpita,
bañándose en las olas de amargura
que bullen en el fondo de la herida.

Pues aunque he despertado
mi aflicción es la misma:
¡hay pesares tan grandes, tan inmensos,
que ni el tiempo ni nada los mitiga!

Y como eterna nieve
corona la alta cima,
sin que alcance jamás á disolverla
el rayo intenso del señor del día;

ni las lenguas voraces
de lavas encendidas
que en los ocultos senos de la tierra
inquietas serpentean y se agitan;

ni de hórrida tormenta
la furia que marchita
el árbol secular del bosque umbroso
y á su feroz empuje lo derriba;

así de mi honda pena
yo guardo la reliquia:
que ni goces, ni gloria, ni ventura
serán fuerzas capaces de extinguirla!

Durante la penosa
jornada de la vida,
apartar no podré de mi sendero
de esas tristes memorias las espinas.

Porque las turbias gotas
que del alma destilan,
por siempre alterarán de mis placeres
la cadenciosa fuente cristalina.

Y si quiere el Destino
enviarme más desdichas,

nunca será mayor mi sufrimiento
que el que ya me brindó con mano impía!

Mañana que á la muerte
mi cabeza se rinda,
veré junto al ciprés de mi sepulcro
el dolor que velara mi agonía.

1885.







REMEMBRANZAS

Qué triste caminaba
al paso del bridón,
cruzando los senderos solitarios
envuelta en una nube de dolor!

Era mi ser la presa
de terrible opresión:
¡no latía en mi frente un pensamiento!
¡No sonaba en mi oído ni una voz!

Destruyendo la calma
que en mi pecho anidó,
habían colocado sus altares
dentro de él el silencio y el horror.

Aquella tarde mustia
no calentaba el sol:
el campo estaba negro como el luto,
las flores sin perfume ni color.

No había en la enramada
ni un alado cantor:
¡armonizaba todo con la pena
que mordía furiosa el corazón!

El crepúsculo tibio
no contemplaba yo:
mi ánima suspiraba amargamente
rebujada en un manto de aflicción.

Las sombras avanzaron,
el día se extinguió,
como las ilusiones en el pecho
al soplar desengaño destructor.

La noche con mil genios,
unos de otros en pos,
flotaba en los espacios adormidos
infiltrando su aliento en la creación.

Ejército de estrellas
el cielo tachonó:
cual llamas evocadas del vacío,
arrojaron raudales de fulgor.

Después, su plateada
faz la luna asomó,
como ancha tea de argentina lumbre
prendida al rayo del mirar de Dios.

Una claridad suave
sobre el mundo cayó;
las tinieblas huyeron al abismo
en lúgubre y siniestra procesión.

Mas, como avergonzadas
al mirar mi dolor,
las múltiples pupilas de la altura
el párpado entornaron de crespón.

La luna palpitante
al ver tanta aflicción,

como con un pañuelo de batista,
con una nube el rostro se cubrió.

Oí entonces que el buho
chirriaba en el panteón,
y pensé que la noche era una tumba
y que el yerto cadáver era yo.

Y sentí que el consuelo
descendía veloz:
¡el fosfórico fuego del sepulcro
es á veces un faro salvador!.....

1883.







DUDAS, TEMORES Y DESEOS

APENAS de la vida á los dinteles
ha tocado mi planta;
y aunque columbro un horizonte vasto,
siento que tiembla el alma.

Yo que el mundo conozco de noticias,
no sé lo que me aguarda;
¿de qué color será, ciego Destino,
de mi historia la página?

El negro nubarrón del infortunio,
como oscura pantalla,
¿no eclipsará la estrella que me alumbra,
con sus fúnebres gasas?

¿De mi existencia pasarán los días
en venturosa calma,
cual transcurren los plácidos instantes
de la risueña infancia?

¿Hallaré en mi camino sólo flores
hermosas y aromáticas,
que embalsamen y alegren suavemente
mi terrenal morada?

La fresca brisa que pasando bate
sus invisibles alas,
¿tan jugetona y leve será siempre,
será siempre tan mansa?

El arroyo argentino que entre el césped
blandamente resbala,
¿no verá alguna vez su cauce estrecho,
turbias sus linfas claras?

Los verjeles y alcores que aparecen
bordando el panorama,
¿conservarán su pintoresco encanto,
su alfombra de esmeralda?

Del cielo azul que entre celajes veo,
como en lecho de nacar,
¿no empañarán la tersa superficie
nubes encapotadas?...

Ah! ¿quién sabe?... Es la suerte caprichoso
tan voluble, tan varia,
que allí donde las glorias sonreían
suele haber sólo lágrimas!

Tal vez el que hoy respiro tibio ambiente,
se volverá mañana
helado cierzo que destroce y hiera
con su contacto el alma!

Tal vez ese paisaje inimitable
de transparencia mágica,
será más tarde la región sombría
de perpetua borrasca!

Esa deidad resplandeciente y pura
que miro en lontananza,
evaporarse puede cual soñado,
intangible fantasma.

Pueden morir mis ilusiones de oro,
mis bellas esperanzas;
y no quedar de la floresta amena
más que desnudas ramas.

.....

Yo quisiera ese libro misterioso
que *Porvenir* se llama
abrir, para leer entre sus hojas
la que me está guardada.

Y gozar de dulcísimo embeleso
si por dicha es rosada.
Y si es siniestra, lúgubre, sangrienta...?
¡¡También quiero mirarla!!





CIVILIZACIÓN Y PROGRESO

HABÉIS marchado por ignota senda
en noche borrascosa,
cuando tan sólo oscuridad horrenda
se cernía medrosa?
Cuando del lobo oculto en la espesura
del bosque no distante
uino á aumentar vuestra mortal pavora,
en alas de los vientos conducido,
el desigual aullido
feroz y penetrante?
Y cuando á cada paso,
sin rumbo caminando y al acaso,
chocaban vuestra planta ensangrentada
y vuestra mano de temor crispada
con fangos y tropiezos invencibles,
precipicios horribles,
inmundos lodazales,
peñas y matorrales,
y en gemidos y lágrimas deshecho
estallaba el pesar de vuestro pecho?

¿Calculáis el dolor fiero y agudo,
como ninguno rudo,
del náufrago que en medio de los mares
lejos muy lejos de los patrios lares,
y asido á un trozo de la rota quilla
que sirviera de tabla salvadora,
venciendo la pujanza bramadora
de las olas vestidas por la espuma,
logró arribar á una desierta orilla,
cual cadáver cubierta por la bruma?
Allí sin pan, sin techo, sin abrigo,
sin el afecto tierno de un amigo,
que mitigue la pena
acerba y cruel que sin cesar le oprime
como récia cadena,
abandonado y solo, triste gime!...
cautivo eterno de su aciaga suerte,
ambiciona la muerte;
único bien, consuelo y esperanza,
á que su ávido espíritu se lanza!

¿Podréis imaginaros el tormento
de ese infeliz vasallo de la sombra,
ciego de nacimiento.
á quien mi labio nombra
arrancando del alma hondo lamento?...
No concibe él la gracia y la belleza
de las mil maravillas y primores
que natura contiene;
son para él iguales la maleza
y las pintadas flores
que al beso de la luz que del sol viene
tímidas abren su precioso broche.
En la que le rodea eterna noche,
no ve esa luz hermosa

cuyo rayo magnífico y brillante
da infinitas facetas al diamante,
y á la aurora los tintes de la rosa;
dora del monte la elevada cumbre;
el frío templo de la helada sierra;
y cual mágica lumbre,
reparte su calor sobre la tierra!

.....

Figuráos ahora que el viajero
vió de repente aparecer; cual faro,
cerca de su sendero
una posada que le brinda amparo.
¡Cuál no será su gozo!
¡En qué contento bañaráse su alma!
¡Su pesar se ha trocado en alborozo;
su amarga pena en apacible calma!
ya podrá en ella descansar tranquilo;
y bajo el techo de ese amable asilo
reparará sus fuerzas hasta el día.
Al asomar el sol por el oriente,
fresca levantará la altiva frente;
mirará hacia delante;
y con nuevo vigor, nueva alegría,
continuará su ruta el caminante!

Supongamos que un día
cruza del mar la inmensidad bravía
un bajel que en su viaje
de exploración del líquido desierto
halla azotada por continuo oleaje
la estéril roca donde vaga incierto
el naufrago infeliz que no vió indicio
de terminar su angustia y su suplicio.
¡Cuánto su oído gozará al sentirse
por voz humana acariciado! ¡Cuánto

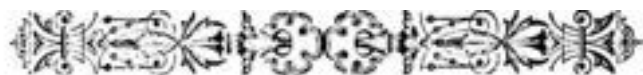
no será su placer, su dulce encanto,
al mirar de improviso descubrirse
los anchos horizontes
que, interponiendo gigantescos montes
de brumas sempiternas,
pérfida le ocultara la Fortuna!
Ya puede ver sonriente
la región de los cielos transparente
y tornar á la amada cual ninguna
bendita tierra que albergó su cuna!

Imagináos después que encuentra el ciego,
cual Tobías, un ángel milagroso
que con divino fuego
enciende sus pupilas bondadoso;
y brotando las chispas brilladoras,
la noche ahuyentan que veló sus horas!
extático y confuso se extremece
cuando los rayos esplendentes, vivos
rutilantes y activos
de ardiente sol sobre la tierra caen;
al calor que le traen;
su admiración acrece,
su pecho de entusiasmo se dilata
y á Dios eleva la oración más grata!

La humanidad vivía entre tinieblas
por espesos vapores circundada;
y era la del relámpago, violada,
rápida y fugitiva;
la escasa luz que atravesando nieblas
su densa oscuridad interrumpía.
Como el viajero, el náufrago ó el ciego,
sombra y desolación, llanto y tristeza
revueltos se cernían
sobre su corazón y su cabeza;

do quiera que sus brazos extendia
ó miraban sus ojos,
ya hallaban el vacío
ya arenales inmensos ó ya abrojos!
En su lejana infancia
envuelta se encontraba en la ignorancia;
y sumidas en triste desvarío,
sin conocer su suerte,
muchas generaciones,
opulentas é innúmeras naciones
en el seno acabaron de la muerte!.....
Pero el *fiat lux* sublime
de *civilización* y de *progreso*
llena la tierra; y el mortal que gime
entre la sombra preso,
levanta la cerviz, y se redime!.....

De entonces por el mundo, cual estrella
de vívidos fulgores,
doquier dejando esplendorosa huella
de grandezas, de luces y de flores,
el humano linaje altivo avanza;
y es mayor cada día su esperanza;
porque á cada conquista
del brazo ó del espíritu, su vista
descubre otra más vasta lotananza.
Y en su hidrópica sed de encumbramiento,
y en su bregar contino,
siempre expedito encontrará el camino;
porque le guía un noble sentimiento:
la inspiración tenaz de su destino !!



Á RICARDO O'DONOVAN

DESCANSA en paz sobre el mullido lecho
que la Gloria y la Fama te han cedido,
mártir sublime, en cuyo noble pecho
palpitó un corazón esclarecido.

Guerrero insigne de valor que admira,
víctima ilustre del deber más santo,
perdona si hoy mi entusiasmada lira
profana tu grandeza con su canto.

Que tú fuiste de aquellos que á la historia
le dieron lustre, esplendoroso brillo;
por eso será eterna tu memoria,
hijo mimado de la gran Trujillo.

Representante digno y generoso
de ese pueblo de libres y valientes,
do el sol de Independencia majestuoso
vertió los rayos de su luz, fulgentes.

Fué ese siete de Junio inolvidable
el día de tu célebre heroísmo:
allí diste la prueba irrecusable,
con tu postrer aliento, de civismo.

No se oía más voz que la metralla,
y por mudos testigos sólo había
los genios de la muerte y la batalla,
el cielo azul y la extensión bravía!

Y al ver el sacrificio del peruano
—sacrificio sin nombre y sin segundo—,
encadenó sus olas el oceano,
y absortos se quedaron cielo y mundo!

Que si en medio del humo y la pelea
nos negó su sonrisa la Fortuna,
una página diónos: que la lea
la madre á su hijo desde que está en la cuna!...

Cerniéndose la Gloria en el espacio,
recibió de los mártires las almas;
de la inmortalidad abrió el palacio,
y un trono levantóles de sus palmas!

En aquella hecatombe sin ejemplo
de que el Morro de Arica fué escenario,
pasaste de los héroes al templo
con la patria bandera por sudario.

Trocando así la frágil existencia
por otra de que gozas desde entonces,
cuya perpetuidad, cuya excelencia,
proclamarán los mármoles y bronce.

De Bolognesi el bravo, compañero,
de Moore y de Zavala, Inclán y Ugarte...
alma grandiosa, voluntad de acero,
¿qué más se ha de decir para cantarte?...

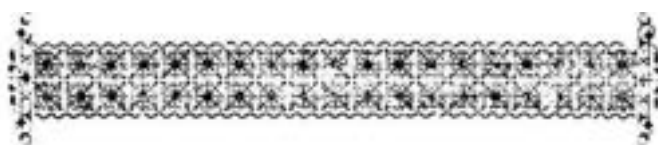
Sobre esta tumba lloverán laureles;
pulsaránse á su borde cien laúdes;
y guardarán tus compatriotas fieles
el recuerdo sin fin de tus virtudes.

Si en cambio de tu vida inmenso nombre
conquistaste, y la aureola más brillante,
¿qué importa, di, la muerte como hombre
si se vive después como gigante?...

1899.







Á ENRIQUETA TILLIT

Has visto el destello
de la blanca luna
quebrarse en el mármol
de soberbia tumba;
ó alumbrar las ruinas
que el tiempo acumula
en muertas ciudades
donde el viento zumba?

¿Has visto las flores
que el aire perfuman
formando coronas
en las sepulturas;
ó en búcaro regio,
ajadas y mustias,
caer marchitadas
al suelo una á una?

¿Has visto los ríos
bajar de la altura
y mezclar sus ondas
con las del mar turbias;
ó el limpio arroyuelo

que rápido cruza
el campo tostado
de arena infecunda?

¿No has visto las olas
cubiertas de espuma
romperse chocando
con la roca dura;
ó en blondas ligeras
bordadas de plumas
vestir por instantes
la playa desnuda?

¿Has oído el rezo
que triste murmura
la madre por su hijo
enfermo en la cuna;
ó, eco de la pena
que su ser conturba,
sus débiles ayes
de opresora angustia?

¿Te han dicho que el ruido
de mundanas turbas
espira á las plantas
de la muerte adusta:
y que á ese lecho
cercado de dudas
nada se aproxima
que el sueño interrumpa?

Por último, ¿sabes
que junto á las tumbas
ni las palmas crecen
ni suenan las músicas;
y sólo en la copa

de un ciprés se escucha
el triste graznido
de horrible lechuza?

.....
Llegan así al alma
que, enlutada y muda,
dolores alberga
cual cineraria urna,
los triunfos ruidosos
de gloria y fortuna,
grandeza y talento,
virtud y hermosura!.....

189.







MÚSICA Y POESÍA

RAYOS de un sol de alegría
que alumbra del alma el día
sobre su cielo tendido,
canarios del mismo nido,
son Música y Poesía.

Cuando la música bella,
eco del sentir, su huella,
lanza un acorde armonioso,
suena el verso melodioso
en son de dulce querella.

El balsámico licor
que alivia todo dolor,
ambas lo dan á torrentes;
y son encantadas fuentes
de ternura, fe y amor.

Ambas en vario lenguaje,
ya bronco como el oleaje
de la mar en su bravura,
ya cual aura que murmura
quejumbrosa entre el bosque,

hablan con el corazón
de ventura, de ilusión,
de esperanza y de consuelos,
llevándole hasta los cielos
donde há Gloria su mansión.

Allí de dichas y amores
acentos encantadores
escúchanse por doquier;
allí el néctar del placer
se bebe en copa de flores.

Allí ambos genios hermanos,
entrelazadas las manos,
entonan himnos de vida;
y el ánima conmovida
los proclama soberanos.

Por eso al mirar la tierra,
que dolo y penas encierra,
al cruzar el ancho espacio,
dejando el áureo palacio
de santa paz por la guerra,

como cumpliendo cruel sino
del implacable Destino,
plega el corazón las alas:
teme le rasquen sus galas
los abrojos del camino!

Tocando del bajo mundo
al negro abismo profundo,
triste el espíritu gime,
y en el pesar que le oprime
grande, inmenso, sin segundo,

sólo regresar querría
á la estancia de alegría
donde lucen como auroras,
las musas encantadoras
de Música y Poesía.

1890.







LAS ILUSIONES

LA juventud es sol de medio día
y el tierno corazón bruñido espejo;
la ilusión es reflejo
de los rayos brillantes de ese sol.
Irradian en un tiempo como un foco,
se extinguen poco á poco,
dejando apenas pálido arrebol.

Y tal como ese globo luminoso
que al hundirse á la tarde en el ocaso
con el último paso
oculta su fulgor y majestad,
también la juventud cuando se aleja
ni un débil rayo deja
que preste al corazón su claridad.







OBRA DE MISERICORDIA

I

Al palacio de un rico cuyo eterno
quehacer era gozar, llamó un mendigo,
en alta noche de aterido invierno,
pidiendo pan y demandando abrigo.

Nunca en esa mansión de la alegría
resonaran sollozos de amargura:
la dicha y el placer, en armonía,
habíanla llenado de ventura.

Mas la ajena desgracia algún consuelo
siempre encontraba á sus doradas puertas:
por eso las halló en su acerbo duelo
de par en par el desvalido abiertas.

Lastimado sintióse el poderoso
al escuchar del infeliz la queja:
¡ay! el dolor su acento misterioso
repercutiendo entro del alma deja.

Y una ancha capa de flamante seda
sobre sus hombros puso, y en su mano
deslizó cauteloso una moneda,
diciéndole:—«Socórrete, mi hermano.

Esta noche tendrás en mi morada
cena abundante y perfumado lecho.
Gracias á tu visita inesperada,
dulce satisfacción hinche mi pecho.*

II

Mucho tiempo ha pasado. Esa suntuosa
estancia do Fortuna tuvo un trono,
se halla oscura, sombría, silenciosa;
sólo hay en ella duelo y abandono.

Es que el amo agoniza; y en el mundo
no podrá retenerle ningún lazo:
va á dormir ese sueño tan profundo
que infunde de la muerte el frío abrazol

¿De qué le sirve su pasada pompa?
¿de qué, de qué sus triunfos, sus honores?
¡Nadie hay que esa segur valiente rompal
¡Nada puede aplacar esos rigores!.....

Ya le espera el sepulcro solitario
donde con él terminará su historia:
las blancas calaveras del osario
no darán un albergue á su memoria!.....

Pero de pronto la mirada errante
del moribundo fijase en la altura:
una virgen de túnica brillante,
al bajar, le sonríe con ternura.

Es la bendita Caridad que viene
sus buenas obras á premiar ahora:
cuando el sol de esta vida ocaso tiene,
de otro sol sin ocaso ella es aurora.

Trae en sus manos de jazmín y rosa
la misma capa que abrigó al mendigo,
cuando en aquella noche pavorosa
halló en el rico protector y amigo.

Toca al lecho, y doblando la rodilla,
con la orla enjuga de su fino manto
sobre la cadavérica mejilla
esa gota que arroja el postrer llanto.

Y cual arpas heridas por el viento,
junto al oído para el mundo inerte,
los labios abre, y con meliflúo acento
aquestas frases bienhechoras vierte:

—Bajo esta capa oculta tus flaquezas
y á la vista de Dios llega tranquilo:
partiste con el pobre tus riquezas,
distele pan y le brindaste asilo.

Y cuando la balanza de justicia
fatalmente se inclina á tus delitos,
esta moneda ha de pesar propicia
hasta alejar tu ser de los precitos.

Así al decir, entre sus dedos rojos
deja asomar el reluciente escudo
que calmando del pobre los sonrojos,
comprar el cielo al poderoso pudo.

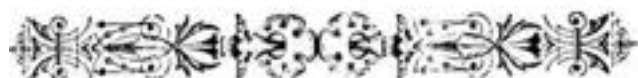
•Tus heraldos han sido bendiciones;
suba tras ellas confiada el alma;
para tí en las edénicas regiones
crece el mirto, el laurel, brota la palma.

Allá el banquete celestial te aguarda;
la copa de la paz te está servida:
cuando sus premios el Señor retarda,
es porque los reserva en la otra vida.

Si en tu casa acogiste al desgraciado,
hoy en la gloria encontrarás asiento;
por siempre allí serás recompensado:
no olvides que POR UNO DIOS DA CIENTO.

1890





Á VICTORIA

(EN SU ÁLBUM)

PARA escribir en tu álbum,
linda Victoria,
que me alumbrase ansiara
un sol de gloria;
y que un instante
su inspiración me diera
Petrarca amante.

Mojar anhelaría
mi pobre pluma
del mar que ciñe á Chipre
en la alta espuma;
de esa manera,
describir sus encantos
tal vez pudiera.

Entonces de tu alma
tan candorosa
alabara el perfume
de nardo y rosa;

y tu figura
diría que parece
griega escultura.

Diría que tu frente
—cielo sin nubes—
brilla como las alas
de los querubes;
que con tus ojos,
en belleza compiten
tus labios rojos.

Entusiasta hablaría
de los primores
con que te hizo natura
flor de flores;
tu hermosa cara
«creación de Murillo»
yo la llamara.

Te formara con versos
una diadema,
llamándote del arte
cabal emblema:
que en tu mirada,
inspiración sublime
vive encerrada.

Porque, mujer divina,
todo en ti encanta;
de verjel circasiano
pareces planta.
¡Quizá Fortuna
en el soñado Olimpo
meció tu cuna!

De esa Eva que al hombre
Dios darle quiso
allá en las soledades
del Paraíso,
tu eres fiel copia:
sin duda es tu hermosura
la suya propia.

Ya ves, Victoria, que mi humilde péñola
realzar no puede tus hechizos mil:
que es muy difícil en bosquejo pálido
los celajes copiar de oro y zafir.

Mas en mis versos que recibas ruégote
la sincera expresión de una amistad
que siempre palpitante en lo más íntimo
de mi ser, te lo ofrezco, vivirá.

1891.







RESPUESTA

Á EDILBERTO ZEGARRA BALLÓN

SINCERO amigo, noble poeta,
tu mente inquieta mi nombre oyó,
y tu voz fuerte de vate atleta,
sincero amigo, noble poeta,
favor y afecto me prodigó.

Y es tan hermosa tu poesía,
que el alma mía la guardará.
Como hay en ella luz y armonía
y es tan hermosa tu poesía,
en mi memoria la grabé ya.

Tú eres poeta! Tu lira de oro
vale un tesoro de inspiración.
Tu canto es tierno, dulce y sonoro.
Tú eres poeta! Tu lira de oro
dentro resuena del corazón.

Si entre los míos y entre tus lares
montes y mares colocó Dios,
reune el viento nuestros cantares,
y entre los míos y entre tus lares
encuentra un eco de ambos la voz.

No de otro modo forma concierto
de aves del huerto la multitud
con las cigarras de canto incierto;
no de otro modo forma concierto
con mi arpa humilde tu áureo laúd.

Débil y triste mi pobre nota
es cual la gota vertida al mar;
y si en los aires un punto flota,
débil y triste mi pobre nota,
otros acentos la han de apagar

Tú que has alzado tu pensamiento
al firmamento do reina el Sol,
allí has cobrado mayor aliento;
tú que has alzado tu pensamiento,
sabes qué es nube, qué es arrebol.

Por eso cantas con tal dulzura;
y de natura tu hábil pincel
por eso copia la galanura.
Por eso cantas con tal dulzura
que son tus cantos copas de miel.

Autor de «*Celia*»! Nimbo el más bello
tienes por ello que honor te da.
La Gloria misma con su destello,
autor de «*Celia*», nimbo el más bello
siempre á tu nombre le formará.

Tú que escribiste con luz suprema
ese poema del corazón,
ve en estos versos cabal emblema
—tú que escribiste con luz suprema—
de mis afectos y admiración.



EN UNA VELADA LITERARIA

DESPUÉS de oír los melodiosos cánticos
de tanto trovador de áureo laúd,
envuelta mi alma en resplandores vívidos
flotando se halla en la región azul.

Y no quisiera á los acentos mágicos
que aun repercuten con amor aquí,
mi débil voz, aunque entusiasta tímida
y pobre de atractivos, añadir.

Anhelara que sola aquella música,
sin mis notas escasas de valor,
vagando siempre por su tibia atmósfera,
no saliera jamás de este salón;

que como se suceden, repitiéndose,
ola tras ola en el inmenso mar,
esa ola dulcísima y simpática
eternamente se rompiera acá.

Pero mi gratitud hacia la pléyade
que, radiosa, este centro hace lucir,
me obliga á dedicarle aquesta página
para que en ella me contemple á mí.

Así como en el templo do el católico
rinde culto al Señor de la verdad
guardan las naves los rumores místicos
y el incienso quemado ante el altar,

así deseo que los ecos rítmicos
que hoy embriagan de gozo el corazón,
resuenen siempre aquí, bajo esta bóveda
consagrada á las Musas con fervor.

Y de esta suerte, en las futuras épocas,
nadando en ondas de perfume y luz,
se oirán en la noche por sus ámbitos
nombres de vates, cuerdas de laúd.

Y cual modula entre el follaje el céfiro
cantos inimitables, sonará
la alta voz de Felisa, los Amézaga,
de Lacroix, de Vivero, de Guzmán.

La vibración de las ebúrneas cítaras
de Corpancho y Mantilla, de *Cloamón*,
del autor inspirado de «Dos Huérfanos» (1)
su cantinela de ferviente amor,

Y la de muchos de brillante péñola
que altivos cifien la creadora sien
con guirnaldas de mirtos emblemáticos
y coronas de olímpico laurel.

En ese coro de armonías célicas
será el arpeggio de más dulce son,
el que recuerda á las beldades plácidas
cuya presencia nos otorga honor,

(1) Germán Leguía y Martínez.

Mas ¡ay! Llegando, mis acentos trémulos
vendrán la melodía á destruir!.....

Pero no! La existencia del crepúsculo
tiene causa en la sombra del confin!

Allá en lo alto se mezcla en tenues ráfagas
la imperceptible brisa al huracán;
un sitio encuentra en el profundo piélago
la gota que le manda el arenal;

y en los bosques ignotos de la América
hay abrojos al lado de la flor;
y en el árbol gigante, tronco de águilas,
forma nido de pajas el gorrión!.....

1991.







Á LIMA

QUIÉN no ha soñado en la niñez bendita
con un verjel de primorosas flores,
do la rosa, el jazmín, la margarita,
se dicen al oído sus amores;
donde parece que se han dado cita
los encantos de músicas y olores;
y donde el alma, de ventura llena,
en éxtasis felices se enajena?.....

Entre las nubes de color de rosa
de indecisas visiones juveniles,
¿quién no ha mirado una hada vaporosa
de contornos graciosos y gentiles?
¿Quién no la vió vagando silenciosa
por aéreos, fantásticos pensiles,
cual querube de amor y de consuelo,
como una bendición, mandado al suelo?.....

¿Quién no ha seguido la esplendente huella?
de un astro en el azul del firmamento?
¿Quién en la noche misteriosa y bella
no ha elevado anhelante el pensamiento

para contar sus cuitas á una estrella
en el lenguaje fiel del sentimiento,
cual si hubiera en el éter escondidos
espíritus al nuestro parecidos?.....

Y en mitad del jardín americano,
en esta fértil, perfumada zona,
por la brisa mecida del oceano
¿quién en sueños no ha visto una matrona?
De esmeralda es su trono soberano
y de soles su fúlgida corona;
es su veste de flores salpicada;
es música su voz; luz, su mirada.

Esa es Lima! La espléndida señora
del Pacífico mar; noble sultana;
romántica ciudad encantadora,
do la hermosura es de la gracia hermana;
cada hija suya, bella y seductora,
compite con la griega y circasiana:
qué es la limeña de agarenos ojos,
de tez que al lirio ocasionara enojos!

Hay en su mente inspiración tan pura
que al sentir de su pecho altiva reta;
hay en su alma la cándida ternura
de esas huríes que soñó el Profeta:
en su voz hay la célica dulzura
que atesora en sus versos el poeta:
y es que el sétimo cielo, el sacro monte,
son de aquesta ciudad bello horizonte.

PATRIA y HUMANIDAD son sentimientos
que la mujer limeña nunca olvida;
doquiera la veréis entre lamentos
restañando la sangre de una herida,

ó acallando con mágicos acentos
la voz de la desgracia ennoblecida:
que en su seno se agitan inmortales
el Bien y la Virtud, sus ideales!....

Si en mañana feliz de primavera,
entre la alada multitud canora,
se detiene una alondra pasajera
por saludar con trinos á la aurora,
permitidme que yo, ave viajera
que de Lima y sus hijas se enamora,
alce mi voz humilde pero amiga,
y al edén en que canto, le bendiga!

1891.







RIMA

Al morir de la tarde misteriosa
el genio de la noche abre sus alas;
después, á la tiniebla pavorosa
la mañana sucede con sus galas.

También al día de inefable encanto
sigue la noche de indecible pena.....
viene el goce otra vez....de nuevo el llanto....
¡Oh qué larga cadena!.....





CONSUELO

Abandonando el árbol que desnudo
dejan las tempestades del invierno,
buscan las aves el alar amigo
de las tapias del huerto.

Y el alma en las tormentas de la vida,
cuando la abate del dolor el cierzo,
anhelosa convierte sus miradas
á las naves de un templo....

La autora

SUMERGIDO mi ser en la amargura,
manando sangre el corazón enfermo,
fui-me á pedir al Dios de las alturas
para mi mal remedio.

El áspero crujido de los goznes
no como en otras veces me dió miedo;
y era algo que atenuaba mi tristeza
ese augusto silencio.

Cual si avaras las bóvedas guardasen
un tesoro de cantos y de rezos,
aunque ya terminados los oficios,
de ellos quedaba el eco.

El lejano rumor de las salmodias
nadando en olas de sutil incienso,
iba en flujo y reflujo permanente
del coro al presbiterio.

Y las últimas notas arranca las
al órgano en el místico concierto,
rodaban cual las hojas desprendidas
que leve arrastra el céfiro.

Azucenas y rosas, mil primores
lucian en artísticos floreros,
y en ondas invisibles su perfume
se esparcía á lo lejos.

La luz llegaba macilenta, débil
cernida en el tamiz de oscuros velos,
todo era allí tranquilidad y calma;
todo paz y sosiego!

Bajo aquellas arcadas de granito
se respiraba ambiente de misterios:
y las mudas efigies parecían
hablar de altos secretos.

En los anchos espacios se besaban
con los ayes perdidos de mi pecho
el murmullo de súplicas piadosas
y las quejas del viento.

Me postré ante una imagen de la Virgen
y una plegaria murmuré muy quedo:
le conté mi pesar y mi amargura,
mis tristezas, mi duelo.

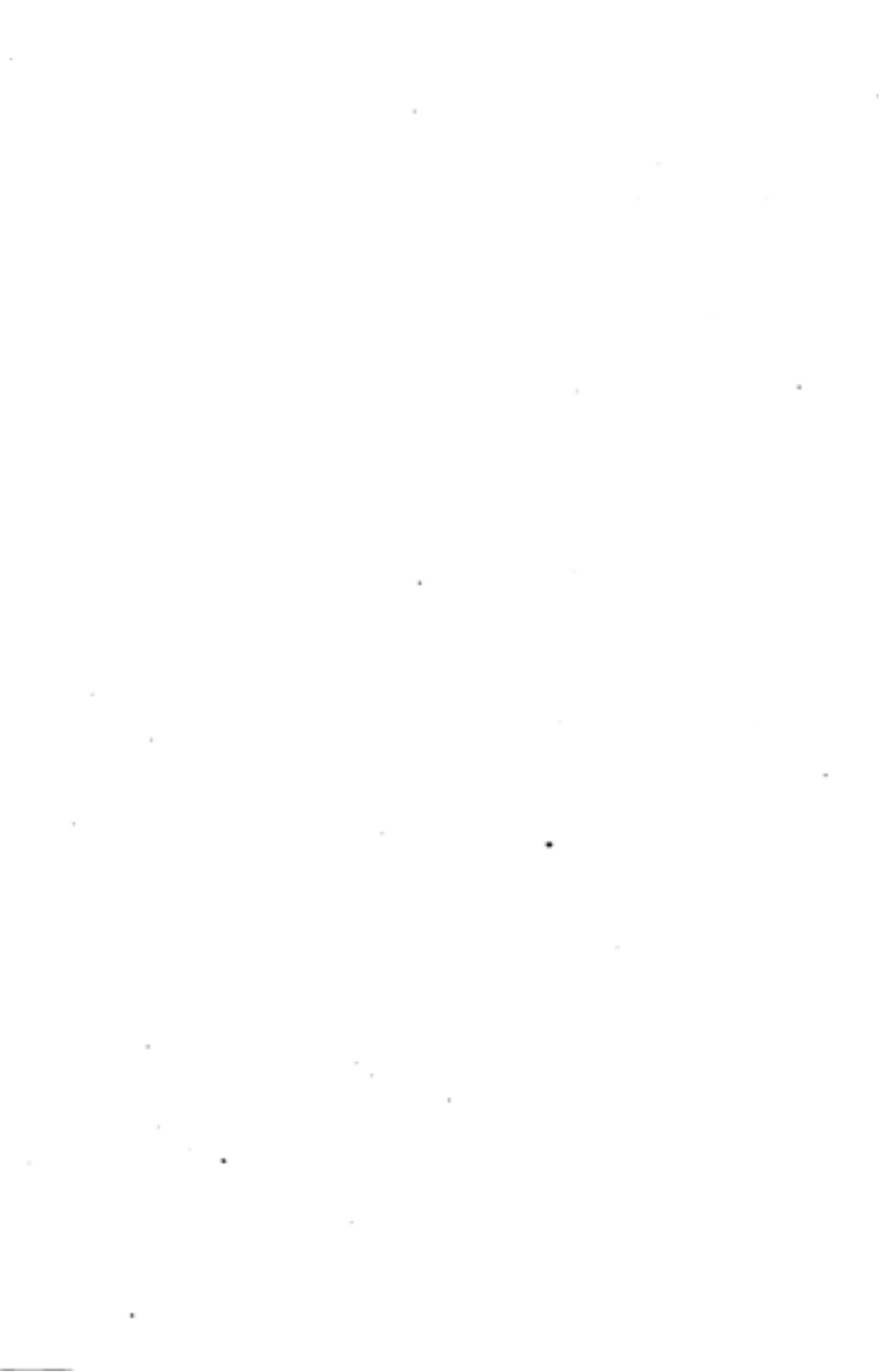
Y como el tenue rayo que despide
lámpara mortecina junto á un féetro
forma tocando al vidrio de la ojiva
irisados reflejos,

así al llegar á sus benditas plantas
mi oración, mis suspiros y mi ruego,
sentí que refractaban á mi espíritu
fe, esperanza y consuelo!

Parecióme mirar entre sus labios
de sonrisa divina los destellos:
á mi ver la escultura se movía
con un temblor muy lento.

Y hasta creí que su sagrado brazo
se levantaba á señalarme el cielo.....

.....
Y salí del recinto confortada,
con la paz en el pecho!





Á ELENA

(EN SU ÁLBUM)

EN esta vez, si pudiera,
mejor que versos, haría
vertiese mi fantasía
galas de la primavera.
Á los campos les pidiera
sus más arrogantes flores;
á las brisas sus olores;
al bosque su santa calma;
su tenue sombra á la palma;
al ruiseñor sus amores!

Secaría el plectro mío
las copas de los pinares,
y en vez de pobres cantares
diera él gotas de rocío.
Prestárale al manso río
sus orillas de esmeralda,
y con capullos de gualda
y luceros del espacio,
fabricaría un palacio
del alto monte en la falda,

Yo esta soberbia mansión
la llenaría de encantos,
dándole atractivos tantos
que expandiera el corazón.
Con el sol de la ilusión
siempre su cielo alumbrara,
linfas de corriente clara
tendiera por sus praderas,
y á las celestes esferas
su armonía les robara.

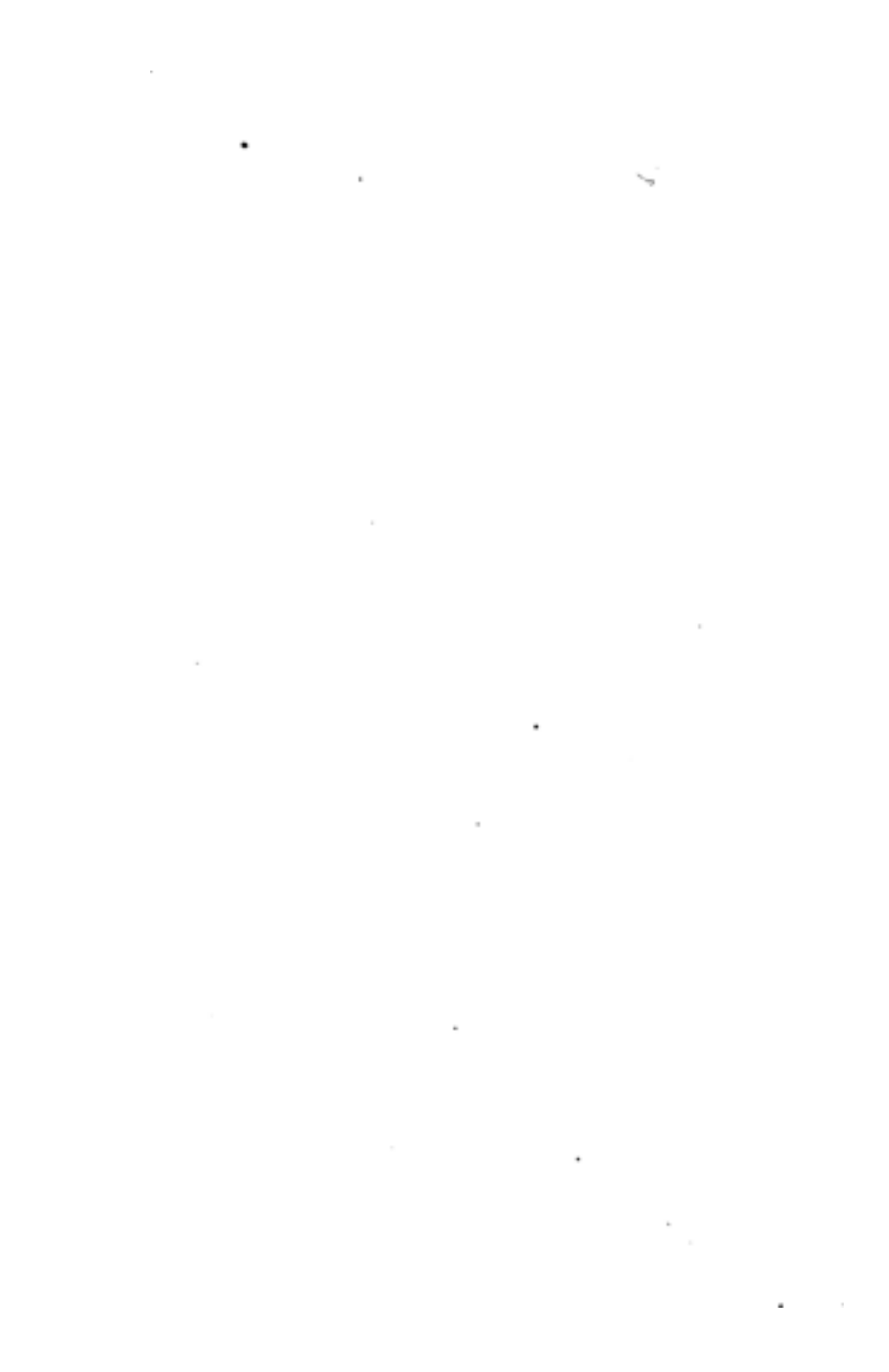
Poblara yo sus jardines,
de ninfas encantadoras;
á las gracias seductoras
las trajera á sus festines.
Colocara en sus confines
el eco de las montañas,
la voz del viento en las cañas
cuando las hiere al pasar,
los rumores de la mar,
la quena de mis cabañas! ..

Mas ¿á qué tanto primor,
á qué lenguaje tan vario
si el palacio solitario
no es el templo del amor?...
Un gallardo trovador
pongo yo bajo la almena,
y oyendo su amante pena,
en una fresca mañana,
reclinada en la ventana,
á la hermosísima Elena!

Y para que el cuadro bello
tenga más luz y más vida,
no sólo busco, querida,
de tu hermosura el destello.
Por ponerle digno sello,
hago que al fiel-trovador
le mires con tal favor
que le responda tu mano,
arrebátandole al piano
gratos arpeggios de amor!...

1891.







Á LA VIRGEN

Tú, del bosque del Líbano paloma;
tú, del val de Sión casta azucena,
cuyo albo cáliz los espacios llena
con el efluvio de su grato aroma;

tú, á cuyos ojos abundante asoma
el llanto acerbo de inefable pena;
y en cuya frente virginal, serena,
su horrible asiento la amargura toma;

tú, después del dolor y el sacrificio
de contemplar, inerte y desolada,
de tu Hijo-Dios el bárbaro suplicio,

serás hasta el Empíreo suspendida,
de luceros y estrellas coronada,
del Sol esplendoroso revestida.

Y de allí luz y vida
derramará tu bienhechora mano
sobre la senda del linaje humano.





Á LA MEMORIA DE MI PADRE

DULCE memoria de mi padre amado!
Sombra querida, del amor esencia!
Precioso talismán de mi existencia!
Bendecido recuerdo idolatrado!.....

No te separes nunca de mi lado!
Proteja mi jornada tu asistencia;
y menos triste la eternal ausencia
será á mi corazón atribulado!

Que mientras junto á mí yo te contemple
habrá para las penas de mi vida
un lenitivo suave que las temple;

pues si soy por la suerte combatida
mi alma tendrá quién su valor retemple,
que mi escudo eres tú, tú eres mi egida!







MOISÉS

Por conservar de la existencia el hilo
al hijo de su amor idolatrado
contra el decreto del monarca airado,
la infeliz Jocabel busca un asilo.

No está su tierno corazón tranquilo
con guardarle entre sombras á su lado;
y en un cesto de mimbres encerrado,
á las aguas confíale del Nilo.

Llega allí la magnífica princesa;
descubre al niño, tómale, le abraza,
«hijo!» le llama, y con pasión le besa.....

Así se salva de temprana muerte
el salvador futuro de su raza.
Oh poder misterioso de la suerte!







LA VIDA

DEL foco sidereal vienen calores
que, en los días ardientes del verano,
sorbiendo las espumas del oceano,
por los aires las alzan en vapores.

Allí forman celajes de colores
que mece blandamente el viento vano:
y ornan de Febo el trono soberano,
cual guirnaldas fantásticas de flores.

Mas, al fin del invierno la venida
convírtelas en lluvia que ligera
regresa al seno de la más airada.

Pasa otro tanto con la humana vida:
hecha en el mundo su veloz carrera,
al polvo vuelve de que fué formada.







MARIPOSAS

DEL ameno verjel bajo la grama,
entre duro capullo aprisionado,
pobre gusano espera resignado
la Primavera hermosa que tanto ama.

Abandona después, según es fama,
la vil mansión donde durmió ignorado;
y en linda mariposa transformado,
vuela de flor en flor, de rama en rama.

El humano ropaje, la materia,
es semejante al calabozo inmundo
en que oculta la larva su miseria.

Mariposa el espíritu, en su vuelo,
cuando se aleja del mezquino mundo,
liba flores de luz, y sube al cielo!.....







AL MAR

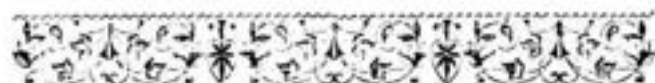
Líquida inmensidad! Yo te saludo;
y postrada de hinojos en tu arena,
siento que el alma de terror se llena,
porque jamás adivinarte pudo.

Templo en vano mi lira; en vano acudo
en pos de luz á la región serena:
aquí la admiración pasma, enajena;
el sentimiento aquí tórnase mudo.

Describir cuanto en ti me maravilla?...
perdona ¡oh mar! lo pretendiera osada,
que tu grandeza á mi soberbia humilla.

Mas si en himno elevarte no consigo,
al sacudir mi mente conturbada,
obra digna de Dios, ¡yo te bendigo!





Á LA LUNA

Oh, castísima Diana! ¿Será cierto
lo que dice de ti la humana ciencia?
Ella bajo tu cándida apariencia
un cadáver, no más, ha descubierto.

¿Serás en realidad el astro muerto
que los sabios han puesto en transparencia,
do apagada la luz de la existencia
quedó de los desiertos el desierto?.....

No! Si fueras *sepulcro blanqueado*,
nunca tu disco contemplar querría
ni tus rayos buscara, el desgraciado;

Tu frente virginal no guardaría,
para dárslas al pecho apasionado,
ternura, inspiración, fe, poesía!







¡OH POESÍA!

ALVE, Virgen divina, en cuyas manos
fúscas se ostentan del Edén las flores;
cuyo trono lo forman más primores
que en sus senos ocultan los océanos,

El ángel de los credos mahometanos,
las legiones de célicos cantores,
los canarios, alondras, ruiseñores,
son por la melodía tus hermanos.

Tú eres fuente de vida y de belleza;
tú de encantos sin fin eres tesoro:
de ti manan la gloria y la grandeza.

Y el alma humana entre cadenas de oro
tu esclava es, y de tu ser la alteza
proclama sin cesar en dulce coro.







Á CAROLINA

Éste álbum, que aún está limpio todavía,
quiero estrenarlo yo con mis cantares:
huyan lejos, bien lejos, los pesares!
Venga á batir sus alas la alegría!

Aquí mi afecto fraternal querría,
después de recorrer campos y mares,
verter flores y perlas á millares,
y el himno modular de la armonía.

Mas si á mi pequeñez tan grande ofrenda
hacerte no le es dado, este soneto
recibe al menos, de mi amor en prenda.

Que de la suerte requerir prometo
á tu vida reserve bondadosa
páginas como aquesta: color rosa.







FRANCISCO PIZARRO

QUAL si la raya que trazó tu acero
en día memorable sobre el barro
hubiese dividido ¡oh gran Pizarro!
en dos partes tu vida de guerrero,

de aquel lado quedó el aventurero
y surgió en éste el adalid bizarro,
que dirigiendo de conquista el carro,
fué armado por la suerte caballero.

Si crímenes y errores cometiste,
ellos no bastan á eclipsar tu gloria,
que de nuevos fulgores se reviste

cuando al abrir el libro de la Historia,
vemos que en ella Capitán no existe
de quien luzca sin manchas la memoria.







EL DESCUBRIMIENTO

I

DEL mundo antiguo retembló el cimiento:
la bárbara irrupción, como un diluvio,
llegó á Roma con ímpetu violento;

y allí el germano de cabello rubio
y azules ojos, reposó tranquilo,
engañando nostalgias del Danubio.

Entonce el Cristianismo, que un asilo
tuviera en misteriosa catacumba
de la espada imperial huyendo al filo,

saltó brillante de esa negra tumba:
la perla surge en los revueltos mares
cuando furiosa la borrasca zumba!

Alzáronse los templos á millares
sobre aquel suelo do el patricio hiciera
oblación de cristianos á sus Lares.

La buena nueva se extendió doquiera,
abrió en la humanidad surco profundo,
y el Árbol de la Cruz, sacra bandera,
tremoló por los ámbitos del mundo!

II

Pero siglos después, su obra concibe
en el seno de Arabia un gran Profeta,
que en las palmeras su Korán escribe.

Y aquella raza vagabunda, inquieta,
de valor temerario, fatalista,
brazo de hierro y mente de poeta,

sus legiones innúmeras alista,
y clavando los ojos en la altura,
desenvaina el alfanje de conquista;

atraviesa la líquida llanura
que de sus costas los contornos baña,
y prodigios haciendo de bravura,

entre arrojo español y árabe hazaña,
ayudada por pérfidos traidores,
se enseñorea en lo mejor de España.

En perfumados cármes las flores
de blancas que eran las tornaron rojas
de sangre y de vergüenza los vapores;

y en la *Vega* gentil, donde las hojas
de pomposos laureles verdeaban,
contemplarse pudieron las panojas

que cimbradoras palmas ostentaban,
y su oasis al hijo del desierto
en el pensil de Europa recordaban.

Sí; allí la planta del muslime incierto
tranquila se fijó, y esos confines
su mano transformólos en un huerto;

entre bosques de nardos y jazmines,
y junto á la mezquita do al creyente
convocaba la voz de los muecines,

radiante de esplendor, alzó la frente,
encantado verjel para la zambra,
ese palacio de hadas refulgente,
ese alcázar de genios, esa Alhambra....

III

Pasan años y lustros y centurias.
Al pueblo aquel que confinado gime
en las montañas de Aragón y Asturias,

concede el Cielo una mujer sublime,
que lucha sin cesar frente á Granada
y, forzando sus muros, la redime!

En la morisca Alhambra es aclamada
la Católica Reina de Castilla
Libertadora de su patria amada.

Mientras el sol de la victoria brilla,
lágrima silenciosa, *allí en la Vega,*
de Boabdil humedece la mejilla;

y el manso Dauro, que esos valles riega
puede escuchar el cántico de alguna
piadosa virgen que por todos ruega;

y allí donde lució la media luna,
la Cruz del Redentor se eleva entonces;
y en el alto alminar pone Fortuna,
en lugar del muecín, cristiano bronce!

IV

Era para Isabel—genio fecundo,
santanamente ambicioso de victoria,
predestinado á completar el mundo—

vencer al musulmán escasa gloria:
necesitaba el hecho que la encumbra
con visos legendarios en la Historia!

El hecho aquel cuyo esplendor alumbra
la noche de los tiempos, cuya flama,
de fulgor mitológico, deslumbra.

Aquel hecho que empieza cuando llama
el marino á las puertas del convento,
y termina en el seno de la Fama!.....

¡Oh inconcebible instante! ¡Oh gran momento!
Cual si un mundo de enorme pesadumbre
de Colón agobiara el pensamiento,

comprende él que envidiosa muchedumbre
le insultará con bárbara ironía!.....
Mas, al través de todo, ve la cumbre

á donde Dios al escogido guía:
al Calvario se llega agonizante,
pero se resucita al tercer día!.....

En la Rábida encuentra el Almirante
lo que juzgó imposible en su abandono,
y cuando de Isabel se halla delante,

expone su proyecto en firme tono,
y *Un mundo*, exclama, *descubrir os juro*
para la fe de Cristo y para el Trono!

Ella oye contenta al navegante oscuro,
y descubriendo el misterioso arcano
que guarda entre sus pliegues lo futuro,

cruzar anhela el azulado oceano
de hasta entonces indómita fiereza,
y tiende á aquel su protectora mano;

la corona que ciñe su cabeza,
ya transformada en voladoras naves,
proclamará su nombre y su grandeza!.....

Carabela, volad! Cánticos graves
os entona la mar con sus rumores:
Dios del Cielo os bendice; aromas suaves
la Atlántida os reserva entre sus flores!...

V

Silencio!... el verbo á describir no alcanza
cómo surgió de entre la densa bruma,
convertida en verdad, esa esperanza!

No intenten, no, la lira ni la pluma
el cuadro bosquejar del continente
dormido entré sus sábanas de espuma,

y despertado al beso que en la frente
los labios de dos genios le dejaron,
cuando bajo la cruz omnipotente
Isabel y Colón se coaligaron!...

VI

Que nos cuenten los sabios mil verdades;
que hable la Historia lo que quiera un día;
que nos descubran tristes realidades;

ha de seguir la humana fantasía
viendo á Colón entre rosa los velos
de descubrir un mundo en la porfía;

y á despecho de envidias y recelos,
extendida la diestra hacia el espacio,
fija la vista en los profundos cielos!

Y siempre de Castilla en el palacio
ha de mirar en perfumada zona
cubierta por celajes de topacio,

á la augusta Isabel, á la matrona
vencedora feliz de Abencerrajes,
quitando de su frente la corona

y los joyeles de sus regios trajes,
para adquirir las navecillas de oro
de ese mágico viaje de los viajes.

Verá á América dando su tesoro
de millones de súbditos rendidos,
que el canto del esclavo alcen en coro;

de majestuosos bosques parecidos
al Líbano inmortal, do las cabañas
son del amor encantadores nidos;

de cadenas de vírgenes montañas,
otorgando al ibero generosas
la riqueza sin fin de sus entrañas;

ha de ver producir lirios y rosas
valles cual Jericó y Alejandría,
para adornar espadas victoriosas;

y en la nave desierta y solitaria
del templo de pasada idolatría,
surgir para el incienso y la plegaria
los altares del Hijo de María!

VII

¡Oh fama incommovible como el Ande!
Mientras haya en el mundo corazones
que latan por lo noble y por lo grande,

loor eterno y eternas bendiciones
alcanzarán la ilustre soberana,
Colón, Pérez, Marchena y los Pinzones!

Y si pudo la Reina Castellana
para su estirpe conquistar un día,
además de la tierra americana,

el poder de esclamar con ufanía:
que el alto luminar del firmamento
en sus dominios nunca se ponía,

hoy, de igual modo que en aquel momento,
á la humana razón su brillo impone
ese mismo sublime pensamiento:
porque el Sol de la gloria no se pone!...

1892.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	III

-PROSA-

La felicidad...	I
La conciencia..	9
La memoria....	15
Grandeza mundana	19
Tempestades	25
Á la sombra del tayo	33
Fresas y violetas....	39
Cáloc	49
De lejos!	57
Un cuadro...	69
Cajamarca...	73
La viuda de Chancay.	81
Conversión por un pañuelo.	87
La bajada del hombre	93
El alma de Atun-Pata	99

El Gran capitán Lacanac-Pachac.	...	...	103
28 de Julio	...	...	109
Isabel la Católica...	...	...	112
En el álbum de Angélica Palma..	...	...	117
Carta abierta...	...	...	119
Carta literaria..	...	...	121
Á modo de crítica...	...	...	131
La literatura en la mujer, discurso de incor- poración en el Ateneo de Lima	...	...	139

- POESÍAS -

Gotas de acíbar	...	...	157
Remembranzas	...	...	161
Dudas, temores y deseos...	...	...	165
Civilización y progreso	...	...	169
Á Ricardo O'Donovan	...	...	175
Á Enriqueta Tillit..	...	...	179
Música y poesía	...	...	183
Las ilusiones	...	...	187
Obras de misericordia	...	...	189
Á Victoria...	...	...	193
Respuesta....	...	...	197
En una velada literaria	...	...	199
Á Lima	...	...	203
Rima.	...	...	207
Consuelo	...	...	209
Á Elena	...	...	213
Á la virgen ..	...	...	217
Á la memoria de mi padre	...	...	219
Moisés	...	...	221
La vida	...	...	223
Mariposas.....	...	...	225

Al mar	227
À la luna	229
¡O poesía.....	231
A Carolina...	233
Francisco Pizarro, ,	235
El Descubrimiento.	237





Nº 761512

Puga de Losada, A.
Ensayos literarios.

PQ8497

P85

E5

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

